

FERNANDO BÁEZ

LA DESTRUCCIÓN
CULTURAL DE IRAK
UN TESTIMONIO DE POSGUERRA

PRESENTACION DE NOAM CHOMSKY

Isbn: 980-354-163-3

SUMARIO

Presentación de Noam Chomsky.....	
<i>Advertencia.....</i>	
<i>Prefacio.....</i>	
Capítulo Uno. La llegada a Bagdad.....	
Capítulo Dos. Visita a la Biblioteca Nacional.....	
Capítulo Tres. Cuando los mongoles atacaron Bagdad.....	
Capítulo Cuatro. El enigma del saqueo del Museo Arqueológico.....	
Capítulo Cinco. El centro de manuscritos de Saddam Hussein.....	
Capítulo Seis. Awqaf y el Ministerio de Asuntos Religiosos.....	
Capítulo Siete. Bayt al-Hikma o la Casa de la Sabiduría.....	
Capítulo Ocho. Academia de Ciencias.....	

Capítulo Nueve. Una charla sobre la destrucción de bienes culturales.....	
Capítulo Diez. Las universidades.....	
Capítulo Once. La aniquilación de Basora y Mosul.....	
Capítulo Doce. Diálogo en Saddam City.....	
Capítulo Trece. Libros y bibliotecas en la Mesopotamia antigua.....	
Capítulo Catorce. Los asentamientos arqueológicos.....	
Capítulo Quince. Un adiós inesperado.....	
Postdata 2006.....	
<i>Bibliografía.....</i>	
<i>Notas.....</i>	
<i>Agradecimientos.....</i>	
<i>Fotografías.....</i>	

Dedico este libro a Sergio Vieira de Mello,
en memoria

“Los historiadores del futuro dispondrán únicamente de una masa de acusaciones y de la propaganda partidaria. Yo mismo narro contando con muy pocos datos, fuera de lo que vi con mis propios ojos y de lo que supe por otros testigos, a quienes considero fidedignos. Con todo, puedo contradecir algunas de las mentiras más flagrantes y ayudar a considerar los hechos con alguna perspectiva”

George Orwell, *Cataluña 1937*

Presentación de Noam Chomsky

Es difícil decir algo breve que no sea enteramente banal y obvio. Pero aquí va un intento: cuando uno piensa en una invasión militar, uno cree que la responsabilidad primordial del ejército ocupante es proteger a la población civil, a la sociedad y a la cultura. Las fuerzas de coalición –Estados Unidos, Gran Bretaña, España, y algunos otros pocos—fueron cuidadosas en mantenerse dentro de esta responsabilidad en un único caso: el Ministerio del Petróleo fue totalmente protegido. Con una pequeña fracción del poder de sus comandos armados, hubieran podido también resguardar la riqueza cultural de Irak que se remonta al nacimiento de nuestra civilización occidental, y que posee algunos de los tesoros más valiosos del mundo. Sin embargo, no

lo hicieron. Las consecuencias son una reminiscencia de las invasiones de los Mongoles, un gravísimo e inolvidable crimen.

Sobre este tema trata la obra de Fernando Báez, titulada “La destrucción cultural de Irak. Un testimonio de posguerra”, que resulta increíble y dramática. Provoca dolor lo que cuenta. Y debo advertir que al menos una de sus predicciones se ha cumplido ya: una total impunidad que ha salvado a los culpables.

Massachussets, mayo de 2004

Copyright Noam Chomsky

ADVERTENCIA

He debido cambiar no pocos nombres porque quiero evitar que la ORHA (Office of Reconstruction and Humanitarian Assistance) del Pentágono persiga o destituya a cualquiera de los empleados de las bibliotecas y museos por suministrarme datos confidenciales. Asimismo me he visto obligado a desestimar la posibilidad de dar los datos exactos de los anticuarios involucrados en el comercio ilícito de antigüedades iraquíes para no entorpecer las investigaciones eficaces que lleva a cabo Interpol desde mayo de 2003.

PREFACIO

El mes de abril de 2003 el mundo fue conmovido por una serie de eventos imprevisibles y atroces que destruyeron los principales centros culturales de Irak. Una ola de saqueos dismanteló los edificios públicos y comercios de Bagdad los días 8 y 9 tras la toma de la ciudad por el ejército de Estados Unidos. Para el 10, grupos de vándalos atacaron el prestigioso Museo Arqueológico en las circunstancias más deplorables y extrañas. Al menos 30 obras de valor inconmensurable y miles de otras piezas fueron sustraídas o reducidas a escombros y las salas resultaron arrasadas, junto con tablillas de arcilla que tenían las primeras muestras de escritura de la humanidad.

Después del fatídico 13, la Biblioteca Nacional (*Dar al-Kutub wa al-Watha'iq*), que ya había sido sometida a un robo feroz, quedó destruida por un incendio premeditado. Contenía más de dos millones quinientos mil libros, además de los depósitos legales que se hacían desde 1998. A pesar del esfuerzo de los bibliotecarios y diversos grupos de voluntarios, que lograron salvar numerosos textos, se destruyeron más de un millón de libros. El Archivo Nacional, localizado en el segundo piso de la Biblioteca, perdió dos millones de documentos, incluidos los del período Otomano.

Ardieron más de 700 manuscritos antiguos y 1500 desaparecieron en la Biblioteca Awqaf, cuyo edificio quedó en ruinas. En la Casa de la Sabiduría (*Bayt al-Hikma*) cientos de volúmenes fueron exterminados por el fuego. En la Academia de Ciencias de Irak (*al-Majma' al-'Ilmi al-Iraqi*)

el 60 por ciento de los textos se extinguió. La Universidad de Bagdad fue víctima de bombardeos, incendios y robos. La *Madrassa Mustansiriyya* fue saqueada, aunque el porcentaje de pérdidas no supera el cuatro por ciento.

En Basora, el Museo de Historia Natural fue incendiado, lo mismo que la Biblioteca Pública Central, la Biblioteca de la Universidad y la Biblioteca Islámica. En Mosul, la Biblioteca del Museo fue víctima de expertos en manuscritos, quienes seleccionaron ciertos textos y se los llevaron. En Tikrit, las bombas golpearon las estructuras de los Museos y facilitaron los robos, al provocar la huida de los guardias de seguridad.

Y, en añadidura a esta catástrofe, tan inesperada, miles de asentamientos arqueológicos fueron puestos en peligro debido a la falta de vigilancia. El tráfico ilícito y transnacional de obras arqueológicas ha comenzado en una escala que no tiene precedentes. Bandas con AK-47 recorren todavía lugares como el-Hadr (Hatra), Ishan Bakhriyat (Isin), Kulal Jabr, Kuyunjik (Ninive), Tell Senkereh (Larsa), Tell el-Dihab, Tell el-Jbeit, Tell el-Zabul, Tell Jokha, Tell Muqajar (Ur), Tell Naml, Umm el-Aqarib...en fin. Cuando se considere la importancia cultural de Irak, debe recordarse que en esas tierras se encuentra Nínive, donde gobernó Asurbanippal; Uruk, donde se han encontrado las primeras muestras de escritura; Ur, donde nació Abraham, Asur, capital del imperio asirio; Hatra y Babilonia, lo que no deja de escandalizarnos. Una vez que pasan los helicópteros y las patrullas, los ladrones regresan, se introducen,

desentierran objetos sin cuidado alguno y rompen murales. Algunas piezas son llevadas hasta Kuwait o Damasco y de allí son transportadas a Roma, Berlín, Nueva York y Londres, donde los coleccionistas privados pagan lo que se les pide.

Esta calamidad cultural comenzó en 2003 y en mayo de 2006 no ha concluido. Hay diferentes versiones de lo ocurrido, que sólo corroboran que la verdad es la primera víctima de la guerra, pero más allá de las acusaciones habituales, exageradas o mezquinas, he querido aportar un testimonio con una verdad muy personal. No sé si lo que aquí está escrito coincide con lo que ud., amable lector, ya conoce; lo que me importa es que se reconozca este horror como el primer gran “mnemocidio” del siglo XXI.

Irak es, al menos por ahora, un campo de batalla, un país ocupado por la fuerza extranjera más repudiada en el Medio Oriente, una nación sin gobierno, asediada por conflictos religiosos y atentados terroristas, en crisis económica, que sufre racionamientos de alimentos, agua y electricidad, sin comunicación al exterior, sin medicinas ni equipos en los hospitales, sin atención para un número cada vez mayor de enfermos de cáncer por radiación y, como si esto no bastara, su memoria ha sido borrada, expoliada y sometida. ¿Podría imaginarse un destino peor para el lugar donde comenzó nuestra civilización y, posiblemente, también la fe?

Bagdad-París, 2003

CAPÍTULO I
LA LLEGADA A
BAGDAD

Cuando desperté, confundido por el excesivo calor –o por una sensación inexplicable e intacta de miedo--, eran las seis de la mañana, y ya había recorrido, en un arriesgado viaje de cinco horas y media, los 350 kilómetros entre Ammán y la región fronteriza de Karama. Supe que estaba en Irak sólo cuando llegué a un puesto improvisado de control del Ejército de Estados Unidos y pude ver, a través de la ventanilla de la camioneta, cómo una patrulla de soldados apuntaba sus fusiles M-16 hacia un joven de mostachos oscuros y rostro pequeño cuya túnica estaba rota. El tráfico, constituido en su mayoría por camiones, fue detenido y un guardia, con indiferencia, me insinuó que mientras esta situación no se resolviese, no sería posible seguir. Una mujer, la madre, decía que ella y él eran iraquíes e imploraba piedad a los soldados. La escena, sospecho, no duró mucho, pero cada minuto parecía el más largo de ese día.

En un árabe entrecortado y lateral, la mujer gritaba que él no había hecho nada, que era casi un niño, que iba en busca de trabajo, y optó por arrojarle a besar la mano de uno de los oficiales. Sus súplicas eran estremecedoras. Poco después, un sargento que tenía las siglas *FIF* (Freedom Iraqi Forces) estampadas en sus hombros, descendió con calma de un Humvee y se aproximó al joven, le revisó la cara, los brazos, y ordenó que lo pusieran de pie. Le ofreció un cigarro y fuego. La madre, bien por la modorra o por el exceso de confianza, esbozó una sonrisa. Un rictus que bien podía ser una mueca en la sombra que la amparaba. De una

de las maletas que estaba en el piso, negra y deteriorada, el sargento, arrogante, nervioso, adormecido, extrajo una granada y la mostró a sus subordinados con un aire de triunfo. También decomisó unas fotografías, un mapa, una pistola y varios cartuchos. Todo esto se lo entregó a un soldado y se quedó como si estuviera pensando, estático y erguido. En ese mismo momento, sacó su arma, miró hacia el piso, quitó el seguro y apretó los labios. Pasados unos segundos, inocuos y eternos, se decidió y disparó a quemarropa al presunto terrorista. Éste cayó, sin tiempo para otra cosa que un débil gruñido, y permaneció con los ojos abiertos. Verlo morir era lo peor. Convulsionaba y su madre corrió a tomarlo en sus brazos, comenzó a arañarse la cara y a llorar presa del pánico.

El sargento pidió entonces un pañuelo, se limpió la sangre y se aproximó a la camioneta donde me encontraba. “¿Todo bien?”, preguntó. “No lo sé”, respondí, aturdido. Me pidió el pasaporte, el de mis compañeros y se marchó. Quince minutos más tarde regresó y, como si no hubiera pasado nada, y sólo se tratase de un trámite burocrático, señaló: “Hay francotiradores y bandas de ladrones que pueden tener interés en esta camioneta. No se detengan, no ayuden a nadie, esquiven los clavos y vidrios, les esperan 14 horas o más”. Y prosiguió: “¿Académicos? Van a su propio riesgo. Y ojo, que no han visto nada”, dijo. “¿Cómo se llama Ud.?”, inquirí. “Yo me llamo Nadie”, dijo y me dio la espalda. Cohibido por estas palabras y por esa imagen tan súbita y banal de un asesinato, no pude

reprimir las lágrimas. La muerte, que es nuestra única propiedad verdadera, no deja de aterrar porque cada uno sabe que muere un pedazo suyo en la muerte de los otros.

Esa mañana, despejada y total, en su tregua más amplia, exhibía un sol cuyo brillo juzgué, no sin escepticismo, nostálgico. Las nubes, plenas, rompían la monotonía de la claridad. Era el 8 de mayo de 2003 y faltaban 600 kilómetros hasta Bagdad, pero un vacío en el estómago me desanimó durante horas. Mis compañeros de viaje (Giovanny Márquez, Manuel Olivieri, Amy Lester y Barbara Kinzer) se quedaron mudos y petrificados. Khaled al-Nasrawi, nuestro chofer, puso una cinta de Mounir Bashir en el reproductor, pero fue inútil. Pasara lo que pasara, ese incidente era imborrable y provocó que un mar de dudas emergiera en mi cabeza acerca del porvenir, además de las supersticiones relativas, el rencor silente de lo inédito y los prejuicios exhaustivos. ¿Era seguro ir a Irak o una pésima decisión de mi parte? ¿Era acaso cierto que más de 200.000 objetos de arte habían desaparecido en el Museo Arqueológico? ¿Un millón de volúmenes habían sido quemados en la Biblioteca Nacional? ¿Exageraba la prensa? Si murieron 12 periodistas, ¿cuántos miles de víctimas habría dejado el conflicto? Pensaba en estas cosas, vencido por el agotamiento, mientras veía en los márgenes de la carretera camiones destrozados y quemados así como curtidos y pasivos pastores de ovejas. A ratos, creía ver agua en la distancia y miraba mi reloj de pulsera, casi por mero acto furtivo. La arena

del desierto parecía una orilla cosida por una carretera que cada vez se hacía más extensa y alcanzaba varios carriles.

¿Por dónde comenzar? Baste con decir que los últimos días de abril abandoné mi rutina de oficina en el Rectorado de la Universidad de Los Andes, en Venezuela, porque una sociedad interuniversitaria me propuso participar en una comisión internacional de académicos que verificaría discretamente el problema de la destrucción de bibliotecas y archivos en Irak. El propósito era documentar las pérdidas de forma directa y enviar las conclusiones a la Comisión de Patrimonio de la Unesco, coordinada por Mounir Bouchenaki, y a la Asociación Latinoamericana de Bibliotecarios. Era una propuesta riesgosa, me dijeron, y a lo mejor ingrata. No había garantía de nada. Mi único aval era mi obra, un conjunto desigual de estudios sobre manuscritos antiguos, libros sobre Aristóteles y, en mayoría, sobre el fenómeno de la destructividad cultural. Durante doce años he documentado la historia de la destrucción de bibliotecas en todas las civilizaciones y países. Desde Súmer hasta el libro electrónico.

Esa obsesión por el tema, por supuesto, puede ser explicada. Tal vez deba recordar que desde niño, acaso entre los tres o cinco años, viví entre libros, no porque mi padre fuese dueño de una biblioteca de “ilimitados libros ingleses”, como en el feliz caso de Jorge Luis Borges, o porque algún familiar generoso me legó sus textos. La verdad es que mi madre, una hermosa mujer nacida La Palma de Gran Canaria, era demasiado pobre y trabajaba todo el día en la calle, lo que la obligaba a dejarme en la biblioteca pública de mi pueblo, San Félix, en la Guayana de Venezuela, donde contaba con el apoyo de su prima, la joven secretaria del lugar. De esta forma, pasaba el día entero bajo la protección indiferente de esta muchacha y de su novio, un antiguo minero cuyo rostro delataba la violencia de su oficio perdido, entre anaqueles atestados con decenas de volúmenes y ejemplares de los primeros periódicos impresos en el país. No sé si entonces era feliz; al menos sé que mientras hojeaba tan entrañables páginas olvidaba el hambre y la miseria, lo cual, bien mirado, me salvó del resentimiento o del miedo. Mientras aprendía a leer, desestimaba la soledad tremenda en que me encontraba hora tras hora porque sí y para nada.

Esa felicidad, prolongada por las ilustraciones de las obras, especialmente las de los clásicos franceses e ingleses (entonces no lo sabía, pero se trataba de Conrad, Julio Verne y tantos otros), terminó, no obstante, una tarde, abruptamente, cuando el río próximo, el Caroní, creció sin previo aviso e inundó el pueblo, no sin llevarse en sus corrientes los papeles que

constituían el motivo de mi curiosidad y así se destruyó, por supuesto, la biblioteca por entero. Además de quedarme sin hogar, y emprender la marcha a Puerto Ordaz, una ciudad vecina, perdí parte de mi infancia en esa pequeña biblioteca, mi verdadera casa, completamente arrasada por las aguas. A veces, en las noches subsiguientes, todavía tenía presente cómo flotaba en el río oscuro la silla donde siempre me sentaba, con la misma posición inevitable de firmeza, angustia y dolor.

Comento esta historia porque no puedo olvidarla y me doy cuenta que mis investigaciones no han sido otra cosa que un intento por entender semejante episodio. Todo sucedió hace ya muchos años, pero mi viaje a Irak revivió esa memoria.

Durante la marcha, dominada por paisajes desérticos, inagotables y últimos, atravesamos poblados peligrosos como Ar Rutba, a 160 kilómetros de Bagdad, cuyo hospital fue destruido, Ar Ramadi, Al Habbaniya y Al Falluja. No sin pánico, pasamos por un puente que tenía una grieta por la que podía caer un auto al abismo. Finalmente, tras 14 horas, entramos en una vía de seis carriles, y reconocí de lejos el brillo de las luces de las casas en las aguas de ese río mítico que serpentea como una cicatriz, el

auspicioso Tigris de color indeciso. Todos mis compañeros se despertaron. Frente a nosotros, aunque en plena noche, se hallaba un conjunto desigual de edificios basados en la arquitectura de la postergación y la duda, la austeridad, el laberinto y la penumbra. Estábamos, ciertamente, en la ciudad de Bagdad, fundada en el 762 d.C. con el nombre de Madinat as-Salam -Ciudad de Paz-, y capital de un país en guerra llamado Al-Jumhuriya al-Iraqiya, el nombre autóctono de la República de Irak.

--*káifa l-hâl?*-- preguntó súbitamente el chofer, quien llevaba bastante tiempo observándome de reojo--

--*Bi-jáir, al-hámdu lillâh; wa anta?, káifa l-hâl?*

--Bien—dijo Khaled--. Noté que se ha calmado.

--Tranquilo—le contesté sin mayor énfasis--. El trasnocho me ha anestesiado los sentidos.

--¿Y qué lo trae a Bagdad?

--La destrucción de las bibliotecas--dije.

--¿Miles mueren y a ud. sólo le interesan las bibliotecas?

No esperaba esa pregunta, pero igual respondí:

--Ambas cosas me interesan. Es sólo que vine a ayudar con lo de las bibliotecas.

--Va a ser difícil su trabajo.—insistió.

--Ya pude notarlo.—le advertí.

El chofer me ofreció un cigarro.

--¿Quiere?—preguntó.

--No—le respondí y encendí mi pipa.

--¿No tiene miedo de morir aquí?—preguntó nuevamente.

--No lo sé.—respondí--¿Es tan terrible lo que pasa?

--La verdad le pertenece a Alá.—sugirió—En todo caso, cada día será peor.

Hablaba con seguridad e ironía, al mismo tiempo, y los gestos de su cara realzaban la condición ambigua, acaso pura y ausente, de su discurso.

--De cualquier modo—le indiqué—parece que Irak lleva las de perder.

--Eso es cierto --me dijo—Pero el mundo pronto nos olvidará, ¿no cree?

--¿Qué es lo que debería saber?—interrogué.

--Nada especial. Irak es una tierra que pertenece al pasado y no al futuro del mundo.

--¿Y cuál es la situación de hoy?

--Irak tiene unos 25 millones de habitantes, más o menos—comentó--. Un 80 por ciento son árabes y el 20 por ciento kurdos, divididos de acuerdo a su religión en 60 por ciento de shiíes, 37 por ciento de sunnís y 3 por ciento de cristianos. Es posible que hayan unos 60 ó 80 mil yezidíes, unos kurdos extraños. Pero todo esto debe ser explicado con la premisa de que hay más de 5 millones de desempleados recorriendo el país día tras día,

aunque el suelo que pisan contiene la segunda reserva energética petrolera del planeta. Con excepción de Arabia Saudita, Irak tiene bajo su arena más petróleo que ningún otro lugar, 112 billones de barriles, y si se hace caso de un informe de la OPEP, puede tener 300 billones.

--Una fortuna en petróleo.

--Estados Unidos está aquí por ese petróleo y lo demás le resulta irrelevante. Sepa que al menos la mitad de la población iraquí es menor de 14 años --calculemos unos 12 millones-. Más del 70% de la gente vive en las ciudades, hacinados, y la pobreza es superior al 70 %. La gente se ha venido en busca de oportunidades desde las riveras inhóspitas del Eúfrates.

--¡Atroz!

--Y la tasa de mortalidad es un dolor de cabeza. Debe haber aumentado en el caso de niños de 5 y 6 años. Este país, que fue inventado por los británicos, sobre las ruinas del imperio otomano, vivió entre golpes de estado hasta la llegada de Hussein y ahora vuelve la incertidumbre.

--¿Y quién gobierna realmente Irak?-interrogué

--Ahora está la CPA (Coalition Provisional Authority), coordinada por Jay Garner, quien tiene unos deseos incontenibles de irse. La ONU se limita a formalidades diplomáticas. Es un departamento de burócratas que tienen temor a salir demasiado tiempo de Nueva York. Y los grupos iraquíes son falsos: no hay unidad. Se rompió el equilibrio entre sunníes, shíies y kurdos. Entonces, hay control militar, pero no político. Los que

regresan del exilio, vuelven a irse o mueren asesinados. En el fondo, detrás de esta guerra hay un fracaso terrible a la espera. Perdona, porque no sé lo que piensas, pero la historia de Europa y Estados Unidos en Oriente es una historia de fracasos interminables: le menciono el Líbano, por ejemplo, Irán, Palestina, Egipto... Como puede ver, no creo en nada de lo que dice la televisión. La mitad es mentira; la otra mitad es absurda.

--¿Y dónde está la clave? ¿Tiene que haber alguna explicación?

--Detesto a Saddam Hussein, y más a su hijo Uday, prepotente, violador y asesino. Pero sepa que el tirano fue armado por los propios estadounidenses durante la guerra contra Irán. Aquí estuvo Donald Rumsfeld en los ochenta y comía con él mientras servía a sus intereses. En esa época, Hussein era el bueno. Lo premiaban. Años después, lo demonizaron cuando atacó Kuwait.

--Pero es innegable que el personaje deja mucho que desear— comenté.—No necesitó mucha ayuda para ser satanizado. Aniquiló a los kurdos, por ejemplo...

--¿Y los turcos no lo siguen haciendo? Pero por el momento son útiles a la OTAN.

--¿Y ese ataque absurdo a Kuwait?

--No hay que hablar sin conocer, profesor. Cuando estalló la guerra, Irak le debía más de cuarenta mil millones de dólares a Arabia Saudí y Kuwait, y para colmo, este encierro económico no encontraba salidas

diplomáticas. Finalmente, llegó el ataque, que todos esperábamos. Yo creo que todo se reducía a que Hussein quería ampliar su salida al Golfo Pérsico y ponerle la mano a las reservas de Kuwait. Pero si antes había causas para temer conflictos en esta región del mundo, ahora debería haber más temor. El Oriente Medio se sostiene en función de presiones inoportunas.

--¿Y cómo sabe todo esto?—inquirí.

--Soy chofer, pero también estudié Historia, profesor. Me refugié en Jordania y ahora estoy arrepentido. De regreso no volveré con uds.

Khaled nos dejó en la entrada del Hotel Babilonia. Me registré ante el encargado, quien se sorprendió al ver en mi pasaporte que era venezolano: “Como Hugo Chávez”, dijo, aludiendo al Presidente, quien estuvo, por cierto, en esta misma ciudad y acompañó a Hussein en varios actos. “Como Chávez”, dije. Fui a mi habitación, si podía darse ese nombre a lo que encontré e intenté encender el aire acondicionado, que no funcionaba. El calor era asfixiante, y tampoco pude bañarme debido al racionamiento de agua. Ni siquiera había un aljibe.

Una cosa es mencionar “50 grados” y otra vivirlos. En agosto de 2003, más de 20.000 personas murieron en Europa por una ola de calor de

apenas 40 grados. Lo cierto es que dejé las maletas sobre la cama, me cambié la camisa y me dedicué a buscar una computadora para enviar algunos mensajes a mi familia y a mis amigos. Mi móvil no funcionaba y la disponibilidad de teléfonos públicos era casi nula debido a que el Ministerio de Telecomunicaciones había sido destruido.

No tuve suerte en nada de lo que quise hacer, por supuesto, así que entablé conversación con algunos de los visitantes, en el jardín. Sobre el tema de charla, todos repetían lo mismo, pues ninguno se atrevía a recorrer las calles de noche. Aún estaba en la memoria de todos la muerte cruel de dos periodistas (uno de Reuters y el otro de Tele5) en un balcón del Hotel Palestina. Para mi sorpresa, casi todos los huéspedes habían venido para concertar reuniones de negocios. Esperaban que la privatización de Irak no los tomase desprevenidos. Uno de ellos representaba a un consorcio de computadoras, el otro a un grupo interesado en las líneas aéreas y el más extraño traía consigo una maleta con un proyecto para una venta de franquicias de comidas rápidas. Aturdido por esta novedad, pensé que lo mejor era retirarse, leer o dormir un poco y así lo hice.

CAPITULO II

VISITA A LA

BIBLIOTECA NACIONAL

Sucedió la tensa y bulliciosa mañana del 10 de mayo, en mitad de una de las dos vías gemelas de Karrada, frente a una pequeña tienda de electrodomésticos. Hacia las nueve había estallado una granada propulsada en el interior de un Humvee que patrullaba el sector y dos soldados resultaron heridos. La camioneta donde me desplazaba con algunos amigos se detuvo justo frente a este grotesco evento, y pude comprobar directamente lo que estaba acostumbrado a mirar sólo en los noticieros. Uno de los hombres, acaso el más afectado, se aferraba a su fusil y mostraba la cuenca de su ojo izquierdo vaciada por completo. El otro, moreno y delgado, sostenía su estómago con fuerza y se mordía los labios. Temblaba y sudaba copiosamente. Unos pocos metros arriba, sobrevolaba un helicóptero *Black Hawk UH-60* y el silbido que producía era capaz de intimidar a cualquiera. Dominaba un sol abrasador en un cielo azul sin nubes y el calor arreciaba minuto a minuto. A 50 grados centígrados, estos soldados de infantería se retorcían de dolor y se sentían vigilados, escarnecidos más bien, por la multitud que los rodeaba con curiosidad y cinismo. Los iraquíes no disimulaban su actitud compasiva, aunque a la vez indiferente. Algún joven osado aprovechó para robar el armamento del vehículo y escapó ileso a los disparos que le hicieron repetidas veces. Los gritos de auxilio de estos miembros de la Tercera División eran inútiles y su rabia, mezclada con el estupor, se transformó pronto en un miedo que era casi palpable. Una masa amorfa de terror los sacudía ante la idea de

morir en tierra extraña y quedar expuestos a ser devorados por los perros en la intemperie. El soldado que había perdido el ojo quería levantarse, presa de su orgullo, y parecía que lo haría debido a su estatura de casi dos metros y la robustez firme de su cuerpo, pero cedió y cuando la camioneta arrancó, ya saciada la curiosidad inicial, ví cómo se desplomaba inconsciente o muerto y su cabeza golpeaba bruscamente el suelo. De inmediato, unos comerciantes revisaron sus signos vitales y le arrojaron agua varias veces; no sé si el esfuerzo valió la pena o no. Irónicamente, observé que un poco más adelante se imponía una partida de fútbol, en una cancha improvisada, con toda tranquilidad. Ninguno de los jugadores estaba dispuesto a abandonar lo que era, sin duda, un encuentro amistoso, por un atentado de la resistencia. Así es la Bagdad de hoy: una ciudad insegura y contradictoria.

Ese mismo día yo debía asistir a mi primera reunión de trabajo, convenida la noche anterior, en la sede devastada de la Biblioteca Nacional, llamada en árabe *Dar al-Kutub Wal-Watha'q*. Confieso que me impactó la escena del ataque y cuando entré en la calle Rashid, pensé, con una mezcla de asombro e ingenuidad, en la gran coincidencia que me correspondía vivir. Una casualidad comprometedora en medio de una violencia irrefrenable.

Lo extraño es que se cumplían setenta años de la gran quema de 1933 en Alemania, una fecha fatal para la cultura provocada por el

fanatismo nazi. Joseph Goebbels, un filólogo, los académicos y estudiantes mejor preparados de la nación acudieron a más de 17 ciudades y decidieron hacer hogueras con los textos de los autores que aborrecían. No sé si será una superstición mía, pero el número 3 está presente en los peores momentos de los libros. Hacia el año 213 a.C., el Emperador Shih-Huang Ti, artífice de la gran muralla, unificador de China y defensor de los escritos de la escuela legalista, hizo destruir todo cuanto pudiera servir para restituir la memoria del pasado. Hacia los años 643-644, se cree que los árabes destruyeron el Museo de Alejandría, donde estaba la célebre biblioteca. En 1453, los turcos tomaron Constantinopla y arrasaron con sus prestigiosos manuscritos. En 1813, los soldados estadounidenses tomaron Canadá y York, y quemaron el Parlamento y la biblioteca legislativa, lo cual les fue compensado un año después con la quema de la Biblioteca del Congreso. La noche del 9 de marzo de 1943, un ataque aéreo sobre la Biblioteca Baviera destruyó 500.000 libros. En 1993 fueron destruidas decenas de bibliotecas (entre ellas la de Stolac) por parte de las milicias nacionalistas croatas. Y ahora el 2003.

Mi plan, en verdad, era el más sencillo que pueda imaginarse: ir, en calidad de investigador de bibliotecas, y tomar apuntes, concisos, sin prejuicios ni cargas emocionales. Sólo eso. O nada menos que eso. Iba ya prevenido por mis colegas, claro, pero lo que averigüé y lo que vi, vale la pena advertirlo, me produjo insomnio durante las noches siguientes.

Hubiera sido mejor, tal vez, olvidar, pero he descubierto que uno olvida para que todo, de nuevo, lo sorprenda. Las trampas de la razón son las más arteras.

La Biblioteca Nacional, un edificio de 3 pisos uniformes de 10.240 m² con celosías arábigas en todo el medio, construido en 1977, está localizado en Rashid, paralelo al deteriorado y antiguo Ministerio de la Defensa (destruido durante los bombardeos de 1991). Ya desde lejos ofrecía un aspecto siniestro, pues la fachada, en el centro, sufrió daños por el fuego, que alcanzó a quemar las paredes, dejando manchas negras enormes. Rompió con tal fuerza las ventanas que imprimió en el sitio un aire melancólico. Cuando llegué, permanecía en pie una estatua de Hussein con la mano izquierda en posición de saludo y la derecha sosteniendo contra su pecho un libro (aunque no se crea, Hussein, autor de varios libros, particularmente novelas, era un lector voraz y consecuente). Entiendo que esa estatua fue derrumbada, como todas las otras. En las escaleras del frente, estaba un grupo de soldados estadounidenses, algunos de ellos latinos. Fumaban sus colillas de cigarro con desidia y se divertían con bromas rápidas. No voltearon ni para mirarme.

Casi a las once de la mañana, entré con mi grupo de trabajo. Éramos unos cinco o seis, guiados por Kamil Jawad Ashur, el Director actual. La puerta tenía un gigantesco candado, que fue abierto con gran recelo. La entrada, protegida del sol por un saliente en cuyo borde hay unas letras en árabe que exaltan la fe y el nombre de la biblioteca, dejaba ver en el interior a decenas de obreros y expertos que trabajaban en el lugar. Y entonces sobrevino lo que creí una pesadilla: encontré una atmósfera de guerra en el más craso estilo. La luz, filtrada con reservas y ambigüedad por las ventanas, dejaba a la vista muebles destrozados por doquier y miles de papeles en el piso. La sala de lectura, el fichero de madera con el catálogo de todos los libros y los estantes mismos habían sido literalmente arrasados sin piedad. Casi de inmediato, más por un acto reflejo que por análisis, consideré que sería difícil precisar si los manuscritos fueron escondidos, robados o destruidos. Lo que era la escena del delito había sido violentada, limpiada y sospecho que ahora es imposible conocer con precisión los detalles técnicos de este desastre. En mi agenda, anoté al margen: “encubrimiento”.

Pero mientras continuaba mi camino, las escenas aumentaban su poder de conmoción. La estructura se veía tan severamente afectada que la juzgué precaria: difícilmente soportaría el impacto de un temblor mínimo. Un empleado me comentó, en voz baja y con vacilaciones inexplicables, que la Biblioteca había sufrido dos quemadas, no una, y dos saqueos, lo cual

me dejó estupefacto porque no leí esta información en informes anteriores. Aún había cenizas por todo el piso. Los archivos de metal estaban quemados, abiertos, y vaciados en gran medida.

El saqueo de la Biblioteca estuvo precedido por algunos hechos desconcertantes. Primero fue el ataque a Bagdad con bombas MOAB y misiles, los cuales destruyeron más de 200 edificios públicos, decenas de mercados y negocios. La Operación fue llamada *Impacto y Pavor* y se mantuvo durante los últimos días de marzo. El 3 de abril se iniciaron los combates en el Aeropuerto Saddam Hussein, a diez kilómetros del centro. El 7 ya había tanques en las calles. Hacia el 8 de abril, las tropas estadounidenses ya tenían control de ciertas zonas de Bagdad, una ciudad bastante extensa si se considera que ocupa casi 24 kilómetros y cuenta con más de 730 barrios. Ese día, en uno de los recodos del Tigris, entre los puentes Al Jumhuriya y 14 de julio, la ofensiva se tornó más feroz. Por una ribera avanzaba la Tercera División de Infantería desde el sur, y los iraquíes intentaban huir hacia el norte, interesados en colocar una bomba al puente Al Jumhuriya. En el fondo, el combate resultó suave y en pocas horas, de 7:30 a 9:30, las calles estaban atestadas de tanques Abrams M1. Asimismo, los dos palacios presidenciales más importantes fueron

sometidos a la par que varios ministerios, como los de Asuntos Exteriores e Información. Decenas de soldados fueron apostados en el Ministerio del Petróleo, del cual, por cierto, no se extravió ni un lápiz.

A saber, el foco de resistencia estaba en el sur de la ciudad, donde los *fedayines* o mártires combatían con vigor. En cierto momento, la artillería aliada hizo explotar un depósito de armas y municiones que se hallaba oculto bajo terraplenes de arena, en la orilla misma del río Tigris. Y durante una media hora lo único que pudieron oírse fue una serie de detonaciones, mientras del lugar salía una oleada de humo negro que tapó el cielo de la ciudad durante el resto del día. Estos ataques, no obstante, además de la información de que el régimen de Hussein había caído y el Presidente había huido con sus hijos a un refugio, provocaron una confusión general. No había policía y los soldados estadounidenses tenían órdenes expresas de no disparar contra civiles ni atender peticiones ajenas a los objetivos militares. Entretanto, con un sentido del humor que lo convirtió en el personaje del momento, el ministro de Información de Irak, Mohammed Saeed al-Sahhaf, convocó una conferencia de prensa en el tejado del Hotel Palestina, y dijo: "Bagdad está a salvo, segura y magnífica. Los infieles están empezando a suicidarse a las puertas de Bagdad". Una broma, entre muchas.

El miércoles 9 de abril cayó la gran estatua de Hussein en la plaza central. Un soldado llegó incluso a colocar una bandera de Estados Unidos en la cara, y poco después corrigió su gesto y la reemplazó con una bandera

iraquí. Una vez que estas imágenes circularon y el rumor se confirmó, una oleada humana, reprimida por diez años de bloqueo económico y una dictadura implacable, se lanzó a las calles sin control. El pillaje inicial se dirigió contra los palacios y las casas de los jefes iraquíes. El hogar de Tareq Azis fue uno de los primeros. De los Hospitales se llevaban hasta las camas. En las tiendas, los comerciantes, armados con pistolas, fusiles y barras de hierro, montaban guardia y ahuyentaban a los ladrones, muchos de ellos jóvenes, niños y mujeres. No pocos fueron los lugares, considerados símbolos del régimen, que sucumbieron entre el 9 y 10 ante la violencia de los saqueos.

Fue el día 10 cuando, procedente de los suburbios, se reunió una multitud en la Biblioteca, que no estaba defendida por ninguna unidad militar. Al inicio predominó la cautela y la prisa, luego el descaro, y una anarquía impuso las reglas de saqueo. Niños, mujeres, jóvenes y ancianos se hicieron con todo lo que pudieron, de un modo selectivo, como si hubieran ido de compras. El primer grupo de saqueadores, que contaba con un apoyo externo, sabía dónde estaban los manuscritos más importantes y se apresuró a tomarlos. Otros saqueadores, hambrientos y resentidos con el régimen depuesto, llegaron después, en busca de objetos valiosos, y provocaron el desastre posterior. La muchedumbre corría por todos lados con los libros más valiosos. También cargaban consigo las fotocopiadoras, resmas de papel, los equipos de computación, las impresoras, los muebles y

las máquinas donadas por la Unesco. En las paredes, dejaron escritos mensajes como “Muerte a Saddam”, “Muere Saddam”, “Saddam apóstata”. Inexplicablemente, un camarógrafo filmó sin prisa estos actos y luego se desvaneció sin dejar rastro. Es posible que cualquier día podamos ver esa triste cinta, que va a revelar un misterio tan curioso como el de la quema de la Biblioteca de Alejandría: ese misterio es cómo sabían los saqueadores que las tropas estadounidenses no les dispararían y por qué algunos de ellos tenían listas con órdenes.

Los saqueos se repitieron una semana más tarde y, sin mediar palabra, un grupo llegó en autobuses de color azul, sin sellos oficiales, el día 13, y alentado por la pasividad de los militares que circulaban unas calles más allá, roció con algún combustible los anaqueles y les prendió fuego. Es obvio que se hicieron también piras con libros para encenderlos. Según otra versión, se usaron fósforos blancos, de procedencia militar, para el incendio, y hay evidencias que lo confirman. Pasadas unas horas, una columna de humo podía verse a más de cuatro kilómetros y en ese incendio voraz desaparecieron las obras. Entre otros daños, ardieron las viejas máquinas y algunos periódicos. En el tercer piso, donde estaban los archivos microfilmados, no quedó nada. El calor, según pude constatar, fue tan intenso que dañó el piso de mármol y causó severos deterioros en las escaleras de concreto y el techo. Todo se convirtió en oscuridad y, por supuesto, en ruina. En el mismo ataque fue destruido el Archivo Nacional

de Irak, en la segunda planta de la Biblioteca, que contaba, por cierto, con un equipo de trabajo de 85 personas. Desaparecieron millones de documentos (algunos hablan de 12, otros de 2 ó 3), incluso algunos del período otomano como los registros y decretos.

El periodista Robert Fisk (*The Guardian*, 15 de abril de 2003) fue testigo de los hechos y comentó en una crónica que se ha hecho célebre lo siguiente:

Ayer se produjo la quema de libros. Primero llegaron los saqueadores, después los incendiarios. Fue el último capítulo en el saqueo de Bagdad. La Biblioteca Nacional y el Archivo Nacional, un tesoro de valor incalculable de documentos históricos otomanos -incluyendo los antiguos archivos reales de Irak- se convirtió en cenizas a 3.000 grados de temperatura... Vi a los saqueadores. Uno de ellos me maldijo cuando intenté reclamarle un libro de leyes islámicas que llevaba un niño de no más de 10 años. En medio de las cenizas de la historia iraquí, encontré un archivo volando por los aires: páginas de cartas escritas a mano en la corte de Sharif Hussein de La Meca -que dio comienzo a la revolución árabe contra los turcos- para Lawrence de Arabia y los gobernadores otomanos de Bagdad.

Y las tropas estadounidenses no hicieron nada. Todo volaba sobre el patio mugriento. Y las tropas estadounidenses no hicieron nada; cartas de

recomendación para las Cortes de Arabia, peticiones de munición para las tropas, informes sobre robo de camellos y ataques a los peregrinos, y todo escrito en delicada caligrafía. Yo sostenía en las manos los últimos vestigios de la historia escrita de Irak. Pero para Irak este es el Año Cero; con la destrucción de las antigüedades en el Museo Arqueológico Nacional el sábado y la quema del Archivo Nacional y después de la Biblioteca Coránica, la identidad cultural de Irak se ha borrado. ¿Por qué? ¿Quién prendió el fuego? ¿Con qué demente finalidad se ha destruido toda esta herencia?

Cuando vi la Biblioteca Coránica ardiendo en llamas de 30 metros de altura desde las ventanas, corrí a las oficinas de los ocupantes, la Oficina de Asuntos Civiles de los marines de EEUU. Un oficial gritó a uno de sus compañeros "este chico dice que hay alguna biblioteca bíblica [sic] ardiendo". Le di el plano de situación, el nombre exacto en árabe y en inglés y dije que el humo se podía ver desde una distancia de casi 8 kilómetros de distancia y que sólo tardarían cinco minutos en llegar allí. Media hora más tarde, no había ni un estadounidense en el lugar de los hechos y las llamas alcanzaban los 60 metros de altura.

Concluido el desastroso pillaje, no había literalmente nada que hacer. El Secretario de Defensa de Estados Unidos, a manera de excusa ante estos hechos, comentó que “la gente libre es libre de cometer fechorías y eso no puede impedirse”. El anterior director de la Biblioteca se lamentó con nostalgia: "*No recuerdo semejante barbaridad desde los tiempos de los mongoles*". Aludía a que en 1258 las tropas de Hulagu, descendiente de Gengis Khan, invadieron Bagdad y destruyeron todos sus libros arrojándolos al río Tigris. Otro empleado de la Biblioteca comentó: "*César arrasa de nuevo con los libros*". Sus palabras me recordaron un pasaje del drama *César y Cleopatra* de George Bernard Shaw:

Teodoto. (en los escalones, con los brazos en alto). ¡Indecible horror! ¡Ay, ay! ¡Socorro!

Rufio. ¿Qué ocurre?

César. (frunciendo el entrecejo). ¿A quién está matando?

Teodoto. ¿Matando? ¡Oh, es peor que la muerte de diez mil hombres! ¡Es una pérdida irreparable para la humanidad!

Rufio. ¿Qué ha ocurrido, hombre?

Teodoto. (bajando a la carrera el vestíbulo) El fuego se ha extendido de vuestros barcos. Perece la primera de las siete maravillas del mundo. La biblioteca de Alejandría está en llamas.

Rufio. ¡Bah! (Completamente aliviado, sube al templete y contempla los preparativos de las tropas que están en la playa).

César ¿Eso es todo?

Teodoto (Incapaz de dar crédito a sus sentidos) ¿Todo? César, ¿quieres pasar a la posteridad como un soldado bárbaro, demasiado ignorante como para conocer el valor de los libros?

César. Teodoto, yo mismo soy autor y te digo que es mejor que los egipcios vivan sus vidas en lugar de soñarlas con la ayuda de los libros.

Teodoto. (Arrodillándose, con genuina emoción literaria, con la pasión del pedante) César, una vez en cada diez generaciones de hombres el mundo conquista un libro inmortal.

César. (Inflexible) Si dicho libro no halagara a la humanidad, el verdugo lo quemaría.

Teodoto. Sin historia la muerte te pondrá junto al más humilde de tus soldados.

César. La muerte lo hará, de cualquier modo. No pido una mejor tumba.

Teodoto. Lo que arde allí es la memoria de la humanidad.

César. Es una memoria infame. Que arda[...]

Por fortuna, grupos de voluntarios lograron salvar numerosos libros al trasladarlos a lugares secretos o apartarlos a zonas más alejadas de la

Biblioteca. La historia de este esfuerzo por salvar los volúmenes confirma el inmenso amor que sienten los iraquíes por su cultura. Hoy perduran, por ejemplo, 500.000 volúmenes almacenados en el primer y segundo piso, en pilas sin clasificación. No cuentan con protección, porque los soldados ya no resguardan el edificio. Esta tarea ha sido asignada a algunos empleados shiíes. Además de estos libros, al-Sajid Abdul-Muncim al-Mussawi, líder religioso, ordenó a sus fieles rescatar de la Biblioteca casi 300.000 libros que fueron transportados en camiones hasta la mezquita de Haqq, donde fueron amontonados en hileras interminables que llegan en algunos casos al techo. No vacilaría en advertir que las condiciones son pésimas y es probable que diversos insectos comiencen a atacar los textos, aunque Mahmud al-Sheikh Hajim, su protector, estima que peor hubiera sido su destrucción. Lo curioso es que el grupo que salvó estos libros alega que pertenece a un Colegio de Clérigos shiíes, mejor conocido como al-Hawza al-Ilmija. Para estos religiosos, los libros son sagrados. Su religión, el Islam, postula un libro, el *Corán*, que sería la encarnación misma de Dios y esta posibilidad, la de que su libro es un atributo de la divinidad, los mantiene alertas. Cuando pude ver este depósito en la mezquita, no pude confirmar la cantidad de libros que se suministró: el tamaño del sitio no cuenta, juzgué, con más de 100.000 libros.

Asimismo, hay unos 100.000 libros más en una instalación que perteneció al Departamento de Turismo. Y varios intelectuales me

mostraron libros ocultos en sus casas hasta que retorne el orden o se vayan los “extranjeros”. Un pintor que no quiso identificarse compró en las ferias de libros decenas de textos sólo para cuidarlos. La mayoría está depositada en lo que antes se conocía como Ciudad Saddam, un barrio pobre que alberga a más de dos millones de seres humanos hacinados en laberintos poco vistosos.

Esto fue lo que se conservó. En cuanto a las pérdidas, debo asegurar que más de un millón de libros se quemó, a lo que debe añadirse la gran cantidad de textos perdidos. Debo recordar que la biblioteca, además de ocuparse del depósito legal, constaba de tres partes: impresos, periódicos y archivos. El depósito legal consistía en la entrega de cinco ejemplares, aunque la situación económica redujo considerablemente esta práctica. Miles de donaciones enriquecieron el centro durante años. La entrada del Archivo Nacional, hoy cerrada con candados, muestra los signos de una quema terrible (parece la puerta de un ascensor en ruinas) y el destrozo de todo lo que existía en su interior. En el dintel, alguien colocó un letrero con un aviso: “Silencio”. Papeles y papeles yacen por el piso, en cenizas.

Un milagro salvó de los saqueos otras colecciones de libros en Bagdad. Se salvó la mezquita Qadiriya, cuya biblioteca representa a la orden sufí más famosa del mundo, dirigida por Sajid Abd al-Rahman al-Gaylani, sucesor número 16 de Abd al-Qadir al-Gaylani. No pude ver la colección, pero supe que contiene 65000 libros y 2000 manuscritos

secretos. Tampoco fue afectada la colección Deir Al-Aba Al-Krimliyin, con 120 manuscritos de la obra de al-Ustadh Mari al-Krimli, pero no tuvo igual fortuna la Maktabat Al-Hidaya, que encontré saqueada. De un total de 600 manuscritos permanecía sólo la mitad.

Faleh al-'Azzawi, un intelectual iraquí, se reunió conmigo en el primer piso de la Biblioteca. Parecía interesado en una obra mía que saldría en España sobre la destrucción de libros. Era un hombre de unos treinta años, regordete, vestido con blue jeans y camisa a cuadros naranja. Había escrito una historia popular sobre el imperio Persa.

--¿Qué le dijeron?—me preguntó, súbitamente.

Sonreí con escepticismo, lo que le desagradó.

--Los saqueos, el incendio, lo que todos saben. ¿Es que hay algo nuevo?

--¿Y no sabe por qué fueron saqueados los museos y bibliotecas?—volvió a preguntarme.

--Es temprano para hacer teorías—le dije.

--O muy tarde, profesor.—comentó.

--¿Cómo?

--Está muy claro lo que pasó.—dijo, y abrió los ojos.

--No para mí—le advertí.

--Vea Ud.—dijo--Si visita el Museo Arqueológico, si revisa esta Biblioteca Nacional, si va a Basora, a Kerbala, a Najaf, a Mosul, se va a sorprender por los mensajes escritos en las paredes. Mensajes de odio, contra el régimen. Tal vez ud. llega de pronto y prefiere pensar que los estadounidenses son los únicos culpables del pillaje. ¿No es así?

--¿Y no debían proteger los centros culturales?—interrumpí bruscamente-- ¿No es obligación de una nación que suscribió la Convención de la Haya de 1954?

-- Bueno. En eso tiene ud. razón—dijo--. La tiene, de verdad. Los soldados desestimaron la protección del patrimonio cultural. Un error absurdo, gestado quizá en la poca cultura del Secretario de Defensa y el Presidente George Bush. Pero no son los responsables absolutos. Hay otros responsables.

--¿Cuáles?—pregunté, y comencé a anotar lo que señalaba.

--Espero que no esté dominado por una concepción equivocada del régimen de Hussein.

--¿En qué sentido?—pregunté.

--Irak lleva décadas en guerra. Ocho años en guerra contra Irán. La Guerra del Golfo en 1991. Y ahora esto. El país está empobrecido y le aseguro que Hussein fue un déspota. Su dictadura fue cruel, una época terrible e infame. Asesinatos, tortura y censura fueron sus marcas. El hijo, Uday, tenía una habitación que se llamaba “al- Gurfa al-Hamra”, donde aplicaba corriente a sus enemigos. El comandante Ali Hassan al Majid mató en un solo día a 5000 kurdos en un ataque con químicos que le vendían los alemanes. Yo le digo que Estados Unidos ha derrocado a un monstruo.

--Eso no es excusa para iniciar una guerra.—dije--. Estados Unidos ha respaldado dictaduras en el mundo, como la de Augusto Pinochet en Chile, en Centroamérica, en Europa.

--No me refiero a ese aspecto. Calma, profesor. Me refiero a que el Partido Baaz del régimen de Hussein, con más de 2 millones de miembros, estaba extendido en todo Irak. Constaba de adeptos en el área militar, pero sobre todo tenía una marcada influencia entre los estudiantes. Podía designar a los Rectores y profesores de las cátedras, deportistas, y, lo que es más interesante, su poder era total en el estamento cultural. Nadie podía ser escritor o artista sin apoyo directo o indirecto al Baaz. Todos los empleados de los museos y bibliotecas se espiaban entre ellos e informaban al Partido. Toda esa gente que conoció allá dentro, no vivía únicamente de su labor cultural. Eran espías.

--¿Espías?—pregunté.

--¡Sí, por Dios! Y por eso los odian. Mucha gente saqueó las bibliotecas y museos por hambre, para encontrar algo que vender, otros saquearon por necesidades, por aprovechados. Hubo bandas. Pero la quema final de la Biblioteca se debió a que la caída del régimen le dio el suficiente coraje a muchos para ir hasta los centros donde trabajaba la burocracia cultural del régimen con el fin de destruir esos lugares. En la euforia del momento, se olvidó lo estúpido que era quemar libros. Eso fue todo. Tal como se derribaron las estatuas, así se atacaron las bibliotecas. El mensaje iba dirigido a los partidarios del Baaz. Esas mismas bibliotecas que ud. tanto respalda se distinguieron por actos inefables.

--Será mejor que se explique—advertí.

--Censura, profesor. ¿No conoce esa palabra? Libro que no era conveniente se destruía. Lo que se resguardaba era religioso o histórico, pero miles de obras contemporáneas fueron quemadas por años. Y yo he acusado a algunos bibliotecarios, porque no fueron todos, de ser brazos de la propaganda oficial. La Biblioteca estaba llena de imágenes de Hussein, de sus libros, colocados en lugares especiales, unas novelas que debían ser admiradas por todos.

--También hay censura ahora—dije—Hay decenas de periódicos cerrados y más de cincuenta escritores y periodistas iraquíes detenidos.

--Trato de exponerle lo que había—comentó, más sumiso.—En todo caso ud. viene de lejos y quiero ayudarlo a evitar la confusión. Sepa que

antes había sólo 5 periódicos, todos controlados por el Estado. Los cuatro periódicos oficiales eran Al-Thawra, publicado por el Baaz; Al-Jumhuriyah, boletín oficial del gobierno; Al-Qadisiyah, establecido durante la guerra de Irak-Irán como boquilla de las fuerzas armadas; y Al-Irak, patrocinado por los partidos Kurdos que apoyaron al gobierno. El quinto periódico, Babil, de Uday Hussein, el hijo de Saddam, era la excepción: publicó noticias que se prohibieron en otros periódicos y se atrevió a separarse de los parámetros definidos por las autoridades. Hoy hay más de 60 periódicos y habrá más, de distintas tendencias. Y sobre las revistas, el mismo fenómeno. Volvió a salir Al-Kawzar, una revista quincenal que estaba prohibida. ¿Es esto censura?

--¿Y había conciencia de que los saqueos pasarían?—pregunté, desconcertado.

--Por supuesto. ¿Cómo explica ud. el traslado de los libros? Era obvio que la biblioteca sería objeto de un ataque. Eso lo sabían muchos. Sobre todo los shiíes, porque ellos estaban en contacto directo con los estadounidenses y sabían que podrían ocurrir desórdenes.

--Entonces—dije—hay varios culpables en esta historia.

--La verdad no tiene padres. En esta destrucción de libros, que imagino ya habrá incorporado a su libro, los responsables tienen nombre y apellido: la administración de Bush, por desestimar las advertencias de sus asesores de proteger el patrimonio cultural y la administración de Hussein,

que propició un odio enorme en muchos sectores al utilizar la cultura como un arma política. Por eso—destacó, ya para despedirse--, profesor, por eso es que nadie hará nada. Sólo nos queda reconstruir y reconciliar, dos verbos que considero indispensables en mi país. Ma‘a s-salâma.

Es difícil decir, a estas alturas, qué libros fueron destruidos y cuáles no. En las calles, en las ventas de libros, pueden conseguirse volúmenes de la Biblioteca Nacional a precios irrisorios. Los viernes, en la feria de la calle Al-Mutanabbi, estas obras salen a la venta. Personalmente pude ver un tomo de una Enciclopedia Árabe con el sello oficial estampado en su portadilla. Hubo un intento de borrarlo, sin éxito. También encontré un volumen titulado *Miskhaf Resh* (Libro negro), sobre la cultura de los yezidíes, un grupo religioso que habita el norte de Irak. Se trata de una etnia extraña, a la que se le conoce como "adoradores del diablo" debido a su fe en Melek Taus, o "Pavo Real". Los yezidíes manifiestan que Dios ya perdonó al demonio y que éste vive a su lado. Por razones simbólicas, detestan el color azul, fabrican templos en los lugares de peregrinación, y no van a La Meca, sino a la tumba de Cheij Adi, cerca de Mosul.

Lo más doloroso, con relación a la Biblioteca Nacional, es la certidumbre que ya hay de la desaparición definitiva de ediciones antiguas

de Las Mil y Una Noches, de los tratados matemáticos de Omar Khayyam, los tratados filosóficos de Avicena (en particular su Canon), Averroes, Al Kindi y Al Farabi, las cartas del Sharif Husayn de La Meca, textos literarios de escritores universales como Tolstoi, Borges, Sábato, manuales de historia sobre la civilización sumeria... Es sorprendente, y lo digo con la mayor malicia del caso, que la primera destrucción de libros del siglo XXI haya ocurrido en la nación donde tuvo lugar la invención del libro en el año 3200 a.C. ¿No será acaso este mnemocidio del 2003 un aviso, una señal, un símbolo terrible de una época en la cual se impone la globalización de la incertidumbre, la miseria, la desesperanza y, además, el olvido de las raíces más profundas, auténticas y heterogéneas de nuestra civilización?

Es tal el daño en el edificio de la Biblioteca que los coordinadores culturales de la CPA han decidido demolerlo y utilizar otra sede, bien un palacio o alguna instalación como el Club Militar de Irak, lo que todavía es dudoso: la violencia creada por una resistencia creciente pone en serio riesgo la seguridad de lo preservado. Los libros, me comentaron, serían llevados a la Universidad Bakr. Los Archivos, por su parte, serán colocados en un lugar diferente, y lo que se salvó subsiste en bolsas, sin que ninguna medida oficial de preservación haya sido asumida. Una gran duda se refiere a la situación lamentable que atraviesan los empleados. Antes había 119 personas, dirigidas por Khamel Djoad Hachour. Sus salarios, cancelados

con mezquindad, no han garantizado su estabilidad laboral. Un pésimo incentivo.

Y hasta aquí la visita a la Biblioteca Nacional. En este capítulo, que concluyo ya, he tratado de proporcionar una idea general de lo que pude descubrir; no obstante, sospecho que no podría transmitir los aspectos más curiosos. Miro hacia esos días, tan cercanos, y sobresalen las ironías y las actitudes extrañas. Recuerdo que nadie en la CPA estaba interesado por el tema de las bibliotecas. Apenas se hablaba del asunto, se cambiaba de tema. Y el empleado iraquí que se quejaba porque había escondido una semana antes de los saqueos su dinero en un libro para poder gastarlo sin el permiso de la mujer. Y el vendedor de libros que se atrevía a ofrecer libros robados en los alrededores de la Biblioteca. Y la mujer enloquecida que nos detuvo para enseñarnos un pequeño cofre donde guardaba una fotografía hecha pedazos. Y el joven que lloraba porque había colaborado en la quema de los libros sin saber bien por qué. Todo eso, lo sé, es de menor importancia, pero no puedo ignorar su presencia, que se mezcla con esa aguda desesperanza que me marca y es un rumor incesante en mi memoria.

CAPITULO III
CUANDO LOS MONGOLES
ATACARON BAGDAD

La referencia que he hecho en el capítulo anterior sobre el ataque de los mongoles a Bagdad me obliga a documentar este aspecto. Como bien se sabe, Hulagu Khan (1217-1265)¹, descendiente de Gengis Khan, se aproximó a Persia en 1257. Según la costumbre, fue diplomático, amplio, letal y envió un mensajero con un ultimátum al Califa Abasida de Bagdad, Al Mutasim, donde le pedía que se rindiera sin condiciones. Se cuenta que Hulagu era amable y cruel, una ambigüedad que en un rey es signo de grandeza. Horas más tarde, el astrólogo de Hulagu, Husim-al-Din, seriamente afectado, recomendó desistir del sitio a Bagdad porque algunos indicios y planetas no serían favorables.

*[...] Si el rey no escucha y abandona su intención, seis demonios se le manifestarán: primero, todos sus caballos morirán y los soldados se enfermarán; segundo, el sol no saldrá más; tercero, no lloverá; cuarto, habrá tormentas y el mundo será devastado por un terremoto; quinto, la hierba no crecerá en la tierra y, sexto, el Gran Rey morirá ese mismo año[...]*²

En medio de este desastroso dilema, Hulagu hizo llamar a Muhamad ibn Muhamad ibn al-Hasan al-Tusi, un cronista y matemático (inventó la trigonometría) mejor conocido como Nasir al-Din al-Tusi (1201-1274), al que había incorporado a su séquito tras la captura y destrucción de Alamut

y de la secta de los Asesinos, de la cual formaba parte este erudito. Después de escuchar a todos los consejeros, Nasir sentenció:

[...]son cálculos falsos. No ocurrirá nada si atacas Bagdad[...] Hulagu reinará en lugar del Califa Mustasim y la Casa de Abbas, tío del Profeta, se extinguirá de la faz de la Tierra[...]

Esas palabras bastaron para decidir al conquistador y de inmediato ordenó cruzar el auspicioso y dilatado Tigris, y tras asolar las aldeas de los alrededores de Bagdad, asedió la ciudad el 15 de noviembre de 1257. Había inundaciones severas y fue necesario esperar, pero el Califa se adelantó y el 17 de enero atacó a los mongoles en Bashiriya. Cuatro horas de combate dejaron 12 mil soldados muertos en la tierra. Finalmente, el 4 de febrero Hulagu supo que las tropas habían comenzado a entrar en Bagdad y comenzaron feroces combates hasta el día 12.

Las crónicas recuerdan que el Califa decidió entregarse, pero el 13 seguía la carnicería y cientos de cuerpos quedaron en las calles, las casas fueron saqueadas y sólo se respetó a los cristianos porque la mujer de Hulagu era una cristiana nestoriana. En cierto momento, el califa fue hecho prisionero y entró junto con el invasor al palacio Al-Rihainijin, donde estaba toda la familia real, que fue asesinada sin piedad.

Los manuscritos de la biblioteca fueron entonces sacados y transportados a orillas del Tigris, donde fueron arrojados y la tinta se mezcló con la sangre. El Califa Al-Mustasim fue enrollado con burla dentro de una alfombra y lo golpearon hasta morir, pues como se había profetizado que si su sangre llegaba a la tierra los mongoles sufrirían, evitaron ese problema con la alfombra.

El cronista *Ata al-Mulk Juveni* contó que en la mezquita de Bujara, los libros fueron confiscados:

Llevaron al patio de la mezquita cofres llenos de libros y de manuscritos sagrados y los vaciaron en el suelo, utilizaron los cofres como pesebres en las caballerizas, bebieron copas de vino y llamaron a los músicos de la ciudad para divertirse y bailar en la mezquita. Los mongoles cantaron y gritaron para saciar sus apetitos, y ordenaron a los imanes, a los sabios, a los doctores de la religión, a los jefes de los clanes y a los notables que se pusieran a su servicio y que se ocuparan de atender sus caballos. El Kan decidió entonces partir para su palacio, seguido por sus hombres, que pisotearon las páginas arrancadas del libro sagrado, caídas entre el cúmulo de objetos destrozados. En aquel instante, el emir imán Jalaleddin Ali ben Hassan Al-Rendi, jefe religioso supremo de la Transoxiana, se volvió al imán Rokneddin Imamzadeh, el eminente sabio, y le preguntó: "¿Qué es lo que nos ocurre, Molana? ¿Es un sueño o la

*realidad?" Molana Imamzadeh respondió: "No digáis nada más. Es el viento de la cólera de Dios que nos barre, y ya no nos quedan fuerzas para hablar [...]"*³

Otro descendiente de Gengis Kan, Tamerlán, volvió a atacar Bagdad en 1393 y acabó con todo lo encontrado. Sus soldados siguieron y desolaron Siria, eliminando, de este modo, todos los libros de sus adversarios. En El Cairo se creó una de las bibliotecas más interesantes de todo Egipto en la dinastía fatimita. Consistía en miles de libros de todos los clásicos de todos los pueblos conocidos. La invasión de los turcos, en 1068, acabó con las obras.

Otra biblioteca atacada en la misma región fue la de Alamut, la fortaleza de los llamados "secta de los asesinos". En una historia de la destrucción de libros, hay dos palabras que no pueden omitirse: "asesino" y "Alamut". Ambas, curiosamente, se compenetran. Asesino, como es sabido, procede de 'haxixino', el nombre dado a los adeptos de una secta consumidora de *haxix*, una droga alucinante obtenida a partir de las plantas femeninas de un cáñamo denominado *Cannabis indica*. La secta en

cuestión era liderada por al-Hassan ibn-al-Sabbah, llamado el Viejo de la Montaña, un persa nacido hacia el año 1054, amigo de Omar Khayyam, el poeta de los famosos *Rubaiyat*.

Hassan estaba iniciado en la doctrina ismaelita, era un misionero supremo, es decir, un dai-al-doat, que en 1090 sometió una región llamada Alamut, en Irán, y creó allí una orden con una jerarquía de nueve grados muy compleja, donde había aprendices (*lassik*), sagrados (*fedawi*) y compañeros (*refik*). Los *fedawi* se encargaban de misiones casi suicidas: al recibir una instrucción especial de matar a alguien, lo hacían a costa de cualquier sacrificio. Hassan ordenaba una muerte diciendo:

Ve y mata a quien te ordeno, y cuando vuelvas, mis ángeles te llevarán al paraíso. En caso de que mueras, de igual modo te enviaré a mis ángeles para que te lleven al paraíso[...]

Otra versión de los hechos, bastante convincente, rechaza esta etimología de la palabra asesino, e indica que asesino procede de *hasasinos*, seguidores de Hassan⁴. El erudito Arkon Daraul⁵ ha sostenido que "assassin" se traduce en árabe como "guardian"; "asesino" sería entonces el guardián de las doctrinas esotéricas. La influencia de esta palabra en el mundo occidental se debió a los cruzados: órdenes como las de los Templarios copiaron los grados de la secta y sus tácticas.

La secta de los “asesinos” tenía su sede en Alamut (ubicada a 1800 metros de altitud en Mazenderan, al sur del mar Caspio), donde además de los refectorios e instalaciones de entrenamiento, los seguidores contaban con una extraordinaria biblioteca, la cual contenía, además, cientos de documentos obtenidos que comprometían a la mitad de los grandes líderes del mundo árabe.

La biblioteca de Alamut cayó con la fortaleza en diciembre de 1256. Después de una resistencia heroica, los miembros de la secta sucumbieron al ataque de las hordas de los Mongoles. La reserva anecdótica, nunca extraña en estos casos, ha referido cómo alguien pidió permiso para examinar los libros de la biblioteca⁶. Descubrió, con sorpresa, que además de los libros religiosos había una gran cantidad de textos de poesía y astronomía, algunos de los cuales hizo llevar a su caballo. El cronista Arif Tamir escribió que después de esto, *“el Mongol destruyó la biblioteca ismaelita que contenía un millón y medio de volúmenes”*⁷. Probablemente, la cifra esté exagerada. Otras fuentes señalan que no hubo más de 200.000 libros en Alamut, pero igual fueron destruidos.

El historiador Steven Runciman ha precisado:

En Alamut los asesinos tenían una gran biblioteca llena de obras de filosofía y ciencias ocultas. Hulagu envió a su chambelán musulmán, Ata al-Mulk Juveni, para inspeccionarla. Juveni apartó ejemplares de las

ediciones del Corán que encontró y otros libros de valor científico e histórico. Las obras heréticas fueron quemadas. Por extraña coincidencia, al mismo tiempo se produjo un gran incendio, originado por un rayo, en la ciudad de Medina, y su biblioteca, que poseía la mayor colección de obras de filosofía ortodoxa musulmana, fue totalmente destruida.

Después de que los Asesinos fueron barridos de Persia, Hulagu y las huestes mongólicas se dirigieron contra el cuartel general del Islam ortodoxo en Bagdad[...]»⁸

CAPÍTULO IV
EL ENIGMA DEL SAQUEO
DEL
MUSEO ARQUEOLÓGICO

“Que otros cuenten lo que han leído, lo que han oído, yo cuento lo que he visto”. Así comenzó Hassan al-Rubaei, con ese énfasis tan solidario que otorga sólo la humillación o la esperanza, su relato sobre lo sucedido en los saqueos del Museo Arqueológico de Bagdad. En un momento dado, frente a un bazar, Hassan continuó su charla. *“El Museo fue fundado por los británicos en 1921. Mi abuelo trabajó muchos años en ese lugar, y, mire ud., ahora su nieto es testigo de cómo lo robaron el 10 de abril”*. Era uno de esos sábados que sólo existen en la tarde, a media tarde, y mientras hablábamos me mostraba la pródiga galería de tiendas en la calle Abu Nuwas, después de un almuerzo abundante que consistía en una barbacoa de pescado que llaman *masguf*, arroz rojo, hummus de garbanzos, ensalada, té de menta, dátiles y frutas. Me hice el distraído, pero obviamente para no mirarlo de frente y revelarle mi impaciencia. *“Y es cierto, sabe, había soldados americanos, bastantes soldados. La lucha en las calles cercanas al Museo fue terrible. Desde adentro, y lo digo porque lo vi con estos dos ojos que han visto tanta gente morir, disparaban sin cesar, y cuando todo se calmó, ya pasadas las horas, un grupo pequeño salió con cajas y a toda prisa, con armas poderosas. Después, se corrió la voz de que el Museo estaba siendo saqueado y una multitud comenzó a llevarse todo, absolutamente todo. Yo creo que reconocí a viejos ladrones que habían sido liberados de las cárceles unos meses antes”*.

Hassan tenía antes un taxi (hoy es uno de los cinco millones de desempleados iraquíes), y tras varios años de relación con grupos humanitarios españoles, aprendió con una destreza inusual un castellano ininteligible. Se notaba que estaba acostumbrado a perder siempre, a interrumpirlo todo, y su odio, adquirido sin ínfulas y forjado sin malos modales, se dirigía por igual hacia Saddam Hussein o hacia los estadounidenses. No distinguía entre la ambición de ambos. Según él, los soldados estadounidenses se negaron a controlar el saqueo porque habían recibido órdenes de no disparar contra civiles desarmados, y desde su tanque le gritaban a la multitud *“Go, Ali Baba, Go!”*. Algunos reían. Entre los primeros saqueadores, él reconoció a algunos miembros conocidos del Partido Baaz. *“Pero esto no es todo”*, me dijo y me apretó el brazo, *“Yo vi a un soldado norteamericano esconder en su uniforme una pequeña figura. Ambos nos miramos y en su mirada había mucha ironía”*.

Hasta aquí este testimonio. Pasados unos días, inconforme con una sola versión, entrevisté a Donny George Youkhanna, una autoridad mundial en el tema de arqueología iraquí, Director de Investigación y Estudios Arqueológicos, hombre robusto, quien estaba furioso. *“Se dicen muchas cosas”*, me confesó, *“Pero no creo que nunca se sepa la verdad completa”*. Él, por su parte, insistió en que trabajó en el Museo hasta el último momento. Había armado a varios funcionarios para defender el antiguo legado a su cargo, presionado quizás por los miembros del Partido

Baaz del que formaba parte. Ya para el día 8 había logrado ocultar varios objetos de los que constituían aproximadamente el total del inventario de este centro (más de 170.000), aunque debo precisar que el número verdadero de objetos del museo sobrepasa los 500.000. A las 11 de la mañana del mismo día, George, Jaber Khalil Ibrahim, el Director General de Antigüedades y Patrimonio y la Directora del Museo, Nawala al-Mutawalli, cerraron las puertas y se marcharon porque les pareció evidente el inicio de una lucha terrible en las cercanías. De hecho, el 9 de abril una unidad norteamericana tomó posesión de la zona y el 10, inexplicablemente, algo se salió de control. A pesar de la presencia militar, el Museo fue saqueado.

Según George, primero hubo un robo profesional por parte de las bandas que tomaron objetos particulares y, poco después, actos vandálicos por parte de los grupos que sólo querían objetos valiosos o útiles para llevar a casa. Bien por amenazas directas o un temor a largo plazo, sobre quiénes fueron los cabecillas de este grupo, George no se atreve a hablar. En algunos casos, se usaron llaves en los sótanos, porque las puertas no fueron rotas. El 13 de abril, asegura que regresó y se enfureció por lo ocurrido. Sólo el 16, consiguió que un tanque se apostara frente a la puerta del Museo con un mensaje escrito en el cañón que decía “Saludos del pueblo norteamericano”. Cuando llegué, por cierto, un tanque estaba en toda la

entrada y las órdenes de sus ocupantes no eran otras que las de disparar contra cualquier grupo que se aproximase sin la debida identificación.

La versión de George, tan verosímil, ha sido severamente cuestionada por 130 de los 185 trabajadores del Museo Arqueológico, quienes han protestado a gritos y ya firmaron cartas contra la directiva anterior. Uno de los más furibundos, acaso porque fue siempre relegado a pesar de sus numerosos estudios, quiso permanecer en un feliz anonimato, pero me dijo que George y el resto de los miembros ejecutivos siempre fue un ladrón, y que por miedo a su amigo Saddam Hussein éste no ha querido revelar dónde están muchas de las piezas, escondidas en lugares secretos de Bagdad, depósitos ocultos del Banco Central e instalaciones del abolido Partido Baaz.

“No trato de ganarme nada con estos estadounidenses”, me dijo, “Quiero la verdad. Aquí todos inventan relatos y la culpa de los saqueos se debe sin lugar a dudas a los invasores, a los enemigos de Alá. Pero también hay gente como George detrás de todo esto. Él autorizó a los militares de Hussein que usaron el Museo para disparar contra las tropas invasoras”. No supe qué decirle al joven, y sus palabras, que no confirmo ni niego, sólo avivaron mi interés por conocer la verdad.

El 11 de mayo de 2003, completamente intrigado, me dirigí al Museo en Bagdad. El Museo es una majestuosa construcción cuadriculada, cercana a la estación de trenes, con dos torres laterales de color arena. En su apogeo, contaba con exhibiciones de diversas etapas:

Prehistoria (sexto y cuarto milenio a.C.).

Era Sumeria (cuarto y tercer milenio a.C.)

Era Asiria (segundo milenio-siglo siete a.C.)

Era de Hatra, Partos y Sasánidas (siglo tercero a.C.)

Era Islámica (siglo ocho al siglo dieciséis).

En el Museo conocí al Coronel Mathew Bogdanos y a su equipo de trabajo, donde estaban algunos miembros de la Unidad de Asuntos Civiles del Ejército. Hombre joven, cortés, fue tajante al desestimar los testimonios obtenidos. *“Los directores del Museo”, me advirtió, “trabajaban para Saddam Hussein. ¿Cómo puede ud. pedirles objetividad? Primero tienen miedo y segundo, harán todo lo que puedan por destruir nuestra reputación como nación”*. Tenía un vaso de agua en la mano y miraba de reojo las mesas cubiertas de objetos a su espalda. *“Tampoco se fíe de los empleados, quieren ganar indulgencias”*. Bogdanos se veía confundido y estaba consciente de la gravedad de la situación.

A saber, él sospechaba que George no se equivocaba en lo del robo de bandas profesionales, pero subestimó las pérdidas por saqueos populares. *“No hay cientos de miles de objetos destruidos, como se ha asegurado”*, afirmó, *“Esa exageración es una calumnia. La verdad es que hay unos 30 objetos importantes desaparecidos y unos 3000 de menor relevancia robados o en lugares secretos. Todo obedece a una campaña de desprestigio de seguidores de Hussein, eso es obvio”*. Señaló, por error, que los directivos sacaron 337 cajas con 39.453 manuscritos de la biblioteca del Museo a un lugar secreto. La verdad es que esta labor la hizo el Director del centro de Manuscritos Saddam Hussein.

Juró que tenía información sobre la existencia de bóvedas secretas con piezas del Museo, lo cual resultó ser cierto cuando aparecieron los tesoros de Nimrud, en el Banco Central de Bagdad, en junio. Al recuperarse el Vaso de Warca, el número de objetos relevantes había descendido a 25.

La lista provisional de objetos perdidos más relevantes tomados de sus lugares de exhibición podría reducirse de esta forma:

Nro.	Objeto	Tamaño
IM 45434	Dama de Warca	21.5 cm
IM 77823	Estatua Battseki	25.5*70cm

IM 56642	León matando a Nubio	1*10.5 cm
IM 513	Bajorelieve de toro	46*91cm
IM 5,	Diorita de Entenema	15*76 cm, 76 kg.
IM	Cabeza de cobre de la diosa de la Victoria procedente de Hatra	
IM 58086	Cabeza de deidad	7*39*70 cm.
IM 73005,	Cabeza de Poseidon, Hatra	
IM 73004	Cabeza de Apolo, Hatra	
IM 73041	Cabeza de Eros, Hatra	
IM 24730	Tablilla cuneiforme	
IM 10253A,	Piedra islámica,	10*23*35 cm
IM A677,	Puerta de madera islámica,	40*213 cm
IM 8221,	Sello Sumerio,	13.5*27 cm
IM 78205	Dominó Sumerio	
IM 5572,	Sacerdote sumerio,	15.2*38 cm
IM ¿	Caja de mármol de dinero, 61 cm diámetro	
IM ¿	Estuco de Kufa,	7.6*12.7*20 cm
IM 118622	Modelo de bronce	

IM ¿? Relieve de marfil blanco, de Nimrud, 1*50*91cm

IM 84075 Piedra negra neobabilónica, 17.5*37 cm

Fuente: Interpol

A estos 25 objetos se suman probablemente más de 10.000 obras menores. Un recorrido por los pasillos me permitió revisar algunos objetos

que no fueron robados, pero sufrieron daños cuando los saqueadores intentaron transportarlos. Entre otros, encontré en el cuarto 3 un par de Leones de Tell Harmal, bastante rotos. En ese mismo cuarto estaban los Tres Leones de Hadita, uno de los cuales tenía la nariz rota y los otros mostraban raspaduras. Se nota que hubo un intento de picarlos en partes para facilitar su traslado. En la Galería Asiria, la estatua de Korsabad, que tiene el IM 25904 está rota. Un poco más allá, la estatua de Shalmaneser III, que fue robada y cortada en 4 pedazos, fue devuelta. Conseguí a un joven que la miraba con una profunda melancolía. La estatua de Eros, cuyo número es IM 73041, la estatua de Poseidón, con el número IM 72005, y la estatua de Apolo, numerada como IM 73004, de la Galería de Hatra, tampoco habían corrido con suerte. Los daños eran severos.

Del Cuarto de Patrimonio, fueron robados manuscritos y porcelanas en un número de 236. Algunas han aparecido por mera suerte. De un total de 8 depósitos, los saqueadores lograron penetrar a 5 depósitos tras romper la puerta y picaron algunas de las piezas y otras, en su prisa, las dejaron todavía empacadas. No vacilaron en huir con los microscopios, los químicos y los equipos arqueológicos del Area de Conservación. Y en el primer piso, donde están las galerías, decenas de objetos fueron sacados, lo cual dejó un desorden y un caos increíble en todo el lugar. De 451 estantes de exhibición, por lo menos 28 fueron destruidos o dañados. De las oficinas

se llevaron documentos, libros, computadoras, escritorios, sillas y todo lo que era transportable.

Un informe confidencial indica que el interior del Museo hubo resistencia armada contra los soldados estadounidenses desde al menos tres puntos distintos. Al parecer, AK-47, granadas RPG y lanza-cohetes fueron colocados en las ventanas para su uso posterior. Personalmente, constaté la existencia de esas armas en el segundo piso, que da una vista excelente a la calle. Un sargento cuyo nombre no viene al caso, decepcionado por la imagen de su división en el mundo, se quejó en voz alta: *“Ningún soldado ha robado nada. Vinimos a liberar al pueblo iraquí y ahora somos los verdugos, los causantes de todo”*. Su ignorancia, sin embargo, me hizo salir del Museo y no volví siquiera mi cabeza cuando me marché. Apenas si recordé algo que dignifica a los estadounidenses: cuando se supo el saqueo, tres importantes asesores de George W. Bush renunciaron: Martin Sullivan, quien se desempeñó durante ocho años como jefe de la Comisión de Asesoría sobre Propiedad Cultural de la Casa Blanca, Richard S. Lanier y Gary Vikan.

No es raro ver a un joven acercarse hasta las puertas, poner en el piso una escultura y marcharse. El vaso de Warca fue devuelto por un grupo de hombres que llegó en una camioneta y se acogió al decreto de amnistía. El vaso, por cierto, fue devuelto en un completo estado de deterioro. En otros casos, los estadounidenses son engañados porque creen haber recuperado piezas y son apenas falsificaciones. Los originales, de este modo, salen del país.

Es importante precisar aquí que los de la Biblioteca Nacional no fueron los únicos libros destruidos o saqueados. Las tablillas de arcilla de los sumerios, los primeros libros de la humanidad, de unos 5300 años de antigüedad, fueron robadas de sus vitrinas de exhibición en el Museo. Entre otros, este centro almacenaba textos de Súmer, Acadia, Babilonia, Asiria y Caldea, Persia y varias dinastías árabes. Si el lector no lo sabe, es necesario decirle que aquí se guardaban las tablillas del Código de Hammurabí, donde aparece el primer registro de leyes del mundo. Asimismo, desaparecieron cientos de tablillas de arcilla aún sin descifrar, algunas de las cuales contenían datos sobre el origen de la escritura. Tablillas con el Poema de Gilgamesh fueron sustraídas. Por fortuna, unas 100.00 tablillas se salvaron porque el cuarto donde estaban depositadas no pudo ser abierto.

Y las tablillas de Sippar, unas 800 en total de la época neo-babilónica, también se cuentan entre los objetos afortunados.

Durante mi visita, sentí siempre un estupor mezclado con una indignación aguda. Sobre todo cuando un grupo de quince empleados del Museo denunció a Jabir Khalil de ser un ladrón, lo que produjo una preocupación adicional en los investigadores. Se han gestado dos o tres hipótesis sobre las causas de los sucesos y sobre los culpables. Durante las reuniones preliminares, me sorprendió observar que la verdadera preocupación de los estadounidenses no era la destrucción misma, sino limpiar la imagen del ejército a fin de evitar que alguien pueda acusar a algún soldado de estar incurso en el delito de robo de propiedad cultural o que su nación entera pase a los registros como biblioclasta.

Casi de forma apriorística se ha avanzado la tesis de que todo fue gestado por el crimen organizado, por bandas dedicadas al comercio ilícito de libros y arte, lo cual no pongo en duda ni corroboro. El oficial encargado, cuyo nombre me reservo para mantener la transparencia sumarial de las investigaciones, suspicaz ante mis preguntas, me insistió en lo que es un punto de honor para el gobierno de los Estados Unidos: "Ningún soldado robó ni destruyó material cultural. Fueron los propios iraquíes".

El sargento Thomas, de la brigada de Asuntos Civiles 354, para mi sorpresa, tiene el Nuevo Testamento en la mano y un rifle automático M-16 en la otra. Lleva su chaleco antibalas y un largo cuchillo. Se apoya sobre el Humvee y lee en voz alta un pasaje:

--Viniendo a su patria, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que decían maravillados: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde le viene todo esto?» Y se escandalizaban a causa de él. Pero Jesús les dijo: «Un profeta sólo en su patria y en su casa carece de prestigio.» Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe.

Sus compañeros lo oían sentados, con fascinación, mientras recogían algunos puñados de polvo que luego dejaban caer como si sus manos fuesen relojes de arena. Era curioso y a la vez intenso: la fe de Thomas y la de sus compañeros era tan ferviente como la de los hombres que los adversaban. Todos, a medida que se acrecentaba la violencia, aumentaban su veneración por Cristo o Mahoma.

Thomas parecía ser un soldado agradable, bien educado:

--¿Qué le parece, profesor?

--Bien—dije—. Imagino que la fe los ayuda a creer en lo que hacen.

Giovanny se nos acercó.

--Dr. Giovanny Márquez—dije, y lo presenté al sargento.

--Qué tal.

--Bien. ¿Qué hacen?

--Rezamos—dijo Thomas.

De pronto el zumbido de un reactor atrajo mi atención. No pude identificarlo, pero recordé una historia que escuché en al-Rashid sobre el día de los bombardeos. Un grupo de niños corría por la calle mientras estallaban las bombas y un profesor de escuela los acompañaba. Entonces se refugiaron en unos terrenos vacíos. Intentaron cantar y se tomaron de las manos hasta que llegó un sonido terrible y luego un silbido. Se arrojaron al suelo y vieron cómo un misil penetró en un edificio cercano. Al rato, los oídos de todos sangraban: habían quedado sordos de por vida. No sé por qué ese avión me trajo tan pésimo recuerdo. Al alejarse dejó una estela en aquel cielo sin nubes.

--¿Qué haces en estos lugares, Thomas?—le pregunté.

--No vine a morir, si a eso se refiere. Soy de la División de Asuntos Civiles y trato de darle ánimo a mis compañeros. No es fácil, claro. Aquí, entre nosotros, a veces nos aburrimos mucho.

--¿Y cuál es el papel de uds.?—preguntó Giovanny.

--Ya ayudamos a organizar el Zoológico y lo reabriremos en julio. Después de la captura de la ciudad, murieron muchos animales y tuvimos que rescatar tigres, aves...en fin. Mi Capitan, William Sumner, nos comentó que sólo por contribuir a esto había valido la pena venir. Hemos reparado escuelas y reabierto muchas. También ayudamos a pintar y a reparar el Museo Arqueológico.

--¿Sí?—pregunté, fingiendo indiferencia.

--Fue un buen trabajo.

--¿Y qué pasó allí?

--Nosotros llegamos el 21 de abril.

--¿Después de los saqueos?

--Correcto. Fue una imagen desoladora. Colaboramos en todo lo que pudimos, pero le confieso que aún me conmueve lo que ví.

--¿Y qué vió?

--Bueno, lo que ya se sabe. Todo en desorden, las galerías sin las obras.

--¿Y quién se robó esos objetos?

--Nosotros no fuimos, y le digo que me molesta que la prensa haya insinuado que estamos interesados en destruir la cultura de Irak. Vinimos a ayudar.

--Pero hay testimonios de que algunos soldados alentaron los saqueos.

--¡Mentiras! Yo creo que en gran parte los responsables fueron miembros del antiguo personal del Museo. No confío en los directivos.

--¿Alguna prueba?

--Testimonios—dijo—Aquí hay más de uno que se enriqueció con la venta de algunas obras. Y luego están las exageraciones. Dijeron que habían desaparecido 170.000 objetos y era falso: no desaparecieron sino unos 30 objetos.

--30 objetos importantes.—corregí—Pero hay miles de objetos menores.

--¿Cómo saber? No había catálogos actualizados.

--¿Y por qué las exageraciones?—le preguntó Giovanni

--Nadie quiso esta guerra, y cualquier elemento negativo en contra de Estados Unidos es bienvenido. Ese antiamericanismo furibundo está lejos de la verdad.

--¿Y por qué no protegieron esas instalaciones culturales? Es un delito contra el patrimonio cultural de una nación atacarla sin proteger lugares identificados como sedes culturales.

--Por lo que sé, profesor, nos tomó desprevenidos.

--¿Cómo?

--No esperábamos saqueos en las bibliotecas y museos.

--¿Diez años de bloqueo y no esperaban saqueos?

--No dije eso. Dije que no esperábamos saqueos en los museos, y menos en las bibliotecas. A mi juicio, cometimos un error de estrategia. Eso es todo. Un daño colateral.

--¿Y lo destruido? ¿Quién responderá por eso?

--Hay fondos millonarios para la reconstrucción de Irak. Pronto habrá un mejor museo. Pronto habrá una Biblioteca Nacional en un lugar más seguro y con más libros, totalmente moderna. No tiene sentido que los iraquíes sigan pensando en el pasado.

--¿Sabe ud. lo que significa Irak para la civilización occidental?

--Irak no significa nada. Fue Mesopotamia, en todo caso los sumerios, los babilonios y los asirios los que hicieron su aporte, pero este país es muy reciente. Irak debe ser civilizado, cristianizado. En unos meses vendrán los misioneros y comenzará una cruzada moral...

No supe qué continuó diciendo porque me aparté y en unas horas estaba ya en mi hotel. Hay demasiadas paradojas en todo lo que se oye.

La charla en el auditorio de la Universidad de Bagdad había concluido. Expusimos, sin mayor aparato crítico, nuestras posiciones,

divergentes en su mayoría, sobre el futuro cultural de Irak ante más de cien estudiantes. El organizador había sido prisionero político de Saddam Hussein y parecía estar preocupado por mis conclusiones. “No exagere, profesor”, me decía al oído.

Uno de los asistentes del coordinador grabó todo y, ya cuando se otorgó el derecho de palabra, no salí de mi sorpresa al observar cómo un soldado norteamericano que nos escuchaba se aproximó hasta donde estaba yo, y, sin mediar palabras, me tendió la mano. “Profesor, usted ha dado en el clavo”, me advirtió. “Y sepa que no lo he escuchado todo, pero es triste reconocer que esto es cierto. La cámara aún se mantenía encendida. “Nos equivocamos. Yo escucho a mis jefes y sé que nos equivocamos. Hemos destruido una cultura y ahora causamos un desastre político en esta región. Los estudiantes no salían de su asombro, y nadie sabía si esto estaba preparado como una broma. “Nosotros no vinimos a quemar esos libros. Fue un accidente, fue un accidente”, y el joven comenzó a llorar, se arrodilló y tuve que levantarme, no sin escepticismo, para ayudarlo. El coordinador estaba rojo de la furia. “Voy a reportarlo, ¿sabe?”, amenazó. El asistente soltó la cámara y sonrió. “¿De qué mierda te ríes, bastardo?”, le gritó el coordinador y salió de la sala en busca de los otros soldados.

Una media hora después, el joven fue puesto en custodia por la Policía Militar. Yo seguía de cerca lo ocurrido, y no pude evitar una pregunta: “¿Qué pasó?. El coordinador, que era un hombre bajo y calvo,

apretó los puños y dijo, con sinceridad: “Usted provocó esto. Ha tergiversado todos los datos y ha impactado emocionalmente a ese muchacho. Es mejor que se vaya. No volveré a invitarlo”. Mis colegas, ante semejante descortesía, salieron conmigo, y los estudiantes se nos unieron. “Fue genial”, dijo uno de ellos.

Al este de Bagdad, en el barrio de al-Kadmia, iba a menudo a un café pequeño a jugar a dominó y a conversar con Ahmed y un grupo de ex-trabajadores del museo. Uno de ellos, el más bajo, fumaba narguile, una pipa con su característica jarra de cerámica con agua y un largo tubo. En cierto modo, no sé por qué, los rostros de mis compañeros me recordaban las hábiles partidas jugadas en la costa de Venezuela, mientras apostábamos cantidades mínimas y fumábamos sentados ante unas palmeras en la cálida región de La Guaira. Humvees, tanques y vehículos blindados de transporte podían verse en las intersecciones y otros puntos, junto a grupos de soldados con M-16 y ametralladoras. Al patrullar las calles, los niños les arrojaban piedras.

Al llegar a Irak, ignoré la política, pero estas reuniones avivaron mi interés por el tema. No se debe olvidar que gran parte del problema actual en Irak es la falta de una visión política integral. Por suerte, mis conversaciones se extendían en algunos casos hasta tarde y nunca resultaba insatisfecho debido a la amplitud y excelente criterio de Ahmed, quien me ayudó, incluso, cuando sufrí dolores de cólico nefrítico y no encontraba medicamento alguno, y el único consuelo era hablar, hablar hasta quedar casi dormido.

Ahmed siempre iniciaba la discusión. La primera vez fue cordial y vehemente:

--Yo nací en Bagdad, y viví permanentemente en Al Mansur, una barrio residencial bastante bonito. Estudié en Al-Mansur Al-Ta'siesya. Mi educación secundaria la hice en el Bachillerato de Al-Mansur, una escuela para niños. Cierta interés o presión familiar me hizo estudiar Mecánica. Me casé en 1990 y ahora soy viudo. Mi mujer murió en unas circunstancias que aún no tengo claras. Antes había muchos desaparecidos. No quise ni preguntar y pagué mi dolor encerrado en casa. La venida de los estadounidenses fue una salvación, en verdad.

Con un té de menta en la mano, Ahmed advirtió:

--Y le digo esto para que me entienda. Una salvación que se ha convertido en una pesadilla. Ahora no hay luz en todo el día, el agua está racionada, no hay policía, el robo está en todas partes, no hay objetivos

claros...Todo está servido para un desastre. Cuando fue derrocado Saddam me dije: ¡Alá le fijó su día! Me alegré, sinceramente, pero ya tenemos semanas de ocupación y no hay trabajo, ni sueldos ni nada. Fíjese ud. que no hay luz casi todo el día, y todos compran televisores con platos satelitales, tostadoras y equipos de sonido, ¿no es insólito? Un televisor cuesta 300.000 dinares, que son 250 dólares.

Uno de los ex-trabajadores del museo precisó:

--¿Cómo no iba a desatarse una ola de saqueos, profesor? Vea ud. la Bagdad a la que llega: no es ni la sombra de la que fue hace décadas. El embargo, la guerra, y, sobre todo, el odio fueron suficientes como para gestar un vandalismo sin control.

--¿Y por qué contra el museo y las bibliotecas?—pregunté

--Las fábricas fueron saqueadas y quemadas, lo mismo que los museos y las bibliotecas. ¿Una causa? Hay muchas...

Ahmed lo interrumpió:

--En los museos estaban muchos símbolos del poder de Hussein. Las imágenes se repetían hasta causar náuseas. Esto desató el robo y la destrucción.

--¿Y el resto?

--Ignorancia y euforia. Estas dos palabras son pésimas compañeras.

--El problema es más complejo—destacó Alí, otro de los ex-trabajadores—Yo no salgo de mi casa por temor a que entren y me roben.

El problema es que hay hambre y mucho resentimiento. Ud. consigue libros robados por un precio módico y es curioso que tienen compradores. Por unos pocos dinares, ud. puede hacerse con obras extraordinarias. Igual con las piezas.

--Sigo sin entender—comenté--¿por qué la destrucción en un país tan culto?

--Sé lo que le inquieta—dijo Ahmed—Y le tengo mi respuesta, que puede ser compartida o desechada por todos los presentes. Yo pienso que fue error de los estadounidenses no proteger esos centros intelectuales. Y creo también que los museos estaban demasiado identificados con el régimen. ¿No es cierto?

Nadie dijo nada y Ahmed prosiguió, impávido:

--Destruir el Museo era un símbolo, así como se derribaron las estatuas y se arrasó con los palacios de Hussein.

--¿Y las obras protegidas y escondidas en el Banco Central?

--Las más valiosas.

--Hay verdad en lo que dices-comentó Alí--Te equivocas en otras cosas, pero es momento de reconocer que Hussein fue quien comenzó las obras culturales más importantes. Todo los museos y las bibliotecas más relevantes son obra suya. Y en cuanto al Partido Baaz no me arrepiento, no éramos como se dice en la prensa.

--¿Y cómo eran en verdad?—interrogué.

Me atasqué en una jugada y dije “Paso”. Ahmed me guiñó un ojo y Alí no quiso cejar en su empeño de reivindicarse:

--El Baaz fue creado en 1944, profesor, por Michel Aflaq, Salah al-Din al-Bitar y Zaki al-Arsuzi. No sé si sabe, pero Baaz quiere decir “resurrección” y su ideología puede reducirse a pocos aspectos: tal vez el principal es su defensa de una unidad árabe, ratificada por el islamismo. Las razones que le dieron vida a Baaz siguen vigentes: los extranjeros quieren separarnos para controlarnos e imponernos una democracia tutelada.

Me impresionó su explicación. Ahmed, combativo, rechazó estas ideas:

--El Baaz fue infame. Sirvió para someter a toda la población, y su presencia en las bibliotecas y museos amparó no pocas veces actos de censura que se han silenciado. Cientos de obras fueron quemadas para que no ingresaran a los anaqueles. Yo tengo listas de memoria de autores censurados.

--Eso es falso—advirtió Alí, sin convencimiento.

--Es verdad—dijo Ahmed—La visión del Baaz era Husseinista, proselitista, crasa y simple. Con todo respeto, Alí, la reacción popular contra los líderes del régimen y contra uds. fue comprensible: el vandalismo general fue provocado por las enormes desigualdades a que fue sometida la población. ¿No ha ido a la antigua Saddam City, profesor?

--Sí.

-- Es una zona donde predominan los shiíes. La pobreza es total y de allí salieron muchos jóvenes que robaron cuando cayó Hussein. Estaban hartos de maltratos y de su condición de indigentes. Fueron a robar al Museo, por ejemplo, porque buscaban tablas de salvación.

-¿Justifica ud. la destrucción?

Ya se oía el quinto llamado al rezo de los mullahs a través de los altavoces ubicados en los minaretes. "Allah-u-Akbar" (Dios es grande) se repetía constantemente y, de seguro, esa voz era la misma en las casi 800 mezquitas de la ciudad.

--No la justifica, la explica. Concedo que las instalaciones debieron ser protegidas como se hizo con el Ministerio del Petróleo. Pero ya es irremediable. Y el mal ha sido exagerado. Primero inventaron que todo fue aniquilado, que se robaron 170.000 y cuando vieron que era mentira, hubo un silencio atroz. Mejor concluyamos esta partida.

El 22 de mayo, salí de Bagdad a cumplir otras labores en Viena y Londres, y un mes después supe que la ORHA había nombrado a Piero

Cordone, Fergus Muir y los oficiales A.J. Kesel, Cori Wegener, Chris Varhola y Wes Somners, miembros estos últimos de la División de Asuntos Civiles del Ejército. Este grupo anunció la reinaguración del Museo en menos de uno o dos meses, y el hallazgo de varios objetos desaparecidos. Noté que ninguno quiso volver a hablar de lo que pasó ni de los verdaderos responsables. No sin ingenuidad, pertenecen a esa generación de hombres que cree sólo en el futuro, pero entendido éste como una de las formas menos veladas del olvido. El 3 de julio, por ejemplo, esta reflexión cobró sentido con la absurda exhibición de dos horas que se realizó de los tesoros de Nimrud en el Museo. La osadía de este acto le costó la vida a un soldado y a un periodista, además de que puso en riesgo un legado cultural tan importante.

Al concluir este capítulo, sucedieron demasiadas cosas y no quiero dejar de comentarlas. La primera fue la rueda de prensa de Matthew Bogdanos. En este evento anunció que más de 3500 objetos fueron devueltos. Al menos unos 1.700 fueron entregados, unos 900 confiscados y más de 750 recuperados en otros países. Reconoció los propios directivos del Museo trasladaron 21 cajas a las bóvedas del Banco Central con 6.744 piezas de oro y piedras preciosas. Asimismo otras 5 cajas contenían el tesoro de Nimrud. La bóveda, tras un accidente se inundó y fue necesaria la ayuda de Jason Williams y de la National Geographic para recuperar las cajas. En Otras 179 cajas con 8366 objetos fueron escondidos y los

miembros juraron ante el Corán no revelar su localización. Las presiones del equipo de Bogdanos los hicieron ceder, bajo la amenaza de un encarcelamiento seguro.

El segundo hecho fue la aparición de la Dama de Warca, mejor conocida como la “Mona Lisa de Mesopotamia”. Fue encontrada la segunda semana de septiembre enterrada en la región de Kali, a 40 km de Bagdad. El hallazgo fue realizado por la policía iraquí y el aporte de dos investigadores: el capitán Vance Kuhner, de la Brigada 812 de Policía Militar y el sargento Emanuel Gonzalez. Esta noticia, que hubiera podido alegrar a todo los amantes de la cultura sumeria fue opacada, no obstante, debido a que un soldado estadounidense se precipitó y atacó en esas fechas al Embajador Piero Cordone en Mosul. Como resultado de este incidente, murió un chofer de un disparo al corazón.

CAPÍTULO V
EL CENTRO DE MANUSCRITOS
DE SADDAM HUSSEIN

La colección de manuscritos de Saddam Hussein, llamada *Dar Saddam li-l-makhtoutat* o también *Dar al-makhtutat al-'iraqija*, se salvó porque Osama N. al-Naqshabandi, su director, un verdadero erudito, la ocultó en un refugio antibombas, el número 12, cerca de Haj Dakiliya. Es una colección magnífica de libros, irremplazables todos, que puede contener más de 47.000 volúmenes. Cuando estalló la guerra, todos creímos que habían sido destruidos, pero subsistieron debido a la malicia de al-Naqshabandi, quien decidió esconderlos. Hoy en día, las obras requieren sólo un mejor depósito y cumplir lo relativo a normas internacionales de conservación.

Los representantes culturales de la CPA han considerado la posibilidad de una digitalización que satisfaga el interés de numerosos estudiosos que están privados de estos textos. La Biblioteca del Congreso de Estados Unidos sería la institución llamada a contribuir a esa tarea, pero es un trabajo a largo plazo.

--Por ahora no regresará la colección a Bagdad—aseguró al-Naqshabandi.

--¿Qué lo impide?—pregunté.

--¡Figurese! Si las mezquitas han sido atacadas, si matan a los hombres santos, nada está a salvo en esta nación. Aquí, conmigo, y con los que custodiamos estos libros, no pasará nada. Los defenderemos con nuestra propia vida.

--¿Y el nombre de la colección?

--Seguirá por el momento, profesor—me indicó—No tenemos pensado ponerle otro. Pero, pensándolo bien, puede ser “Centro de Manuscritos de Bagdad”. ¿Qué le parece?

--¿Son idóneos los sistemas de conservación actuales?—interrogué.

--Gente de la Unesco pregunta lo mismo—dijo—Y no sé si son idóneos. Son los mejores que puedan administrarse. Por aquí pasan expertos que se van a los siete días, y no vuelven.

--¿Cuál es su experiencia con la colección?

--Hacia 1991 había más de 20.000 manuscritos, y unos 346 manuscritos perdidos. Diversas fallas llevaron a tomar una decisión histórica en el Ministerio de Cultura, dirigido por Hamid Yusuf Hammadi: los manuscritos fueron microfilmados y pronto tuvimos más de 8 millones de folios de unas 250.000 imágenes digitalizadas.

--¿Y cómo se preparó para los bombardeos?—insistí.

--Temía la destrucción de los libros, claro. Decidí llevarlos a un refugio, los microfilms a otro lugar y los cd fueron resguardados en otra parte, de tal manera que era imposible perder los textos.

--¿Y qué se conservó?

--Según estimo, unos 50.000 manuscritos. Tenemos 47.500 de los que ya pertenecían a la colección y unos 2500 de otras colecciones.

--¿De cuáles?

--De la Academia de Ciencias tenemos unos 667 manuscritos, unos 300 de la Biblioteca de Mosul, unos 122 de la Biblioteca de Universidad de Mosul, unos 40 de Tikrit, unos 40 de Kirkuk, unos 50 de la Mustansirija, unos 300 de la Universidad de Basora y así.

--¿Sabía que habría saqueos?

--Por supuesto. En toda guerra hay saqueos. Cuando los soldados extranjeros entraron, miles de personas salieron a robar ministerios como el de Industria y Minerales, el de Asuntos Internos, o el de Irrigación, así como las instalaciones del Comité Nacional Olímpico de Irak, y los museos. Fue un desastre. Incluso intentaron penetrar en el refugio de los libros, pero no tuvieron suerte.

--¿Sabía ud. que Bogdanos le da el crédito de la salvación de estos manuscritos a la directiva del Museo?

--Un error más—comentó, molesto.—Pero lo que interesa es que los manuscritos están a salvo.

CAPÍTULO VI
AWQAF: UNA DESTRUCCIÓN
IMPLACABLE

En la mañana del 14 de mayo, cuando creía haber visto todo, alguien señaló: “También se destruyeron los libros de Al-Awqaf”. Sin razón aparente, desestimé su juicio hasta que al revisar mis papeles encontré un texto de Abd Allah Al-Jabbouri, quien elaboró el catálogo de maktabat al-Awqaf al-markazija o biblioteca del Ministerio de Asuntos Religiosos con el título de *Maktabat al-awqâf al-‘amma, târîkhuhâ wa nawâdir makhtûtâtihâ* (Bagdad, 1969). Al revisar con fascinación los datos de esta obra sentí el anhelo de visitar el depósito de los textos religiosos para corroborar la frase escuchada.

Desde el Hotel, oí el majestuoso llamado a la oración. El Islam supone cinco rezos diarios obligatorios: el del mediodía, en cuatro partes; el de la tarde, que es de cuatro partes; el del ocaso, que es de tres partes; el de la noche, que es de cuatro partes; y el de la mañana, que es de dos partes. En conjunto suman diecisiete partes, y de esas cinco oraciones, las que son de cuatro partes se acortan a dos durante el viaje o el estado de temor.

Ya en la tarde, acaso a las tres, decidí ver con mis propios ojos la Biblioteca de Al-Awqaf (significa patrimonio) y encontré algo que francamente me desconcertó. Unas horas antes, al parecer, jóvenes armados habían disparado contra una patrulla y hubo varios heridos. El peso de la agonía y del miedo estaba, por tanto, en el ambiente. Al caminar hacia el edificio, que contenía una colección comenzada en la década de los años

veinte del siglo veinte, ví una reja cerrada y decidí saltarla, a la manera tradicional, sin mayor cortesía. Unos ancianos rieron al unísono detrás de mí. Ya adentro descubrí que todo estaba completamente destruido y quemado. Sólo permanecía el esqueleto de la estructura, con las columnas tiznadas por el humo. Pensé, con tristeza en sus más de 8000 manuscritos islámicos y casi caigo al tropezar con una piedra entre las ruinas. Parecía un edificio abandonado y listo para demolición.

El fuego destruyó la instalación, como pude evidenciar. Hubo, por supuesto, los saqueos rutinarios y las consecuencias fueron terribles. Al menos el 50 por ciento de la colección desapareció, y el edificio quedó en tal estado de destrucción que difícilmente pueda ser reparado. Los cables cuelgan y las vigas, peladas, se unen a columnas a punto de su caída. Los volúmenes salvados, unos 5300, están a cargo de bibliotecarios que temen por su propia vida, y están tan deprimidos que no creen en soluciones procedentes de ninguna organización. Según me dijeron los pocos que se animaron a hablar, un guardia llamado Abu Sa'd Khalil fue asesinado por los soldados de Estados Unidos. Un rumor hizo creer a muchos saqueadores que en lugar de manuscritos lo que había en los depósitos era dinero y se inició una verdadera cacería.

He tratado en este libro de proporcionar ideas claras sobre lo sucedido en cada caso; no obstante, hubo detalles extraños en esta ocasión que ofrecen serias dudas sobre la verdad. Diversos testigos me aseguraron

que la destrucción de los libros ocurrió cuando unos 15 ó 20 civiles, posiblemente árabes, llegaron e irrumpieron violentamente en la biblioteca. Los seguía un joven con una cámara filmadora. Una vez robados los manuscritos, fueron arrojadas granadas de fósforo en el interior. La mayoría de los manuscritos procedía de diversas fuentes: la colección de Kamal al-Din al-Ta'i, con 250 manuscritos, la colección Salih Salim Suhrawardi, con 350 MSS, la colección Hasan al-Sadr, con 589 manuscritos y unos 555 manuscritos de la colección de Awqaf. Inexplicablemente, de 32 bultos con los libros, más de diez fueron eliminados y perecieron más de 800 manuscritos.

La decepción de los empleados de Awqaf era tremenda. No habían cobrado sus salarios y muchos estaban resignados a su destitución, que ya les había sido anunciada, dentro del proceso de exterminio sistemático de los antiguos miembros del Baaz. Un joven quiso ayudarme y me mostró folios quemados por todo el piso que alguna vez fueron muestras de la prosa más importante del mundo árabe. Al sostenerlos en mi mano, sin dificultad, casi simultáneamente, sentí un vacío enorme en el pecho y huí, aterido por el impacto, por las calles cercanas.

Un reportero me contó después que conoció a Mohamed Salman, un hombre que registraba las ruinas de Awqaf en busca de libros. Cuando se le recriminó su actitud, gritó: "Se quedó aquí ¿así que por qué no tomarlo?"

Irak es libre". Y se llevó consigo el catálogo de la colección religiosa de la biblioteca, un enorme volumen en pasta roja.

Cuando estalló la guerra, el gobierno de Irak estaba integrado por estos representantes, en su mayoría sunníes:

Presidente Saddam Hussein

Vice Presidente Taha Muhyi al-Din Maruf

Vice Presidente Taha Yasin Ramadan

Primer Ministro Saddam Hussein

Vice Primer Ministro Tareq Aziz

Min. de Agricultura Abdallah Hamid Mahmud al-Salih

Min. de Awqaf & Asuntos Religiosos ... Abd al-Munim Ahmad Salih

Min. de Cultura Humam Abd al-Khaliq Abd al-Ghafur

Min. de Defensa Sultan Hashim Ahmad al-Jabburi Tai

Min. de Educación Fahd Salim Shaqrah

Min. de Finanzas Hikmat Mizban Ibrahim al- Azzawi

Min. de Exteriores Muhamad Said Kazim al- Sahhaf

Min. de Salud Umid Midhat Mubarak

Min. de Educación Superior..... Abd al-Jabbar Tawfiq

Min. de Construcción Maan Abdallah al- Sarsam

Min. de Industria y Minerales Adnan Abd al-Majid Jasim al- Ani

Min. del Interior Muhamad Zimam Abd al-Razzaq

Min. de Irrigación Mahmud Dhiyab al- Ahmad

Min. de Justicia Shabib Lazim al- Maliki

Min. de Trabajo..... Sadi Tumah Abbas

Min. del Petróleo Amir Rashid Muhamad al- Ubaydi

Min. de Estado Abd al-Wahhab Umar Mirza al-Atrush

Min. de Estado para Asuntos Militares... Abd al-Jabbar Khalil Shanshal

Min. de Comercio..... Muhamad Mahdi al- Salih

Min. de Transporte y Comunicaciones..... Ahmad Murtada Ahmad Khalil

Asesor Hatim Hamdan al- Azzawi

Asesor Barzan Ibrahim Hasan al- Tikriti

Asesor..... Safa Hadi Jawad Habubi

Asesor Nizar Jumah Ali al- Qasir

Asesor. Watban Ibrahim al-Hasan al-Tikriti

Asesor Militar Sadi Tuma Abbas al- Jabburi

Director Banco Central Isam Rashid al- Huwaysh

Representante ante la ONU..... Said Hasan al-Musawi

Terminada la guerra, Estados Unidos detuvo a varios de los ministros anteriores y designó a otro grupo en un gabinete de emergencia instalado en septiembre de 2003:

Min. de Comunicaciones - Haider al-Ebadi, Shií

Ministerio de Obras Públicas - Nesreen Mustafa Sidiq Berwari, female, Kurdo

Ministerio de Construcción y Vivienda: Bayan Baqir Solagh, Shií

Ministerio del Ambiente: Abdul-Rahman Sidiq Kareem, Kurdo

Ministerio de Comercio - Ali Abdul-Amir Allawi, Shií

Ministerio de Planificación- Mahdi al-Hafidh, Shií

Ministerio de Educación - Alaudin Abdul-Saheb al-Alwan, Shií

Ministerio de Educación Superior - Zeyad Abdul-Razzaq Mohammed Aswad, Sunní

Ministerio de Cultura - Mofeed Mohammed Jawad al-Jazaeri, Shií

Ministerio de Derechos Humanos - Abdul-Basit Turki, Sunní

Ministerio de Exteriores - Hoshyar Zebari, Kurdo

Ministerio del Interior - Nori al-Badran, Shií

Ministerio de Agricultura- Abdul-Ameer Abboud Rahima, Shií

Ministerio de Deportes – Ali Faik al-Ghadban, Shií

Ministerio de Salud - Dr. Khudayer Abbas, Shií

Ministerio de Industria y Minerales - Mohammed Tawfik Raheem, Kurdo

Ministerio de Justicia- Hashim Abdul-Rahman al-Shibli, Sunní

Ministerio de Ciencia y Tecnología - Rashad Mandan Omar, turco

Ministerio del Trabajo- Sami Izara al-Majoun, Shií

Ministerio de Electricidad - Ayham al-Samaraie, Sunní

Ministerio de Finanzas - Kamil Mubdir al-Gailani, Sunní

Ministerio de Inmigración y Refugiados: Mohammed Jassem Khudair, Shií

Ministerio de Irrigación- Abdul-Latif Rashid, Kurdo

Ministerio del Petróleo- Ibrahim Mohamed Bahr al-Uloum, Shií

Ministerio de Transporte - Behnam Zaja Polis, asirio cristiano

De la Awqaf no suele hablarse en la CPA porque el tema religioso ha sido postergado.

La historia que me contó un empleado de Awqaf no tiene desperdicio. Relató que el día del incendio, corrió a llamar a unos soldados. Se acercó a una unidad, y les indicó que se quemaban los libros religiosos. Uno de los oficiales tomó nota del incidente y se rió. Luego le pidió al iraquí que le escribiera “I love you” en árabe, lo que éste hizo, nervioso.

“Iremos pronto”, le dijo, “Debes estar tranquilo”. El empleado quiso increparlo, y recibió una amonestación suave. “Ve en paz”. “¿Y los libros”, preguntó. “Mi deber es no moverme”, le señaló. “¿Y entonces?”, volvió a interrogar. “Veré que puedo hacer más tarde. Te lo prometo”, dijo y continuó escribiendo la carta a su novia. “¿Cómo se escribe en árabe «te extraño?”.

En cuanto al Awqaf, se comenta, no sin temor, que el responsable es Said Ismail Haqqi, un shií, y el clérigo Sheik Husayn al-Shami se ha convertido en su asesor principal. Dada la gran destrucción se ha elegido una sede temporal en una casa en al-Azamija. No sabe, por supuesto, qué se perdió o qué se quemó. El malestar de los sunnís, que siempre fueron los encargados de este centro, causa disputas permanentes. El catálogo

existente era incompleto, y las donaciones de los últimos años, además de las confiscaciones obligatorias de hogar en hogar, aumentaron el tamaño de la colección, pero no se cuenta con los registros para una evaluación en lo inmediato.

Para dar una idea de la importancia de la Awqaf, puedo suministrar al lector un dato que en el futuro causará gran malestar. Sucede que una vez desaparecidos los libros y documentos, es imposible, en muchos casos, que un tribunal decida sobre un reclamo concerniente a una propiedad sobre la cual el ministro anterior de Awqaf se hubiera pronunciado. Baste con decir que el caos ha comenzado en Irak y aumentará debido a esta falta de registros. Hay cientos de casos de personas que reclaman sus pertenencias, confiscadas por funcionarios de Awqaf durante el anterior régimen. Antiguos opositores han regresado del exilio en busca de sus propiedades, al igual que judíos y kurdos y se han encontrado con la situación de la quema, lo cual, a mi juicio, realza aún más la posibilidad de que la Awqaf fuera víctima de un incendio organizado.

CAPÍTULO VII
BAYT AL-HIKMA

Digamos que uno de los pasajes más hermosos de la historia del pueblo árabe es la del sueño de Abu al-'Abbas 'abd allah al-ma'mum ibn Ar-Rashid, mejor conocido en occidente como Al-Mamun (786-833). Es posible que todos los detalles del cuento sean falsos, pero no dejan de ser maravillosos. Mientras dormía, Al-Mamun vio en sueños una figura venerable, la cual se le acercó y le explicó el valor de las ciencias y de la filosofía. Hablaba un idioma diferente, pero sin saber cómo, podía entenderlo y discutir sobre los aspectos menos convincentes. En un momento dado, supo que ese hombre era Aristóteles y apenas despertar llamó a todos sus seguidores y les ordenó construir una edificación para el conocimiento cuyo nombre sería *bayt al-hikma* (Casa de la Sabiduría). En pocos meses, todos los eruditos árabes partieron a Bizancio y a otras capitales en busca de manuscritos griegos de Aristóteles, de Teofrasto, de Platón, de Arquímedes, y de los mayores pensadores y científicos de la Grecia clásica. Al regresar, los tradujeron y, de modo curioso, Europa conoció un Aristóteles en árabe y no en griego. La Escuela de Jurisprudencia estuvo a cargo de Muhamad ibn Ishaq y de Ibn Hisham.

Entre los logros de esta Casa de la Sabiduría habría que destacar los avances en matemáticas. La palabra "álgebra", por decir, procede de un libro titulado *Kitab al muhtasar fi hisab al gabr w'al muqubalah*. Estaba escrito por Mukhammad ibn Musa Al-Khorezmi (780-850), el jefe de la Sección de Matemáticas de este centro, quien estimuló la difusión de saber

y la exploración, hasta el punto de auspiciar la medición del tamaño de la Tierra, estimado por Al-Khorezmi en 21.000 millas árabes.

La tradición de esta Casa de la Sabiduría se mantuvo, pese a la destrucción sistemática, y con grandes dificultades, Bagdad conservó la Bayt al-Hikma. Hoy en día está situada en las cercanías del Ministerio de Defensa, y el edificio se integró con un antiguo complejo del siglo XIII. Cuenta con un enorme auditorio, salas de lectura, salón de conciertos, laboratorio de computadoras, una imprenta y una biblioteca de libros extranjeros.

El 11 de abril, según constaté, fueron destruidas las muestras de la exposición sobre el Imperio Otomano, y una parte del edificio se incendió. A saber, los saqueadores en la mañana no dejaron nada de valor, pero regresaron por la tarde, con más bríos y confiados en que lo mejor estaba oculto. Entre los lugares saqueados, estarían la imprenta, el salón de lectura y las bibliotecas. Probablemente la sala de lectura fue atacada con granadas porque los daños de las paredes así lo revelan. La sección de libros extranjeros mostraba, cuando llegué, los signos del pillaje: las estanterías vacías y el piso cubierto de papeles rotos. Entre otros, hay catálogos que indican que se perdieron más de 5500 volúmenes de la Oficina Exterior de Reino Unido, unos 5 tomos de documentos franceses alusivos a la Primera y Segunda Guerra Mundial, documento clasificados de Estados Unidos sobre el golpe de Estado en 1940, documentos sobre la comunidad judía en

Bagdad, 15 volúmenes del período Otomano, 15 volúmenes de la corte de Mahkama Shar'ija y tomos de la Enciclopedia Británica. Casi no fueron sustraídos ni dañados los manuscritos debido a que en 1974 fue promulgada la Ley de Antigüedades, que impedía el almacenamiento en lugares diferentes a los establecidos. Entre los textos perdidos estarían un Corán del siglo 9, una copia del siglo XII de Maqamat al-Hariri, los textos más importantes de Avicena, crónicas históricas, poemas y obras de teatro. Unas cuadras más allá, me avisaron, vendían algunos de estos libros y quise comprobarlo. En efecto, me acerqué a un joven de bigote poblado que no dudó en ofrecer sus libros. Y coincidían con los de la Bayt al-Hikma. Cuando se lo comuniqué a Khaled, mi guía en Bagdad, se decepcionó porque sabía que era imposible hacer nada por ahora.

En el segundo piso, los incendios fueron desastrosos y no quedó nada que los saqueadores no tomaran: desde computadoras, impresoras, lámparas, aires acondicionados, sillas, escritorios, lapiceros y muebles. La sala de conciertos quedó irreconocible. En un cuarto, parecía como si hubiera estallado algún artefacto. Las estanterías de metal, sin libros ni papeles, estaban quemadas, al igual que las ventanas y paredes. Posteriormente la CPA ofreció 17.000 dólares para reconstruir la colección, una cifra irrisoria que ignora lo más relevante: este centro contaba antes de la guerra con 70 personas y casi 100 contratados. De una forma mezquina,

tras los saqueos se ofreció 20 dólares a cada trabajador, lo que generó más molestias que alegría.

CAPÍTULO VIII
ACADEMIA DE CIENCIAS

El 18 de mayo visité la Academia de Ciencias de Irak o al-Majma' al-`Ilmi al-`Iraqi, uno de los más prestigiosos centros de investigación del Oriente Medio. Localizada en la tranquila zona de Waziriya, no resultó ser un edificio imponente, aunque su interior me sorprendió. En su mejor época tuvo manuscritos, periódicos, libros extranjeros, revistas científicas y humanísticas, tesis, monografías y cientos de papeles con artículos. Había un laboratorio con 20 computadoras, imprenta, salas de lecturas, y cubículos bien dotados para los investigadores. Eso, al menos, fue lo que mostraron las fotos de lo que fue el período de esplendor del sitio.

Lo que vi, en cambio, fue diferente. Muhamad Khudeir `Abbas, Administrador, me mostró un panorama desolador. Según él, todo comenzó con la llegada de unos soldados estadounidenses y un tanque. La bandera de Irak que ondeaba en la Academia fue retirada y, de un modo violento, horas más tarde, cientos de saqueadores llegaron dispuestos a llevarse todo. Y así lo hicieron. No dejaron una sola computadora, escritorio, regulador de voltaje, impresoras ni nada sin tomar. Estaban enloquecidos. A diferencia de otros centros intelectuales, la Academia no fue incendiada, pero de un total de 60.000 libros la mitad se perdió, lo mismo que cientos de publicaciones que eran enviadas desde el mundo entero en diferentes lenguas. La fotocopias no se conservaron, y algunas pudieron rescatarse, sin orden aparente, de entre el desastre. Una política eficaz de intercambio mantuvo en vigencia la actualización permanente de la Academia y este

logro permitió a sus investigadores disponer de la mejor información del planeta.

Cuando le pedí el catálogo de los libros, el Administrador fue tajante. También se encuentra entre los objetos robados, así que la labor de clasificación que le espera es enorme. Vi algunos cuartos donde se conservan cientos de libros y papeles y el desorden, no obstante, no preocupa a ninguno de los académicos, porque hubiera sido peor perder los textos. La pila de papeles amedrentaría a cualquier especialista en bibliotecas, pero no a hombres que han sobrevivido bombardeos, asesinatos y pillaje que extravió los inéditos del historiador `Abbas al-Azawi. Por suerte, los manuscritos habían sido transferidos por orden del Ministerio de Cultura a la Colección de Saddam Hussein, y la cifra es de 667 manuscritos.

-- *Bismillahi ar-rahmani ar-rahim*. De eso hace tiempo—me dijo Jamil, un historiador expulsado de la Academia--. Fue en el siglo II a. C. que lo que es parte del actual Irak constituyó un eslabón de Persia. Hacia el 749 d.C, fue que Bagdad se convirtió en la capital del califato islámico. La

historia es larga, pero hay consistencia. Ya en el 1534 el territorio fue conquistado por el Imperio otomano, y eso hasta el siglo XX.

Jamil, con su mostacho blanco, me acompañaba en el café de Shahbandar, y aunque el ruido nos impedía una conversación más precisa y continua, su voz, agradable y pausada, facilitaba mi comprensión de sus palabras. En cierta forma, recordaba una figura que había visto de Jan Potocki, el escritor polaco. Yo había ido a verlo en busca de una explicación que me permitiese una aproximación más transparente de la historia de Irak.

--La lucha entre ingleses y alemanas por Irak es interesante. Unos y otros querían ponerle la mano a estas tierras. Los ingleses buscaban una ruta para conectar el comercio con la India. Los alemanes pensaban en un tren desde Bagdad hasta Berlin, y lograron elaborar un proyecto que hoy reposa en una de las casas de documentos históricos.

--¿No fueron saqueadas?—inquirí.

--Cierto y corrijo: el proyecto estaba entre muchos papeles de la Academia de Ciencias de Irak. Lo que sucedió como consecuencia de esto se conoce: esta región apoyó a los alemanes y en 1917 los ingleses no perdonaron y ocuparon todo el territorio. Fíjese que el 11 de marzo fue que las tropas del general Sir Stanley Maud entraron. Traían un mensaje y lo gritaron ante nuestro pueblo. Dijeron que venían a liberarnos, no a conquistarnos. Poco después, y esto no se recuerda mucho, Percy Cox, el

alto comisario del gobierno inglés se atrevió a decir que era imposible pensar en un gobierno de árabes porque eso supondría la anarquía de la región. Ya para 1920 el dominio era absoluto. y en 1921 los británicos impusieron una monarquía hachemita, y nombraron al rey Faisal Ibn Husain, de quien esperaban numerosos favores, como la entrega de la explotación petrolera. Y así, en 1929, apareció la *Iraq Petroleum Company* (IPC).

--¿No hubo rebeliones?—pregunté.

--Decenas de rebeliones. Los shiíes de Basora fueron adversos a los ingleses. Finalmente, y sigo mi pobre recuento, en 1932 se logró una especie de independencia tutelada que, a mi juicio, fue el mayor de los errores.

--¿Por qué lo dice?

--Pues porque los ingleses continuaron su influencia nefasta y socavaron las bases políticas autónomas del país. Los conflictos con los kurdos proceden de esa época. Fíjese que después de 1933, el descontento creció y dio origen a movimientos políticos violentos. En 1944, se fundó el Partido Baaz, con Michel Aflaq a la cabeza. Para rematar, en 1954, el imberbe rey Faisal II, prohibió la existencia de los partidos políticos. Y se consumó ese desastre que fue el Pacto de Bagdad.

--Eso fue en 1955—advertí.

--En febrero de 1955—señaló.

--¿Cuál sería el aspecto más infame de ese Pacto?

--Imagínese que establecía una alianza entre Irak y Turquía, Reino Unido, Pakistán e Irán, lo que despertó sospechas enormes e innecesarias.

--Y eso le costó la cabeza a Faisal II.—comenté.

--Es correcto—dijo Jamil—El golpe de estado del 14 de julio de 1958, propiciado por el Baaz, los shiíes y los kurdos. Todo eso vino gestado por dos hombres: Abd al-Karim Qasem y un coronel que se llamaba Abd al-Salam Aref. Este último fue víctima de la propia tensión de estos días y resultó condenado, pero retornó al poder en 1963 y mató a Qasem.

--¿Un golpe detrás de otro?

--Claro. Estados Unidos y Reino Unido promovían todo lo que les permitiera volver a retomar los campos petroleros. Pero bueno, le contaba que Aref finalmente tuvo un extraño accidente y su hermano *Abdel-Rahman* se instaló como líder. No pudo contener al Partido Baaz y ese fue su fin. Encima de todo, la Guerra de los Seis Días, en 1967, que representó una derrota absurda ante Israel de Egipto, Siria e Irak.

--¿Y el golpe del 17 de julio de 1968?—pregunté.

Jamil lucía cansado, pero no se detuvo.

--Se conoce como la Revolución de 1968. Allí se impuso el general Ahmed Hassan al-Bark. Y un oscuro habitante de Tikrit, Saddam Hussein apareció con mucha fuerza. Fue el momento del clan de Tikriti. El Partido

Baaz se hizo poderoso, y su filiación cobró un carácter obligatorio.

--¿En qué sentido?

--En que ningún militar podía dejar de pertenecer al partido ni tampoco ningún miembro de ninguna dependencia. Y déjeme comentarle algo. al-Bark, a medida que envejecía, dejaba más y más poder para Hussein, y en 1979, ya era el Presidente Oficial de Irak. Y entonces sobrevino una etapa triste para los shiíes, que fueron expulsados, y los kurdos, aniquilados y atacados. Los sunnís se adueñaron de Irak.

--¿Y la guerra contra Irán?

--La comenzó Hussein con la invasión de Irán en 1980 y duró ocho largos años. Lo que no deja de sorprender es que quienes armaron a los iraquíes fueron los estadounidenses. Las armas de destrucción masiva fueron vendidas por ellos mismos.

--Por eso será que están seguros que las hay en Irak.

--Es un error—dijo Jamil—Una torpeza. Esas armas ya no existen. Se han realizado 276 inspecciones, han venido 3845 inspectores, y después de 3392 investigaciones pormenorizadas y 10.256 visitas no encontraron nada. No tenga ninguna duda que si Hussein las tuviera las hubiera usado contra los judíos, nunca contra los árabes. Pero ha sido suficiente, ¿no le parece? Soy viejo, y lo que he visto le daría a ud. para una enciclopedia.

--Muchas gracias—le dije, y ambos nos despedimos cordialmente.

CAPÍTULO IX
UNA CHARLA SOBRE LA DESTRUCCIÓN
DE BIENES CULTURALES

Cuando llegué a Irak, llevaba conmigo varios libros. Uno de ellos era el de Jirí Toman, titulado *La protection des biens culturels en cas de conflit armé* (París, UNESCO, 1994). Sin vacilaciones de ninguna clase, tenía mis reservas sobre los saqueos y la responsabilidad de las tropas invasoras de la coalición en estos hechos. Afortunadamente, el abogado Giovanny Márquez, uno de los mayores expertos en bienes culturales del mundo, me sacó de dudas.

--Se oye decir que la primera víctima de una guerra es la verdad—comentó cuando lo visité en el lobby del hotel—Pero yo creo lo contrario, yo creo que la guerra es la primera víctima de la verdad. De la verdad, por supuesto, entendida como justicia. Hoy en día hay mecanismos legales, internacionales, supranacionales, destinados a proteger los derechos fundamentales, los derechos humanos, y a esto se ha añadido la protección de bienes culturales, entre los que se encuentran las bibliotecas y libros, cuya principal función es desestimular la impunidad.

--Pero la Unesco no ha podido juzgar a nadie en el mundo—le dije.—Sarajevo es un magnífico ejemplo.

--Un instrumento fundamental es la *Convención sobre la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado*, elaborada en La Haya, el 14 de mayo de 1954 y puesta en vigencia el 7 de agosto de 1956. Si el Director General no ordena una investigación sobre una violación de

esta convención, incurre en un delito. Y no es un delito pequeño. Esta clase de penas nunca prescribe.

Lo miré fijamente y no pude evitar, como si fuera un estudiante, pedirle más información.

--Creo que es imposible—le advertí—señalar qué es un bien cultural. El filósofo J.M. Briceño Guerrero dice que cultura es todo lo que no puede explicarse sin la presencia del hombre.

--A efectos legales, la Convención es muy transparente. El primer artículo aclara que los bienes culturales son de tres tipos: a) *Los bienes, muebles o inmuebles, que tengan una gran importancia para el patrimonio cultural de los pueblos, tales como los monumentos de arquitectura, de arte o de historia, religiosos o seculares, los campos arqueológicos, los grupos de construcciones que por su conjunto ofrezcan un gran interés histórico o artístico, las obras de arte, manuscritos, libros y otros objetos de interés histórico, artístico o arqueológico, así como las colecciones científicas y las colecciones importantes de libros, de archivos o de reproducciones de los bienes antes definidos.* b) *Los edificios cuyo destino principal y efectivo sea conservar o exponer los bienes culturales muebles definidos en el apartado a), tales como los museos, las grandes bibliotecas, los depósitos de archivos, así como los refugios destinados a proteger en caso de conflicto armado los bienes culturales muebles definidos en el apartado a).* Y, por último: c) *Los centros que comprenda un número*

considerable de bienes culturales definidos en los apartados a) y b), que se denominarán “centros monumentales”.

--¿Es una definición compartida?—pregunté.

--Fíjese que *Ley del Patrimonio Histórico Español* de 25 de junio de 1985, repite que los bienes culturales son *aquellos elementos que, integrados dentro de la noción genérica de patrimonio histórico participan de una riqueza colectiva derivada de su valor histórico, artístico, científico, paleontológico, arqueológico, etnográfico o técnico, que, sin limitaciones procedentes de su propiedad, uso, antigüedad o valor económico, contienen las expresiones más dignas de aprecio en la aportación histórica de los españoles a la cultura y civilización universal, y a su capacidad creativa contemporánea.*

--Entiendo que la discusión siempre es excluyente—dije--. Los maximalistas consideran todo objeto con un cierto valor cultural, actual o futuro, y los minimalistas consideran bienes culturales a los objetos cuyo gran valor cultural no tiene objeción posible.

--Eso es lo de menos. Es una discusión irrelevante, profesor. Lo que importa en la Convención es realmente la protección de esos bienes. Me refiero a que la protección implica el respeto y la debida salvaguardia de los bienes. Eso es todo.

--¿Y por qué tendría que responder una nación en guerra con otra de la cultura que adversa?

--Ese no es el punto—contestó.—El artículo tercero es explícito en que las partes *se comprometen a respetar los bienes culturales situados tanto en su propio territorio como en el de las otras Altas Partes Contratantes, absteniéndose de utilizar esos bienes, sus sistemas de protección y sus proximidades inmediatas para fines que pudieran exponer dichos bienes a destrucción o deterioro en caso de conflicto armado, y absteniéndose de todo acto de hostilidad respecto de tales bienes.*

--Parece contundente—dije.

--Y eso no es todo. Lo que viene después es comprometedor. El punto tercero del mismo artículo declara que las partes *se comprometen, además, a prohibir, a impedir y a hacer cesar, en caso necesario, cualquier acto de robo, de pillaje, de ocultación o apropiación de bienes culturales, bajo cualquier forma que se practique, así como todos los actos de vandalismo respecto de dichos bienes. Se comprometen también a no requisar bienes culturales muebles situados en el territorio de otra Alta Parte Contratante.* Y el punto cuarto sentencia las partes *aceptan el compromiso de no tomar medidas de represalia contra los bienes culturales.*

--De ser así, es indudable que en el caso de Irak—dije—hay responsabilidades pendientes. Esta norma, sin duda alguna, quedó violada en los hechos de abril y mayo de 2003, cuando el patrimonio cultural iraquí

quedó a merced del saqueo y el robo descarado de obras arqueológicas antiguas.

--Y el Protocolo de la misma Convención ha establecido que las partes no deben permitir el tráfico de bienes culturales. Tras los hechos de Bosnia, donde se destruyeron miles de monumentos y el robo de obras de arte fue descarado, el 26 de marzo de 1999, se elaboró un *Segundo Protocolo para la Protección de los Bienes Culturales en caso de Conflicto Armado*, en La Haya, con el propósito de complementar a la Convención en lo relativo a las relaciones entre las Partes y establecer un sistema reforzado de protección para bienes culturales especialmente designados. El Director General de la UNESCO quedó ratificado como ejecutor de las medidas de protección y, en añadidura, se precisaron aspectos relativos a la jurisdicción y extradición de personas involucradas en delitos culturales.

--¿Habrá sanciones? Mucha gente me pregunta eso.

--Sospecho que no.—respondió, y se despidió, no sin obsequiarme algunas fotocopias de textos suyos sobre el tema.

CAPÍTULO X
LAS UNIVERSIDADES

“Nuestra memoria ya no existe. La cuna de la civilización, de la escritura y de las leyes, ha sido quemada. Sólo quedan cenizas”. Esto se lo he escuchado a un profesor de teología, a quien detuvieron días después por su pertenencia al Partido Baaz. Al hablar, se encontraba en la moderna estructura de la Universidad de Bagdad, donde fueron saqueados los libros de la biblioteca, llamada al-Maktaba al-Markaziya, sin excepción. Estaba solo, junto a la entrada, cubierto por una sombra sin pausas, y acaso pensaba en voz alta, o no pensaba, sino que su voz también era parte de ese largo, interminable, y sucesivo rumor que es a veces el Oriente Medio. Creo que esperaba a alguien, pero quienquiera que haya sido nunca llegó y en pocos minutos se alejó, rápido, y sin rumbo, no sin bordear un cráter enorme dejado por un misil junto al edificio.

Horas más tarde, sin embargo, y entonces, un joven estudiante le dio sentido a su frase cuando se acercó a mí y antes de que pudiera escaparme con alguna excusa, me abordó, imponente, con ese aire de autoridad que da el sufrimiento. Llevaba una bata marrón, sandalias, usaba lentes y a pesar de la barba, recortada, era bastante joven, tal vez de 20 ó 22 años, una edad excelente para quejarse todo el tiempo. No miraba de frente, ni hacia ningún lado, y bien visto no sé siquiera si miraba. Lo cierto es que me preguntó por qué el hombre destruye tantos libros.

Hizo su planteamiento con calma y prosiguió, entre los escombros directos de una cita, hasta que los adverbios se le agotaron y dijo, o

sospecho que lo hizo, ya conforme o inconforme, que durante decenas de siglos Irak había sufrido expolio y destrucción cultural impunemente. “¿Ud. no es el experto? Explique”, me señaló con ironía. Se llamaba Emad, y observé en su mano izquierda, apretado, el volumen gastado de una crónica persa, con una rama de palmera seca usada a modo de marcador interno. No supe qué decir, por supuesto, y me retiré, después de una despedida tibia y maciza. Había disputas violentas en los pasillos y quise evitar la polémica. De cualquier forma, mi confusión me sirvió para revisar ese mismo día algunas ideas, ya en la habitación del hotel, y todo el tiempo se volvió un solo espacio, un solo paso, estrecho y necesario y aún inevitable.

No sé por qué me sentí tan impotente y por qué ahora, pasados los meses, persiste, sutil, ambiguo, este incidente en mi memoria, esta intención de volver todo final, resuelto, inteligible, lo cual, en el fondo, apenas corrobora que tal vez no entendí nada y que todo esfuerzo de razón ante el horror es inútil, equívoco y propicio a lo inconcluso. Explicar ese momento, lo sé, es como intentar rescatar un sueño del olvido a esa hora de la mañana en que ya es demasiado tarde; las imágenes que faltan se fragmentan y el motivo original jamás se recupera. Pero, aún así, pienso, y sigo pensando, que debería esbozar una justificación que recupere el valor de esa pregunta del estudiante bagdadí a partir de mi experiencia en Irak, donde arrojé al olvido más feroz toda teoría al conocer y compartir con

todo un pueblo la pérdida de su patrimonio de identidad. Estas líneas no pretenden nada más. Ni nada menos.

Bastará con decir que la situación de las universidades iraquíes es crítica. Supe que después del fatídico 8 de abril, grupos de saqueadores atacaron las instalaciones de la Universidad de Bagdad y se llevaron todo lo que fueron capaces de transportar. Incluso trajeron camiones y huyeron con aires acondicionados, equipos de laboratorio, archivos, escritorios, pupitres, sillas, insumos, computadoras, impresores, scanners, fotocopiadoras...Además de esto, y como si tal grado de destrucción no bastase, todos los registros estudiantiles, la base de datos de tesis y monografías, los certificados con las notas y los títulos, se perdieron, en medio del pillaje y del caos.

La violencia ha quedado como una marca indeleble en la memoria de muchos estudiantes. Algunos, al contemplar su centro de estudios incendiado, con las ventanas rotas y las paredes escritas con señales contrarias a Hussein, recuerdan que al principio de los ataques un misil cayó justo al lado de la Universidad, aunque poco después los estadounidenses admitieron que se trataba de un error. El agujero que dejó en la tierra el misil era similar al de un meteorito.

En las Facultades, el panorama es desolador. En la de Lenguas, la biblioteca con textos en ruso y alemán, la mayoría con clásicos como Dostoievsky, Tolstoi, Turguenev, Chejov, Pushkin, Gorki, Goethe, es sólo un montón de ceniza que ha sido recogida en bolsas. Un volumen del Fausto, observé, está quemado en los bordes y el centro mostraba los signos de páginas arrancas por la fuerza y daños causados por el fuego intenso. Sin deseos de identificarse, una linda joven, cubierta por su velo, me advirtió que fueron estudiantes los que quemaron esos libros porque los rusos y alemanes colaboraban con el dictador Hussein. Un caso extraño, en verdad.

Las disputas entre colegas por la destitución de partidarios del antiguo régimen, y la posibilidad de unas elecciones son dos de los temas más candentes. Cuando visité a varios profesores, ninguno quería hablar de otra cosa. Era obvio que el resentimiento se había apoderado de todos, y diversos papeles colocados en las paredes de los pasillos informaban sobre las opiniones de los distintos grupos. Me llamó la atención que un papel despotricaba de los invasores y el otro rechaza el papel anterior con un recuento de la vida de quienes lo escribieron. Otro aspecto era el del dinero de los sueldos y las becas. Muchos estudiantes que recibían becas desde el exterior no podían cobrarlas porque ningún banco funcionaba; decenas de profesores no había cobrado desde la toma de Bagdad y la rabia los mantenía en una depresión permanente.

La Biblioteca de Medicina de la Universidad Mustansiriya sobrevivió a los primeros intentos de combate en sus alrededores, pero la Biblioteca Central de la Mustansiriya no tuvo suerte y los saqueos fueron indiscriminados. Un inventario preliminar de Walid al-Hashimi ha permitido saber que numerosos libros desaparecieron, lo mismo que muebles y equipos donados desde hacía mucho tiempo. El Colegio de Médicos, cuya biblioteca gozaba de un prestigio enorme debido a que poseía una colección con los mejores textos de medicina árabe medieval, fue saqueada y lo que pude encontrar demuestra la aviesa intención de los atacantes. Algunos lomos en el piso indicaban que el problema del peso llevó a los vándalos a arrancar los forros y portadas para aligerar el traslado.

CAPÍTULO XI
LA ANIQUILACIÓN
DE BASORA Y MOSUL

La tarde del 16 de mayo llegué a Basora, la Venecia del Medio Oriente, la segunda ciudad iraquí en importancia y la primera en producción de petróleo. Venía agotado porque había sido un viaje de 550 kilómetros desde Bagdad y las veces que Khaled había detenido la camioneta para bajarme a orinar o a estirar las piernas, el miedo me devolvía al asiento. Las arenas, esparcidas por un viento del oeste, se arrojaban sobre los cristales y su sola presencia causaba pánico. Nos detuvimos en Babilonia, donde los soldados estadounidenses habían establecido un puesto de comando. Al entrar en Basora, decenas de niños corrieron hasta el vehículo porque pensaron que se trataba de periodistas, pero el desengaño los alejó, a mi pesar.

Basora, a saber, había sido el escenario de la batalla más cruel de la guerra en marzo de 2003. Los estragos de los bombardeos habían dejado sus marcas en los edificios derruidos y en los carros abandonados en las calles. La pobreza, no dejé de comprobar, era total. No había luz, tampoco agua, y nadie cobraba sus salarios desde la toma del lugar por parte de los británicos. El hambre y la desesperación se habían apoderado de casi todos y oleadas humanas recorrían las calles, suplicando alimento. Por una ironía, Basora, no obstante, una ciudad de más de un millón y medio de habitantes, era rica. En sus alrededores está el campo de Rumiala, el de Weste Qurna, con 15.000 millones de barriles de petróleo liviano y Majnoon, con 10.000 millones de barriles de reserva. Apenas a 55 kilómetros, menos de treinta

minutos, se encontraba el Golfo Pérsico. Simbad, el Marino, había salido justo de Basora antes de iniciar sus más célebres periplos.

En cierta forma, la población estaba molesta y escéptica. Habían creído en la palabra de los estadounidenses en 1991 y grupos enteros se alzaron contra Hussein, pero fueron abandonados a su suerte y miles de hombres fueron aniquilados y enterrados en las cercanías. Hay decenas de tumbas colectivas y de cadáveres cuyos nombres nunca se conocerán en lo que se llama el territorio de la muerte, bastante próximo.

Luego de alojarnos, aproveché para dar un paseo. No debía, pero quería estar solo. Me protegía del sol con un kufija (pañuelo) y su ceñidor y por vez primera me vestí con una bata larga. Estaba quemado y mi impresión de seguridad se confirmó porque no sucedió nada de lo que me habían advertido.

Mientras caminaba por lo que se denomina el Paseo de los mártires, en las orillas del Shat-el-Arab (la confluencia del Tigris y el Éufrates), ví lo que quedaba del Hotel Sheraton, quemado y convertido en una ruina general. Había sido abandonado en 1991 por Starwood Hotels & Resorts

Worldwide Inc., la famosa cadena, y desde entonces era un monstruo sin mantenimiento, pero finalmente su época dorada culminó. El Vestíbulo Central, por ejemplo, con su fuente en forma de estrella, mostraba todavía los signos de los saqueos. Carretas y camiones cargaron con los sofás, las alfombras, los escritorios y hasta las cortinas. Entiendo que un hermoso y enorme piano de cola fue robado también.

A pocos metros, se encontraba el Museo de Historia Natural, perteneciente a la Universidad, el cual se encontraba completamente destruido. Desde el jardín hasta la puerta principal, el incendio arrasó con todo y cada objeto fue saqueado sin piedad.

A la mañana siguiente, Khaled pasó a recogerme y fui rumbo a la Biblioteca Pública de Basora. Como ya sabía por las referencias que me habían proporcionado en Bagdad, la destrucción había sido total. Paredes, ventanas y piso tiznados y quemados. Las cenizas sobresalían de entre las piedras, una escena terrible para cualquier amante de los libros. A saber, se perdieron unos 20 manuscritos, al igual que decenas de volúmenes. Noté reservas en los comentarios de los bibliotecarios, pero al menos llegué a la

conclusión de que los saqueos fueron seguidos de un incendio general provocado, aunque esto es inseguro, con gasolina.

En la tarde, fui a la Biblioteca Islámica, en la parte vieja de la ciudad, en una zona bastante abandonada. La casa era cálida y el recibimiento fue bueno. Supe, gracias a la ayuda de los directivos de la Fundación Islámica que hubo, ciertamente, saqueos. La precaución evitó el fuego y para cuando llegué se tenía la intención de adquirir nuevas obras. La charla me fue útil, porque me evitó la ida a la colección de libro llamada Bash A'yan Al-'Abbasija, con más de 1200 manuscritos que, afortunadamente, fueron protegidos y puestos a salvo.

El mayor desastre cultural, sin embargo, fue el de la Biblioteca de la Universidad de Basora. Recordé, de inmediato, lo ocurrido en la Biblioteca Nacional de Bagdad. El mismo método: el interior mostraba ventanas y puertas destrozadas, partidas con picos y tubos y el salón de lectura estaba por completo quemado y devastado. El mobiliario fue robado antes del ataque principal; más del 80 por ciento del depósito de libros se perdió o se incineró. Un catálogo fotocopiado que me fue regalado daba cuenta de los magníficos textos que poseía la Biblioteca. Entre otros, Omar Khayyam, Aristóteles, Plinio, textos de filosofía, teología y literatura clásica.

Es curioso, pero casi cuando me iba, descubrí que hay en Basora un “Mercado de los ladrones”, hostil, oscuro y antiguo. Allí acudí por curiosidad. La mayor parte de los artículos en venta eran electrodomésticos y utensilios para el hogar. Un joven se atrevió a insinuarme que tenía piezas históricas, y lo empujé para que se alejara. No sé por qué me molesté tanto, como si lo robado fuese un legado mío.

Rodeado por numerosos seguidores, Mohamad Baqer al-Hakim aceptó conversar conmigo sólo porque le causaba curiosidad mi rol en Irak. Acaba de llegar de Irán. Barbado, directo, inexpresivo, me advirtió que si era periodista pasaría malos momentos. Le aseguré que no, y finalmente se sentó frente a mí en un lugar que se me prohibió describir o nombrar, próximo a la mezquita de Al Ebla.

--Suele olvidarse un detalle fundamental del Islam—dijo al-Hakim--
Un detalle y es que se trata de una religión que tiene dos caras. Es exotérica (zâhir) y esotérica (bâtin).

--¿Y qué significa Islam?—inquirí.

--Sobre el mismo término de Islam hay divergencias entre los eruditos, pero es conveniente precisar que deriva de la raíz árabe *slm*, donde estarían contenidas dos ideas. «paz» (*silm*, *salam*), «salud» (*salam*) y «salvación». En cierta forma, el Islam es un estado de sumisión a la

voluntad divina para obtener la paz y la salvación. Al sometido se le llama *muslim* (musulmán).

--¿Cómo ve ud. a su dios?

--El Islam es monoteísta: sólo hay un dios y es Alá, y un profeta, llamado Mahoma, a quien fue revelado por el ángel Gabriel un libro que vendría a ser conocido como El Corán (del árabe qara'a, recitar, leer).

--¿Y qué es el Corán para ud.?

--No tiene importancia lo que yo diga. Es apenas una interpretación. Sepa que el Corán no fue recopilado por escrito hasta la muerte del profeta. Tiene 114 capítulos o suras cuya extensión varía de cuerdo a los versículos o *aiat* (aleyas). Las suras han sido divididas en función de su lugar de revelación: las suras de La Meca están dedicadas a la admonición, la condena de la idolatría y el anuncio del Juicio Final; las suras de Medina postulan reglas.

--¿Ud. es shíí?

--Correcto.

--¿Y qué lo separa de los sunní?

--La ignorancia ha hecho creer que el Islam es uno solo porque hay un solo Dios, pero en verdad estamos separados por tendencias: el sunnismo y el shi'ísmo. El primero se distingue porque acepta lo que se conoce como "Sunna", una especie de complemento del Corán, conformado por testimonios de la vida del profeta, prácticas religiosas y los

recuerdos ("hadits") sobre su conducta de vida. Los shiíes (su nombre significa "secuaz") somos más radicales, no aceptamos la "Sunna" y defendemos la tesis de seguir las enseñanzas de Alí, el yerno y primo de Mahoma, uno de sus primeros sucesores. Los shiíes creemos que el líder del islamismo debería estar entre los descendientes de Alí y que sería un Imán.

--¿Por qué el ayuno?

-- El Ayuno obligatorio (as-saum) se realiza durante todo el mes del Ramadán, noveno del calendario lunar islámico. Consiste en la abstención rigurosa de comida, bebida y otras satisfacciones sensuales durante las horas de luz diurna. Dice una azora del Corán al respecto: "*Se os ha prescripto el ayuno como fue prescripto a quienes os precedieron...*". El Islam, además de la oración y el ayuno, reconoce otros tres pilares que serían *shahada* (Profesión de fe), az-zakat (Azaque) y la al-haj (Peregrinación a la Meca).

--¿Qué piensa de los sufíes?

--Son interesantes. Los sufíes están dedicados a la búsqueda de una experiencia mística con Dios, antes que simplemente un conocimiento intelectual de Él.

Quise reprimir la pregunta, pero fue imposible:

--¿Por qué esta condición tan degradada de la mujer?

--Es una imagen falsa, aunque Abu Bakra escuchó al Profeta decir:
«No conocerá nunca la prosperidad el pueblo que confíe sus asuntos a una
mujer.»

Alguien se acercó, nervioso y comentó algo en el oído de al-Hakim,
quien se puso de pie y se disculpó.

--Debo irme. Voy a Najaf.

Meses después supe que fue asesinado en agosto junto con 80
seguidores suyos en una plaza de Basora.

Mosul, al norte de Irak, es una ciudad de un millón de habitantes, y
predomina el factor kurdo. Fueron peshmergas o combatientes kurdos los
primeros que entraron y tomaron el lugar el 9 de abril. Como en otras
partes, la confusión se apoderó del pueblo y las mezquitas debieron emitir
mensajes para llamar a la calma y condenaron a todos aquellos que se
involucraran en saqueos. No obstante, esta petición no sirvió de mucho. El
Banco estatal Rashid, la imprenta del gobierno y varias oficinas del Partido
Baaz fueron incendiadas.

En el Museo de Mosul, que cumplía 25 años de su apertura, encontré un ambiente tenso, caracterizado por lo que debió ser una violencia extrema el 11 de abril. Baste con comentar que las únicas estatuas que se salvaron fueron las que pesaban mucho, porque no pudieron ser fragmentadas. A diferencia del Museo Arqueológico de Bagdad, el de Mosul tenía menos piezas, pero no menos importantes.

El antiguo director, Manhal Jabr, me recibió apenado y desmoralizado. Hombre seco y directo, reconoció que no pudo hacer nada para evitar el pillaje de numerosas obras de origen asirio. Entre otros objetos, desapareció el busto del rey Saqnatrop II o las figuras de pájaros talladas por los asirios hace más de 2.000 años. El primer piso, donde estaban la biblioteca y las oficinas, está casi vacío. Los anaqueles, forzados, aún contienen hojas arrancadas y libros dañados. Extrañamente, los catálogos más importantes fueron los más codiciados.

Fue conmovedor ver cómo la Biblioteca de la Universidad de Mosul había sido atacada, aunque la presión impidió su incendio. Al menos el 50 por ciento de la colección se perdió, y las ventanas y puertas habían sido severamente dañadas. El optimismo de los bibliotecarios, y lo digo con enorme satisfacción, los mantenía solidarios y conformes. Cuando los visité, ya hacían planes para adquirir nuevos libros y reparar la estructura. Los estudiantes que conseguí, estaban dispuestos a ayudar en todo.

En cuanto al resto de las colecciones importantes, aunque no las pude ver, supe que se hallaban en perfecto estado. Especialmente la Deir Mar Behnam, con textos cristianos, la Deir Mar Matti, la Madrasat Al-Jalili, la Maktabat Karakosh. Una gran fortuna.

CAPÍTULO XII
DIÁLOGO EN SADDAM CITY

Bebíamos y comíamos sin prisa en una casa del gigantesco distrito de Saddam City, un inmenso y depauperado suburbio shií, cuyas calles no conocen el asfalto ni el aseo. Abdul, un joven poeta iraquí, nos había leído unos poemas suyos inéditos. Ignoro si eran buenos o malos los versos; no logré descifrarlos. A ratos, llegaba un olor a gasolina mezclado con especias y un vapor seco que neutralizaba mi entusiasmo. A 53 grados centígrados es difícil aprobar algo sin escepticismo. Ya eran las dos de la tarde. Yo trataba de grabar la voz de mis nuevos amigos y me esforzaba por comprender su árabe, hablado con una marcada ausencia de intimidad y con una pronunciada versión de lo más secreto de esta raza de hombres.

No había logrado terminar mi porción de kebab cuando quise preguntar cómo hacían esta carne tan exquisita.

--Esto está muy bueno—dije--¿Cómo lo hacen?

--No es complicado—advirtió Hanna, la hermana de Abdul, nacida en Kerbala, el violento pueblo sagrado—Lleva un kilo de cordero, 3 tomates duros, 1 cucharada de salsa de tomate, zumo de limones, cebolla, 1/4 vaso de aceite de oliva, sal, pimienta y especias.

--¿Y?—pregunté.

--Para preparar hay que mezclar la carne troceada con cebolla—dijo Hanna, acomodándose su abaya--, especias, salsa y zumo de limón. Eso se deja en la nevera. Al otro día pone los trozos de carne y el tomate verde en los pinchos y los coloca en una parrilla. Luego lo sirve con nuestro pan.

--¿Entendió, profesor?

--Excelente—dije—He terminado mi araq y quiero más.

--No tenemos, profesor—confesó Abdul. La religión lo prohíbe y hay amenazas para los que lo tienen.

--Tiene ud. buen aspecto—destacó Hanna para cambiar de tema--.
No se ha quemado.

--Profesor, querido profesor—interrumpió Abdul--. He mandado a llamar a alguien que debe ud. conocer. No va a descubrir mucho de Irak si no oye ud. a Tareq.

--¿Quién es Tareq?—pregunté.

--Él es una antología de esta tierra—señaló Abdul.--¡Tareq, ven!
¡Ven!

Tareq hizo un gruñido desde otro cuarto y entró. Era un hombre anciano, moreno, de bigote corto, pantalones desteñidos. Fue presentado como un carpintero que había quedado mutilado en la guerra y fumaba sin parar. Casi de inmediato me observó, inquieto:

--Yo soy Tareq, profesor. Bienvenido. Entiendo que está confundido porque no entiende qué sucedió con las bibliotecas de Irak. Le voy a decir algo. Algo que no explica nada porque yo soy un simple carpintero y ud. es un profesor, claro. Aunque si tiene un minuto, por supuesto...

--No faltaba más—le dije.

--Yo soy de Basora, es bueno que lo sepa, y nací en 1943, un año tan malo como éste. Ni el pasado ni el presente son mejores: cada cual tiene lo suyo, que parte de lo mismo y de nada especial. Soy hijo de padres shiíes. Ya joven, de unos 16 ó 17, me vine a Bagdad, a trabajar como carpintero. Vine a Bagdad y me quedé por amor a esta ciudad con tanta historia. Es bueno no olvidar que Bagdad fue una de las capitales más importantes cuando toda Europa colapsaba. Fueron los abasíes quienes llevaron la capital del califato de Damasco a Bagdad, hacia el siglo VIII y la colocaron en un lugar estratégico entre los ríos Tigris y Eufrates. En realidad, Bagdad fue creada por Al-Mansur, el segundo califa abasí. Curiosamente recibió el nombre de Medinat al-Salam, la Ciudad de la Paz, porque era justo eso: paz y sapiencia. Sepa que Bagdad llegó a tener casi 900.000 habitantes mientras París apenas tenía 210 mil habitantes.

--Estupendo lo que dice—le comenté.

--Pero eso es historia. Llegué a Bagdad y trabajé en carpintería, pero sucede que siempre estuve a salvo porque no quise pertenecer a nadie, a ningún grupo, y no por orgullo, sino por pereza. Ganaba poco, era mujeriego y pobre, por destino. No aspiraba nada, no ambicioné ocupar cargos, y lo que aprendí se lo debo a un amigo que me enseñó a leer. Leía al principio en su casa, pero un día se fue y no volví a verlo. Tampoco quise saber qué le pasó, porque aquí averiguar siempre ha sido inoportuno.

Entonces, fui a la Biblioteca Nacional porque no tenía libros, pero los pedía prestados y los leía...

--¿Cómo dice?—le pregunté, sorprendido.

--Ud. ya me oyó. Había mucho desorden, era una época difícil, como todas, por falta de dinero. Los catálogos estaban en ruinas. Uno encontraba un libro porque un bibliotecario recordaba en qué estante lo había visto. Pero leí mucho. O poco, pero suficiente. Un día en la biblioteca era una maravilla y por culpa de ese prodigioso descubrimiento me hice más pobre. Leía a Khayyam, y podía revisar las crónicas sobre las invasiones de los mongoles. Leía a Avicena, sin entenderlo. Leí a Cervantes. Desde la mañana hasta el mediodía y desde las primeras horas de la tarde, leía. Llegué a leer la novela de Saddam. Aprendí cuál había sido el aporte de los árabes a la cultura. Fueron nuestros antepasados los que introdujeron los números que hoy usamos, trayéndolos desde India. Desarrollaron las bases del cálculo infinitesimal, crearon el juego del ajedrez, que por cierto fue llevado a España por un músico iraquí llamado Ziryab hacia 857. Y cosas así fui conociendo por mucho tiempo. Eso hasta el día del saqueo. Ese día estaba en casa, no sabía qué pasaba, pero alguien me dijo que saqueaban la Biblioteca. Y grité: “Mierda, se llevan los libros!”. Como no tengo nada, creí que debía salvar esos libros, que eran todo mi capital, y me fui corriendo.

--Dile lo que viste, Tareq—lo conminaron—Dile!.

--Más bien lo que no ví, porque uno solo ve lo que cree. Un soldado intentó detenerme y lo insulté. Me reviso todo el cuerpo y al ver que no tenía armas, me dejó ir. Ya aparecían tanques y seguí, y corrí, y corrí hasta llegar a la estatua de Saddam. Me refiero a la estatua frente a la Biblioteca. Y de verdad que se llevaban los libros. Gente que yo nunca ví antes hacía una hoguera en el cuarto de lectura, y les grité que estaban locos. Ninguno me hizo caso.

--¿Le has dicho esto a la policía?—pregunté

--¿Cuál policía? La verdad no se puede decir a la policía, porque no la entiende. Los papeles estaban por todo el piso y volaban hacia la calle. Daba lástima ver aquellas hojas rodando por el suelo, arrastradas por el viento. Creo que ya habían quemado el Archivo y los saqueadores seguían su labor, en busca de muebles, libros de valor y esas cosas.

--¿Había soldados?

--¡Por favor! Los extranjeros son ignorantes, bárbaros. Si fueran inteligentes no estarían aquí. Lo que había eran grupos de vándalos animados por la idea de robar, simples ladrones y también reconozco que hubo otro grupo, raro. No sé casi nada, pero distingo a un farsante de un sabio. Eso me ha dado tranquilidad. Yo le pegué a un saqueador para que devolviera un libro y sepa Ud. que se puso a llorar, y me dijo que días antes de la toma de la ciudad se planeó un desorden popular.

--¿Quién planeó eso?-pregunté y encendí un cigarro, con la mano izquierda casi temblando.

--Le digo algo—respondió—Después de tantos años de bloqueo y pobreza, no importa quién planificó el desastre. Era natural que la gente saliera a apoderarse de bienes, pero en cuanto a los libros es otra cosa. Se roba un libro, por su valor, pero no miles de libros. Y es ridículo pensar que los iraquíes quemamos los libros por odio a la cultura. La cultura escrita viene de Irak. Nosotros le enseñamos a escribir al mundo. ¿No sabe ud. cuántos se salvaron? ¿Y quiénes salvaron esos libros? Fueron iraquíes los que protegieron los manuscritos y los libros, pero ese número enorme de obras destruidas tiene otra causa. Yo digo que esa gente fue mandada.

--¿Les pagaron?—insinué.

--No lo sé—afirmó—Aunque todo tiene su pago.

--¿Qué quiere decir?—le pregunté-

--Basta con promesas. Yo he interrogado a gente que sabe y ahora creo que los extranjeros no son inocentes: valoran tan poco nuestra cultura que no se preocuparon por proteger ningún centro cultural. Y no lo hicieron, además, por otra razón: después de tanto panfleto contra Saddam, tanta manipulación, la Biblioteca dejó de ser la Biblioteca y fue sólo un símbolo del régimen que caía, como los palacios, y se volvió vulnerable. Había que quemarla. Había que arrasarla...No sé si le han dicho, pero la biblioteca fue atacada dos veces. ¿No le parece raro?

--Me parece increíble—le dije.

--Increíble es un cordero con alas—advirtió.—Esto es atroz. Ya es tarde para saber qué pasó; no deje, sin embargo, de revisar con detalle el edificio de la Biblioteca. Yo sé que es inservible. Pero revise ciertos puntos y verá que este sitio fue quemado para ocultar algo.

De pronto, Tareq se detuvo. Miró hacia lo lejos, arrepentido de haber hablado tanto. Abdul le hizo un gesto.

--Soy de Basora, sepa ud. No me engañan. No son multitudes hambrientas las que roban libros: el objetivo fue destruir un símbolo. Eso fue todo. Aunque ud. pensará que es una respuesta la que le doy, cuando sólo es una pregunta. Tenga cuidado con ver la diferencia. Y no me crea demasiado. Recuerde el cuento de los sufíes.

--¿Cuál cuento?

--El del Diablo en Bagdad. ¿No lo conoce?

--No, pero me gustaría oírlo.

--Bueno. Se dice que el Diablo salió un día desnudo por Bagdad y un derviche lo encontró y lo reprendió, por tanto, descaró. El Diablo le preguntó que por qué debía sentir vergüenza de la gente si no eran otra cosa que títeres del destino. El Diablo admitió que lo único que lo incomodaba eran dos hombres en una mezquita, quienes en su fervor ni siquiera lo tomaban en cuenta. Reconoció que el aliento de ellos podría quemarlo. Los dos hombres recitaban “illaha illallah” (“No hay dios sino Dios”). El

derviche se aproximó a los hombres, cuya cara estaba cubierta, y les preguntó si tenían poder de quemar al Diablo y uno de éstos se volteó y le respondió: ¿Tú crees todo lo que dice el diablo? Igual le digo.

--Muy ejemplar su historia.

--¿Cuántos años tiene, profesor?

--¿Qué tiene eso que ver?

--Tengo 70 años: y le digo que la verdad no se quiere, se tiene o no se tiene. El que busca la verdad ya la tiene. Y se lo dice un carpintero. Alá sea con ud.

Y tras decir esto, Tareq se marchó, no sin mirarme, intentar susurrar algo, o nada, y en poco rato comprendí que tal vez lo que había comentado me afectaría más de lo que creía.

CAPÍTULO XIII
LIBROS Y BIBLIOTECAS
EN LA MESOPOTAMIA ANTIGUA

Los primeros libros de la humanidad aparecieron en la ignota y semiárida región de Súmer, en el mítico Cercano Oriente, en Mesopotamia (lo que es hoy el sur de Irak), entre los cauces escépticos de los ríos Éufrates y Tigris, hace aproximadamente 5.300 años, tras un arduo, sinuoso y arriesgado proceso de perfeccionamiento y abstracción⁹.

Un hallazgo arqueológico, realizado en 1924, reveló la existencia de los libros más antiguos, hasta ahora, conservados¹⁰. En efecto, la exploración del estrato IV del templo de la temible diosa Eanna, en la ciudad de Uruk, desenterró varias tablillas, algunas enteras, pero otras en fragmentos, pulverizadas o quemadas, y, según los datos más cabales, pueden fecharse alrededor de los años 4.100 ó 3.300 a.C. Este deterioro no fue natural ni espontáneo ni inmediato, sino provocado, premeditado y lento, pues las guerras entre ciudades-estado ocasionaban incendios desastrosos y, en medio del fragor de los combates, las tablillas caían de sus estantes de madera y se partían en pedazos o quedaban irreconocibles. Otro elemento destructivo fue la técnica de reciclamiento: las tablillas dañadas eran usadas como material para la construcción de ladrillos o para pavimentar los caminos de las ciudades. El único factor verdaderamente nocivo, además de la humedad, fue el poder devastador de las aguas. Es necesario insistir en esto: las inundaciones causadas por los ríos Tigris y Éufrates, en cierto momento, acabaron con poblados enteros y, por supuesto, con los archivos y bibliotecas de estas poblaciones. No es

extraño, por tanto, el mito del diluvio universal en Mesopotamia, donde el agua era considerada una divinidad insobornable y caprichosa, enemiga de los dioses de la memoria.

Pues bien: estos factores aceleraron el desarrollo de medios más eficaces para preservar los textos a toda costa. Los sumerios o *cabezas negras* (sag-gi⁶), creían en el origen sobrenatural de los libros, y atribuían a Nidaba, la diosa de los cereales, su invención. Para dar una idea de la importancia que vino a tener la escritura para ellos, conviene recordar la leyenda de Enmekar (h. 2750 a.C.), rey de la majestuosa ciudad de Uruk, héroe respetado y temido, tal vez nefasto, quien fue condenado en el infierno a beber agua putrefacta por no haber dejado escritas sus gestas, cuyo espíritu podría haber estimulado la formación de hombres más valientes y seguros de sí mismos¹¹. Otro mito habla de un rey de Uruk, quien decidió inventar la escritura porque, en una oportunidad, su mensajero principal hizo un viaje demasiado largo y al llegar a su destino, estaba tan cansado que no pudo decir nada, y se consideró mejor enviar por escrito los mensajes. El poema¹² para celebrar esta solución tan acertada expresaba:

Su discurso fue esencial, y resumía todo su contenido. El mensajero, con la boca pesada, no estaba en buenas condiciones para repetirlo. A causa del mensajero, cuya boca estaba cansada, y no estaba hábil para

repetirlo, el señor de Kulaba (Uruk) dio forma a la arcilla y escribió el mensaje sobre una tablilla. Legalmente, la escritura de mensajes no se había establecido. Pero ahora, con el ascenso del sol, ¡así fue! El señor de Kulaba escribió palabras como en una tablilla¹³.

Los escribas, una casta de funcionarios laboriosos y palaciegos, oraban a la diosa Nidaba antes y después de escribir. Constituían una escuela que transmitía los secretos de los signos a través de una religión subalterna. Tenían la disciplina de la magia y el impulso de su casta comprendía una carrera de escritor, pues dominaban todos los temas históricos y mitológicos. Conocían de memoria la flora, la fauna y la geografía de su tiempo, las matemáticas y la astronomía. Nada les era ajeno, como lo ha demostrado la traducción de los textos de Nippur. El primer grado era el de *dub-sar* (escriba); seguía, después de varios años, el de *ses-gal* (gran hermano); y se culminaba como *um-mi-a* (maestro), una distinción enorme. Este grado liberaba al escriba de toda culpa y era, a la vez, poeta, historiador, sacerdote, dueño en suma de todo el conocimiento.

Hacia el año 2.800 a.C., los reyes, no sin temor, delegaron en los escribas¹⁴ un poder absoluto sobre la custodia de los libros. De ese modo, los cambios políticos no modificaron la condición histórica natural dominante. Los archivos se convirtieron en refugios y garantías de la continuidad ontológica del pueblo. Los acadios, por ejemplo, cuando

conquistaron a los sumerios, reformaron los códigos y las costumbres, pero sometieron a los escribas y los obligaron a enseñarles cómo escribir. Lo propio hicieron los asirios, los amoritas y los persas. De hecho, los mismos signos de escritura sirvieron para la exposición de los más diversos sistemas de lenguas.

Es un hecho curioso que los *zigurats* o templos escalonados de Súmer, fueron hechos con el mismo material con el cual se fabricaron los primeros libros, es decir, con arcilla; no es menos interesante que ambos debían ser útiles o mágicos. Los templos eran depósitos y fomentaban la administración puntual de la ciudad; los libros era una metáfora del templo. A saber, las tabletas estaban formadas con una arcilla calentada hasta adquirir una condición idónea para la escritura; algunas tablillas eran voluminosas, pesadas, por lo cual muchas veces participaban dos personas en su composición. Uno sostenía la tablilla y el otro redactaba.

El estilo de la escritura era cuneiforme¹⁵, es decir, con formas de cuñas o incisiones. Se escribía con un cálamo de caña o de hueso. Al principio, esa escritura, que tenía funciones estrictamente mnemotécnicas, era pictográfica y luego se tornó tan compleja que los signos, al adquirir una condición fonética, se redujeron de 2.000 a menos de 1.000. La lengua era, según se ha determinado, aglutinante, es decir, construida sobre una raíz invariable a la que se yuxtaponían otras palabras para darle sentido. Un texto comenzaba en la esquina superior derecha y la dirección de la

escritura seguía, aunque no siempre, una orientación vertical. No había archivos públicos; las tablillas, cuyo tema arcaico era la compilación de inventarios y estadísticas, ocupaban un cuarto en los palacios y en los templos; al poco tiempo, los escribas, registraron los mitos y crearon toda una literatura pesimista colocada en estantes de madera, dentro de los más impresionantes palacios y templos.

Una vez concluido el período conocido como Uruk IV, alrededor del 3300 a.C., sobrevino el período Uruk III y aumentó considerablemente la elaboración de tablillas y la creación de las primeras bibliotecas, cuyas baldas incluían registros económicos y, cuestión fundamental, listas lexicográficas y catálogos de flora, minerales y fauna. Todo esto, sin embargo, no ha llegado a nosotros en su totalidad, debido, principalmente, a la gran cantidad de textos destruidos. En todo caso, la historia de las bibliotecas de Mesopotamia es una historia de pérdidas continuas. Lo encontrado, está en ruinas. En Ur y Adab, por ejemplo, se han hallado los restos de las tablillas de dos bibliotecas activas alrededor de los años 2800-2700 a.C. Entre el 2600 y el 2500 a.C., hubo varias bibliotecas en Fara, Abu Salabikh y Kis, con los consabidos registros económicos y las listas genéricas, pero también con textos literarios de poesía, magia y escritos paremiológicos. Lo más parecido a un libro actual procede de esta época, cuando los escribas diseñaron textos con colofones, donde señalaban los nombres del redactor y del supervisor, una innovación memorable.

La biblioteca de Lagas, cincuenta o cien años posterior, contenía inscripciones históricas, la llamada *Estela de los Buitres* y documentos de naturaleza historiográfica. Hacia el 2200 a.C., el príncipe Gudea creó una biblioteca con textos históricos y poemas de la primera escritora conocida del planeta, Enkheduanna, la hija del famoso Sargón de Akkad. Estos poemas eran himnos a la terrible diosa Inanna. Había también cilindros con textos. Uno de éstos cilindros estaba dividido en dos partes, casi capítulos, y el primer cilindro indicaba que era *la mitad*, en tanto el segundo se refería *al fin de la composición*.

Hacia los años 2000-1000 a.C., hubo bibliotecas activas en Isin, Ur y Nippur, las dos primeras en los Palacios Reales de sus ciudades, y la segunda en el área donde habitaban los escribas. En Ur (modernamente es Muqajar) , se conocen las ruinas de unas casas que fueron devastadas, y en su interior se desenterraron tablillas de archivos familiares que datan 1267 a.C., aproximadamente, esto es, en pleno período Casita, el cual osciló entre 1595 y 1000 a.C. En Ur se hallaron archivos y biblioteca de textos cuneiformes del período elamita, particularmente en Kabnak (que hoy es Haft Tepe) y también archivos en un Palacio de Anshan (Tall-e-Malyan). La mayoría de las tablillas, que en el caso de los hallazgos de Nippur alcanzan a más de 30.000, repetían los esquemas económicos tradicionales, pero a la vez son muestras de improvisaciones interesantes. Por una parte, incluyeron los primeros textos en lengua acadia; por otra parte, presentaron

los primeros catálogos de biblioteca, unas listas con los títulos de las obras y la primera frase del escrito. De esa época proceden nuevos géneros: la himnografía dedicada a reyes, las listas reales, las cartas y la propia caligrafía dio un salto: los signos cuneiformes se perfeccionaron. Las bibliotecas recibían el nombre autóctono de *é-dub-ba* (la casa de las tablillas). En los hallazgos de Nippur (hoy es Niffer)¹⁶, al sudeste de Babilonia, se descubrió una zona con miles de tablillas en pedazos, o completamente deshechas; y del período Casita se han hallado unas 12.000 tablillas y miles de fragmentos de otras.

Probablemente hacia el año 2000 a.C., el desplome de la acérrima dinastía de Ur III, a manos, entre otros factores, de un grupo étnico de amoritas, supuso el establecimiento de una nueva fuerza política en las llanuras de lo que es hoy el despiadado sur de la moderna Bagdad. Durante el período comprendido entre 1792 y 1750 a.C., sobresalió una ciudad que vendría a ser conocida como Babilonia y el nuevo rey, llamado Hammurabi, sexto miembro de una familia sanguinaria, se dedicó a

organizar todo un imperio. Impuso una teología que postulaba la existencia de Marduk, el dios de los cincuenta nombres. Cada guerra de conquista le sirvió para saquear los archivos y trasladarlos hasta la gran biblioteca de su Palacio. La lengua misma fue sólo un dialecto del antiguo acadio; la escritura, por supuesto, asimiló la escritura cuneiforme.

Eran tiempos de unificación, y Hammurabi optó por compilar un código temible, basado en el régimen del tali3n, todavía conocido con ese nombre. La idea del tali3n puede comprenderse si se conoce la regla 196 del código:

“Si un hombre ha sacado el ojo de otro, le sacarán su ojo”.

Al leer esta normativa, puede encontrarse una de las primeras referencias a la destrucción de una tablilla:

Si un hombre compra el campo, huerto o casa de un soldado, pescador o arrendatario, su tablilla se romperá y perderá su propiedad¹⁷.

No pocas tablillas contenían advertencias para impedir su da3o por parte de los usuarios imprudentes:

Quien teme a Anu y Antu la cuidará y respetará

Las leyes estaban almacenadas, junto con miles de obras literarias, matemáticas, astronómicas e históricas, en la biblioteca del rey. Las primeras traducciones interlineales datan de este período, así como los primeros manuales para aprender la lengua sumeria.

Se han encontrado restos de otras dos famosas bibliotecas del imperio babilónico, en Shaduppum y Sippar. Esta última, hoy Abu Habba, fue el hallazgo más sensacional del año 1987. Un grupo de arqueólogos iraquíes, dirigidos por Walid al-Jadir, de la Universidad de Bagdad, excavó en las afueras del templo del dios solar de Sippar, construido en los tiempos de Nabucodonosor II, y descubrieron la biblioteca del lugar, mencionada por el sacerdote Beroso en su obra perdida sobre Babilonia. Tres paredes de una sala de 4.40 x 2.70 m., en el cuarto numerado como 355, tenían bancos de ladrillo con nichos de 50 cm de ancho por 80 cm de profundidad. Adjunto estaban un cuarto de lectura. En total, se recogieron ochocientas tablillas, clasificadas por los expertos en administrativas, literarias, religiosas y matemáticas, en lenguas acadias y sumerias. No faltó, como en muchas otras bibliotecas de Mesopotamia, una versión del *Poema de Gilgamesh*, el *Enuma Elish* y *Lugal*.

Durante la dinastía de los casitas, que tomaron el poder en Babilonia hacia el año 1595 a.C., hubo una intensa actividad en las bibliotecas. El rey Nabucodonosor I (1124-1103 a.C.), una vez vencidos los habitantes de

Elam, recobró la estatua del dios Marduk y ordenó preservar el texto sobre ese Dios. El poema, salvo por una cantidad de líneas perdidas, puede leerse hoy, bajo el título de *Enuma Elish*, en siete cantos, con unos 1.100 versos. Además de los textos sobre sabiduría popular, se preparó una edición completa del *Poema de Gilgamesh*, en doce tablillas, con un sorprendente colofón que atribuye al misterioso Sin-liqi-unninni la redacción del mismo. Este escriba era conocido como *mashmashshu* o *exorcista*.

En el año 689 a.C., la ciudad de Babilonia fue arrasada por las tropas de Senaquerib, cuyo nieto Asurbanipal fundaría una de las bibliotecas más famosas de esa época en Nínive, ciudad devastada años más tarde, en el 612 a.C. En cada uno de estos acontecimientos, miles de tablillas desaparecieron, fueron robadas, confiscadas o sencillamente reducidas a escombros. No eran, como no lo son ahora, buenos tiempos para la cultura.

Asurbanipal, soberano del imperio de los asirios desde el año 668 ó el 667 hasta el año 627 a.C., perdió las tierras de Egipto, conquistadas a sangre y fuego por su cruel padre Asarhaddón, peleó contra su hermano hasta derrotarlo, y pasó sus últimos años en guerra. Su reinado, ciertamente, fue difícil, pero él, primer rey en obtener instrucción para

escribir tablillas, se esmeró por estimular una actividad cultural y religiosa que salvó su nombre del olvido. De alguna manera, fue el primer hombre que combinó la espada con la escritura y la lectura.

A partir de 1842, un grupo de arqueólogos ingleses, coordinados por Henry Layard, halló las ruinas de la biblioteca del Palacio de Asurbanipal, en la antigua ciudad de Nínive (la moderna Kuyunjik)¹⁸. Lo que tenían ante sus ojos, se convirtió en un hito histórico, pues sacaron 20.720 tablillas con miles de fragmentos de otras, y las depositaron en el Museo Británico, en Londres. Pasados algunos años se conoció, con precisión, el esquema de la biblioteca y su organización. Según se confirmó Asurbanipal fue el primer gran coleccionista de libros del mundo antiguo. Antes que él, el único rey de quien se tiene memoria que haya coleccionado libros fue Tiglah Pileser I, rey de Asiria entre el 115 y el 1077 a.C, aunque en menor escala.

Asurbanipal se jactaba de su pasión:

*[...]Lo mejor del arte del escriba, que ninguno de mis antecesores lo consiguió; la sabiduría de Nabu, los signos de la escritura, todos los que han sido inventados, los he escrito en tabletas, los he ordenado en series, los he coleccionado y los he colocado en mi palacio para mi real contemplación y lectura[...]*¹⁹

Una tablilla, dirigida a un tal Shanadu, dice:

*Buscad las placas de valor de las que no existan copias en Asiria*²⁰.

Los escribas trabajaban noche y día y copiaban todos los escritos de todas las culturas. No es raro, por tanto, reconocer en algunas de las tablillas el *Código de Hammurabi*, el *Enuma Elish* y el *Gilgamesh*; asimismo contenían relaciones exactas de viajes al infierno y fórmulas para la vida inmortal. Hoy en día el número de tablillas descubiertas en esa zona se ha incrementado hasta alcanzar la cifra de 30.000, y al menos 5000 son textos literarios, con colofones. Por lo que se estima, diversos escritos en tablas de madera no se preservaron.

En cierto modo, la destrucción de tablillas no debía ser nada rara porque se han encontrado inscripciones como una que advierte:

*Quien rompa esta tableta o la coloque en agua[...]*Asur, Sin, Shamash, Adad e Ishtar, Bel, Nergal, Ishtar de Nínive, Ishtar de Arbela, Ishtar de Bit Kidmurri, los dioses de los cielos y la tierra y los dioses de Asiria, pueden todos maldecirlo[...]²¹

Los ingleses, en los años previos a la Segunda Guerra Mundial, también encontraron los restos del Palacio de Asurbanipal II y de su hijo Salmanasar III. Lo curioso es que, mientras revisaban un pozo, vieron 16

tablillas de madera, de unos 45 x 28 x 1.7 cm. A un lado, había bisagras de metal. Una vez descifradas las tablillas, se pudo leer el maligno oráculo de *Enuma Anu Enlil*. Para sorpresa de los expertos, los asirios tenían libros con las páginas enfrentadas y sujetas por bisagras. Además de la célebre biblioteca de Asurbanipal, hubo otras dos en Nínive: la primera se encontraba en los cuartos XL y XLI del Palacio Sudoeste, construido por el rey Senaquerib, y, probablemente, la del Templo del dios Nabu, el dios de la escritura y del conocimiento de los asirios.

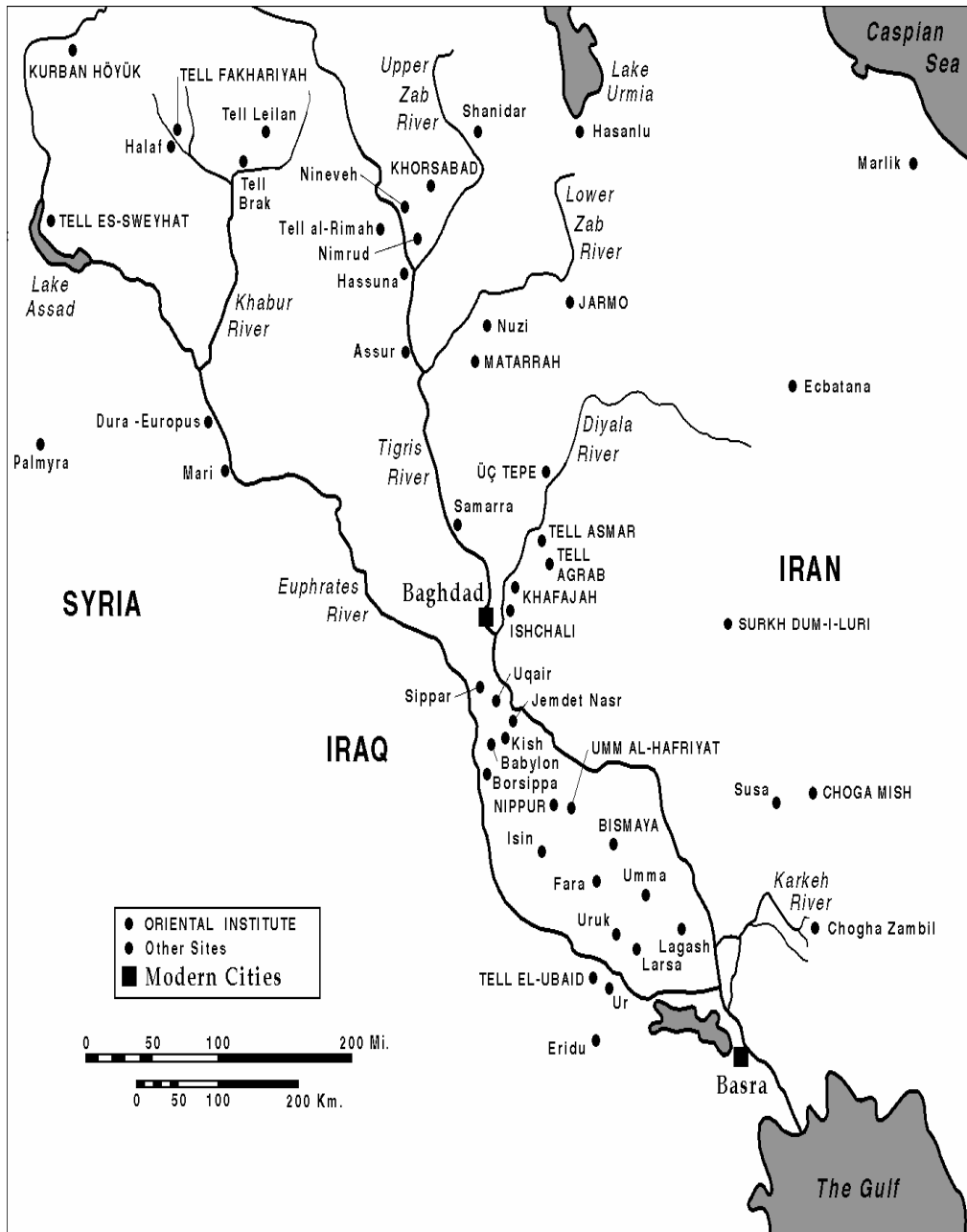
Por desgracia, hacia el año 612 a.C., babilonios y medos destruyeron Nínive y arrasaron sus bibliotecas. La versión de este hecho, contada por James George Frazer²², ha señalado, en breves líneas, lo siguiente:

[...] La biblioteca se encontraba en uno de los pisos altos del palacio, que se derrumbó durante el último saqueo de la ciudad envuelto en llamas y en su caída redujo a trozos las tablillas. Muchos de ellos se encuentran todavía agrietados y tostados por el calor de las abrasadas ruinas. Más tarde las ruinas fueron saqueadas por anticuarios de la clase de Dousterswivel, que buscó en ellas tesoros enterrados, no del conocimiento, sino de oro y plata, y que con su codicia contribuyeron aún más a destrozar y deshacer los preciosos recuerdos. Para acabar de completar la destrucción, la lluvia, que penetra a través del suelo todas las primaveras, las empapa en agua que contiene en disolución diversas

sustancias químicas, cuyos cristales, depositados en las grietas y fracturas, rompen, al crecer, en fragmentos aún más pequeños las ya destrozadas tablillas[...]

Conviene observar que en el período comprendido entre 1500 a.C. al 300, en todo el sector del Cercano Oriente, en al menos 51 ciudades, hubo 233 archivos y bibliotecas, de las cuales 236 contaban con textos en escritura cuneiforme. De los 253 centros, en palacios, templos o casas, 225 eran propiamente archivos, y sólo 55 bibliotecas. De esas bibliotecas, 25 fueron del período 1500 al 1000 a.C y 30 del período 1000 al 300 a.C. Ninguna sobrevivió.

CAPÍTULO XIV
LOS ASENTAMIENTOS
ARQUEOLÓGICOS



Mapa de los principales asentamientos arqueológicos en Irak

(Oriental Institute of Chicago)

Mientras dormía en la tienda que había improvisado en el asentamiento arqueológico de Isin, en la zona de Ishan Bakrijat, ya más fresco y seguro, comencé a escuchar el sonido inconfundible de disparos continuos. Era la noche del 19 de mayo y, en efecto, cuando salí varios soldados estadounidenses corrían después de que su vehículo fuera impactado por un explosivo fabricado con cuatro piezas de artillería de 155 mm. No exagero si digo que había unos treinta o cuarenta hombres en la distancia que disparaban sus AK-47. Algunos poseían lanza-cohetes. Un grupo, no obstante, estaba separado, y se dedicaba a introducirse en las ruinas y sacar objetos. Uno de los soldados le dijo a su compañero: “Vamos a rodearlos, sargento”. El otro lo miró, y escuché claro cuando lo atajó con este comentario: “Vaya ud. Yo no voy a morir por unas piezas de barro. No vine desde Nueva Jersey a cuidar ruinas”. Al rato, otra patrulla acudió al llamado de auxilio y tomaron posiciones, pero nadie hizo un disparo. Ninguno de los contendientes, para mi asombro, quería salir herido. Y como el silencio no existe en el desierto, un viento estruendoso que arrojaba arena en ciclos intermitentes, me negaba oír toda la mayor parte de lo que se decía. Le reclamé a un soldado su actuación y me advirtió que me quedara callado: “Ud. no entiende”, dijo, “No somos policías, somos soldados, y estos hombres son ladrones. Tienen años robando este asentamiento. ¿Ud. pensaba que esto es ahora?”. No me retiré, y lo acusé de tener miedo. “¿Miedo?”, señaló, “Que se jodan los iraquíes. Es su

cultura, no la mía”. Y escupió en el piso, para molestarme. “Uds. tienen la obligación de cuidar estos lugares”, le dije. “¿10.000 asentamientos arqueológicos? Imagine que colocamos cinco hombres. Son cincuenta mil soldados. ¿Acaso está loco?”. Horas más tarde, observé que los saqueadores se llevaban cajas y se perdían en el desierto. El humo, entretanto, persistió en el vehículo.

Al otro día, presa del trasnocho, ví que el asentamiento era un hueco sin fondo y supe lo que realmente pasaba. Al asomarme al borde, encontré que la excavación había sido destruida. Como bien se conoce, Irak es una de las naciones con mayor números de asentamientos de importancia en el Medio Oriente. Me refiero a que hay más de 10.000, y cuando uno piensa que fue justo en estas tierras donde nació el libro, donde nacieron las bibliotecas, los primeros códigos legales, atemoriza pensar que la guerra y los sucesos posteriores a marzo de 2003 hayan podido poner en peligro la posibilidad de nuevos descubrimientos que cambien por completo nuestra concepción de la historia. En los asentamientos se encuentran muestras de la cultura sumeria, asiria y babilónica.

Y el problema, me informaron los iraquíes, es que diariamente son saqueados el-Hadr, donde está Hatra, un patrimonio cultural de la Humanidad, Kulal Jabr, Kuyunjik (Ninive), Tell Senkereh (Larsa), Tell el-Dihab, Tell el-Jbeit, Tell el-Zabul, Tell Jokha, Tell Muqajar (Ur), Tell Naml, Umm el-Aqarib...en fin. La situación es mejor en el sur que en el norte, por supuesto, como lo han determinado equipos internacionales de arqueólogos de la National Geography. Eso se debe a la inseguridad que ofrece la segunda zona. Y de los más de 600 tells que permanecen sin exploración debido a las sanciones de 1991, poco se sabe, pese a que desde 1987 los hallazgos se incrementaban. La Biblioteca del dios Sol apareció en Sippar, y se conoce que en Nimrud los tesoros de las Tumbas de las Reinas permitieron al mundo contemplar joyas de oro y miles de piedras preciosas.

En Umm Al-Ajarib, cerca de Nassiriya, los arqueólogos iraquíes, entre los que se encontraba Fadhil Abdulwahid, habían descubierto un gigantesco cementerio sumerio (miles de tumbas) al que llamaron “Ciudad de Tumbas”, ya visitado por William Hayes en 1886. Los muertos estaban enterrados con joyas y estatuas. La aparición de cientos de escorpiones hizo que la zona fuese llamada “Madre de los escorpiones”. Hoy en día, los robos han dejado un paisaje que debe ser familiar a los astronautas que han logrado pisar la superficie lunar. Decenas de cráteres y espacios devastados son lo único que puede verse.

En el tell de Al-Majalla, Muzahem Mahmoud, supervisor y el vigilante Ibrahim Atta, custodian la antigua ciudad de Nimrud. Una serie de túneles subterráneos son su mayor preocupación. Decenas de saqueadores ingresan todas las noches y se llevan decenas de piezas, además de que destruyen otras, que consideran menos importantes. Lo que se codicia más es el oro, y es singular el hecho de que las bandas rompen vasijas porque les parecen insignificantes. El Palacio Noroeste ha sufrido robos descarados. Hay daños en el Cuarto S (al sur de la Corte Y), hay relieves robados en el cuarto B, en el cuarto I y en el S. Durante un tiroteo entre saqueadores y soldados, una de las paredes sufrió cientos de impactos de bala.

El caso de Nippur, a 200 km al sudeste de Bagdad, no muy lejos de Isin, es dramático. Los saqueadores, armados, actúan en el día y en la noche. Realizan excavaciones sin control y se llevan tablillas, objetos de arte y lo que no les parece queda en la arena. Algunos de los saqueadores se jactan de su labor en Afak, un pueblo cercano. El guardia que protegió la instalación hace años, Abass Karmod, ha confesado que este robo ha destruido años de exploración.

Asur, en la zona ahora llamada Qala'at at Sherqat, ha sido declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco en fecha reciente, pero no se ha salvado por eso de saqueos interminables, ataques indiscriminados y hoy está en grave peligro. Asur fue una ciudad de gran importancia, la

primera capital de Asiria, lo cual ha despertado las sospechas entre los ladrones de que pueda contener aún objetos de valor inconmensurable.

En las ruinas del Palacio de Senaquerib, en Nínive, el deterioro es evidente. El bloqueo de diez años impidió el acceso a Irak de numerosos grupos de arqueólogos y financiamiento. El daño, por tanto, es enorme. Los relieves están destruidos y hay agujeros en algunas salas. Cerca de las ruinas de Babilonia, el Museo de Babilonia muestra los daños de un saqueo que, por fortuna, no llegó a destruir la estructura, aunque sí hay quemaduras que convirtieron el lugar en un desastre.

También han ocurrido hechos insólitos. En Ur, donde estuvo una gran ciudad imperial entre los años 2.100 al 2.000 a.C., algunos de los soldados, al saber que Abraham nació allí, han tomado pedazos de bloques de arcilla para llevarlos hasta su nación, donde, posiblemente, los guardarán en sus casas o los venderán como reliquias sagradas. Y para colmo, hay graffitis escritos en las piedras con mensajes como “I was here. Robin”.

En Eridu (hoy Abu Shahrain), hay saqueos menores; en Ubaid, una villa prehistórica, los saqueadores han dejado huella, pero la falta de objetos parece haberlos desanimado; en Girsu (hoy Telloh), al norte de Nasiriya, donde estuvo una villa prehistórica con parte de una ciudad del reino de Lagash, siguen los saqueos; en Larsa, (hoy Senkereh), no hay protección alguna y los saqueos han sido permanentes; en Ctesifonte, hay graffitis

políticos escritos en árabe en el arco, y la construcción con la batalla de Kaddisiye fue destruido y saqueado. Asimismo los robos siguen en Tell Mohammed.

Una vez tomadas las obras, las bandas, que están organizadas de acuerdo a las normas más estrictas de selección de personal, se ocultan en maletas, cajas, dentro de vasijas de artesanía, y de esta forma existe hoy en día un tráfico ilícito y transnacional en una escala que no tiene precedentes. En Internet hay venta de objetos robados y en algunos casos se han diseñado incluso páginas web para poder exhibirlas. Hace muy poco, el 11 de junio tal vez, fue detenido Joseph Braude, el autor de “The New Iraq: Rebuilding the Country for Its People, the Middle East and the World”, porque cargaba consigo tres sellos cilíndricos que había comprado por 200 dólares. Aún las piezas tenían el IM (Iraqi Museum), un identificador del Museo Arqueológico de Bagdad. Hasta la fecha más de 700 objetos han sido confiscados en ciudades como Nueva York, Roma, Londres, Moscú, Tokio, Ammán y Damasco.

En todo caso, la destrucción y saqueo de estos asentamientos era esperada. El 24 de enero, hubo una reunión inusual y secreta en el

Pentágono. Un grupo de arqueólogos tuvo el atrevimiento de entrevistarse con Joseph Collins, quien se suponía que informaría Paul Wolfowitz y a numerosos oficiales de alto rango. Los académicos pidieron al ejército de Estados Unidos proteger una serie de museos y asentamiento. McGuire Gibson, el respetado investigador del Instituto Oriental de Chicago, proporcionó, incluso, un documento con 5.000 lugares fundamentales. En ese momento, no quedó muy claro, pero el primer sitio que aparecía en este texto era el Museo Arqueológico de Bagdad. Martin Sullivan, asesor cultural del Presidente George Bush, lo llamó en varias oportunidades y cuando comenzaron los saqueos renunció, lleno de ira. El 27 de febrero, la Sociedad de Arqueología Americana envió una carta al Secretario de Defensa, donde ha quedado una de las advertencias más ciertas que hayan podido hacerse alguna vez a político alguno.

Los motivos de esta preocupación eran legítimos. Había antecedentes inocultables. El proyecto B.R.I.L.A. (Bureau For Recovering And Investigating Iraqi Looted Antiquities), tras la guerra del Golfo en 1991, instaló dos centros para investigar los objetos iraquíes robados y, por supuesto, los daños causados al patrimonio cultural iraquí por parte de los aviones de la coalición aliada. Se instalaron dos sedes, una en Torino, en Italia, y la otra en Bagdad, en lo que se llamó el Instituto de Ciencias Arqueológicas Italiano-Iraquí (*Dar Al-Naqeeb Al-Ghailani*). Conviene saber que entre diciembre de 2000 y 2001, se elaboró una lista de obras

sustraídas. El cuadro preparado sobre este gigantesco robo fue exhaustivo, directo: 1) En Babil, 46; 2) En Kirkuk, 685; 3) En Kufa, 140; 4) En Qadissija, 46; 5) En Maysan, 588; 6) En Dohuk, 200; 7) En Wasit, 74; 8) En Basora, 714 y 9) En Asur, 115. El número llegó a 2625. La mayoría no ha podido ser recobrada, a pesar de muchas piezas se exhiben en museos de Francia, España, Alemania, Roma y Estados Unidos.

En un intento desesperado por organizar comisiones para preservar el patrimonio de Irak, la Unesco, siguiendo la orden ejecutiva del Director General, Koichiro Matsuura, convocó a numerosos expertos el 17 de abril de 2003. La declaración final, aunque ingenua, resume el espíritu de las miles de organizaciones que no fueron invitadas. Entre otras cosas, se acordó la redacción de un texto que señalaba:

1) Que las fuerzas presentes garanticen de inmediato la seguridad y custodia de todos los museos, bibliotecas, archivos, monumentos y sitios de Irak

2) Que se prohíba inmediatamente la exportación de antigüedades, obras de arte, libros y archivos procedentes de Irak

3) Que se prohíba inmediatamente el comercio internacional de bienes procedentes del patrimonio cultural iraquí

4) Que se haga un llamamiento para la restitución voluntaria e inmediata de bienes culturales robados o ilícitamente exportados de Irak

5) Que se organice una misión de investigación coordinada por la UNESCO para evaluar el alcance de los daños y pérdidas del patrimonio cultural en Irak

6) Que se emprendan en el ámbito internacional acciones de asistencia a las instituciones culturales de Irak”.

Como puede verse, se trató de una declaración de principios utópicos.

CAPÍTULO XV
UN ADIÓS INESPERADO

Los días anteriores a mi regreso se distinguieron por la monotonía, el azar y la falta de entusiasmo. No estaba perturbado ni displicente, sino obsesionado con esa sensación de estar anestesiado por el horror, lo que siempre es ingrato, y aunque pase inadvertido, o cobre la forma más amable, más inmediata o menos sesgada, le desgarró a uno la voluntad y todo, un todo que es literal y forjado, se torna insoportable e inoportuno. En las noches, prefería no dormir y me dedicaba a hacer anotaciones en mi diario, mientras el sudor me recorría la espalda desnuda, sobre detalles y circunstancias que, sin duda, pronto serían parte de ese inmenso bocado para el olvido que es, a fin de cuentas, cada día.

El 21 fui invitado a la casa de un venerable profesor y poeta de la Universidad de Bagdad. Llegué casi a las once de la mañana y lo encontré junto a su esposa Samira, de unos sesenta y cinco años. Él era alto, de barba blanca y un pelo entrecano. Vestía un incómodo traje gris, camisa blanca y sostenía en su mano derecha un bastón inscripto. El hogar era lujoso: en un extremo del salón principal, decorado con esmero, estaba una cocina donde había un samovar, y no faltaban un microondas, una gran nevera, un horno pequeño y un fregadero. Nada inusual, salvo los objetos decorativos y las alfombras kashan con un fondo amarillo. En estas regiones la alfombra es un testimonio radical de identidad. Había un despacho, una computadora, lujo que demostraba la riqueza del propietario. El profesor se llamaba Qais al-Bayati y no vaciló en enseñarme los mejores

libros de su biblioteca. A ratos, recitaba versos y sacaba fotografías del interior de las obras. En una de ellas, aparecía retratado con Jean Paul Sartre.

--Me regaló un folleto suyo—dijo.

Cuando nos sentamos, sobre unos cojines, pidió té y comenzó a toser. Tomó una pastilla, sin agua, luego me miró sin atención, y arqueó los labios en un gesto que, deduje, debía ser cortés.

--Así que ud. vine a saber qué pasó—me dijo.

--Es correcto.

--En efecto, es doloroso. Cualquier cosa que ocurre en Irak es un poco como destruir las raíces, ¿sabe?

--Comparto su idea—le dije.

--Una y otra vez se habla de Las mil y una noches, de Súmer, Akkad, Nimrud, Uruk, Asiria, Nínive, Babilonia, pero es que esta tierra fue donde nació la escritura, el calendario, el primer código de leyes, la primera religión y los poemas épicos. Si piensa en Irak, debe pensar que aquí se creó a Gilgamesh y la teoría del diluvio como castigo de los dioses.

De pronto, hizo silencio y volvió a toser.

--¿Qué opina de lo que pasó?—lo interrumpí.

--Imagínese!-exclamó.—No sé por dónde empezar. Quise verlo porque no quiero que olvide, cuando vuelva con su gente, lo que se ha destruido aquí. Irak no es una nación de mafiosos y locos que se matan

entre sí. Esa imagen de pueblos irresponsables es muy oportuna para los extranjeros, pero es falsa. Irak no vive solo del pasado y de la reverencia.

Ahora también somos creadores, y hay una excelente literatura.

--Pero hay demasiados poetas iraquíes en el exilio—señalé.

--Basta ser iraquí para ser poeta—dijo.

--La primera poesía se escribió en esta región del mundo. La primera mujer escritora es de esta región.

--No lo sabía—comenté.

--Se llamó Enkheduanna.

--¿Hay recitales?

--En todas las casas de ricos y pobres. Para que entienda, le señalo que en Mirbad, en Basora, hubo un hermoso espacio donde todo el mundo iba a leer sus poemas. No se era poeta si no se había ido a Mirbad a leer. Y los iraquíes escriben en *al-fus-ha* que es el árabe clásico, y en inglés, en egipcio, en turco, en alemán, en francés, en español...

--Le hice una pregunta al principio y ha dado ud. vueltas.—dije y me levanté.

--No son vueltas. Es para que ud. sepa el crimen cultural que aquí se ha cometido y se está cometiendo. Los extranjeros llegaron, y los iraquíes no pudimos cuidar nuestro patrimonio de los vándalos por temor a los tanques. Y unos desalmados me han dicho que van a reconstruir las bibliotecas y los museos. Dicen que nos van a regalar libros. ¿Acaso nos

van a mandar un millón de copias de la constitución de Estados Unidos para remediar el millón de libros quemados? ¿O nos va a obsequiar una de las piezas que robaron y están en el Museo Británico o en Museos de Estados Unidos?. ¡Farsantes! A mí me botarán de la Universidad, pero ya no me interesa. A mi edad, cada hora es un regalo.

Insistí en mi ida porque viajaría pronto, y se quedó sentado, sin hablar. Flanqueado por uno de sus hijos, avancé hacia la entrada y soportando ese silencio tenso y final, quise decir algo, pero la puerta se cerró de golpe.

Las denuncias sobre la participación de directivos y empleados de las bibliotecas y museos en las actividades propagandísticas y políticas del Partido Baaz me causó, por qué no decirlo, asombro, y no puedo concluir sin una reflexión al respecto. He entendido que todo lo relacionado con la destrucción cultural de Irak está signado por paradojas y extravagancias. Enigmáticamente, la administración actual de Estados Unidos desestimó las advertencias hechas por sus asesores culturales y violó la Convención de La Haya de 1954, lo que implica unas sanciones penales que no prescribirán. No logro explicar por qué soldados que hubieran podido

disparos al aire y proteger instalaciones culturales, actuaron con una pasividad que desdice del espíritu estadounidense que he conocido.

De igual modo, el régimen de Hussein estableció una estructura burocrática cultural que, en no pocos casos, tiene parte de culpa en lo sucedido. Desde su ascenso en 1968, el partido gubernamental Baaz estableció programas de acción cultural que no respondían, en la mayoría de los casos, a la tradición histórica de Irak.

La megalomanía de Hussein impuso unas prácticas absurdas. En Babilonia, por ejemplo, los ladrillos originales fueron sacados para colocar ladrillos donde aparecía el nombre del presidente. Hussein era escritor, lector, arqueólogo, pintor, poeta, dramaturgo, experto en museos, curador, y en cada actividad exigía una adulación irrestricta. Cuando escapó de Bagdad, estaba a punto de publicar su tercera novela.

A los arqueólogos de la Universidad de Bagdad les interesaba mantener excelentes relaciones con el régimen, porque era el que financiaba y aprobaba los proyectos. En la Universidad, los profesores que constituían el Ejército de Voluntarios, más de 500 en total, contaban con beneficios nada despreciables como los cursos de perfeccionamiento en Francia, Alemania y otros países europeos. Sin el carnet del Baaz, para muchos estudiantes era imposible conseguir una inscripción para iniciar una carrera. Y, por supuesto, he sabido de casos de profesores que toleraban inasistencias, malas conductas y pésimas notas debido al apoyo

que tenían determinados estudiantes con el Baaz. Así como en los barrios se realizaban censos permanentes, en las Facultades los censos permitían al Baaz tener acceso a todos los registros personales de docentes, investigadores y estudiantes. Ningún título era ajeno a los miembros del partido.

Los empleados de las bibliotecas y museos, en particular los directivos, aunque hay excepciones brillantes, eran miembros naturales de los comités de participación y defensa de la revolución. No pertenecer al partido significaba perder el derecho a tener una cuenta bancaria, a tener trabajo o a poder publicar un libro, una reseña en una revista o a obtener los materiales para pintar, dibujar o esculpir. Ningún director de cine podía filmar sin previa autorización del Baaz. Fue lamentable para mí saber que de los más de cien empleados de la Biblioteca Nacional, en Bagdad, todos sus nombres aparecían en listas de grupos de combatientes voluntarios. En el caso de los directivos de los Museos, su anuencia con el partido los llevó a permitir que se instalasen depósitos de municiones y francotiradores en puntos estratégicos, lo que puso en riesgo el patrimonio cultural.

En suma, confirmo que el odio ha dividido a los iraquíes y fue el principal detonante de los incendios de centros culturales así como de una parte de los saqueos. Pero esto era conocido por la CIA y hay reportes secretos que así lo revelarán en los próximos años. Existen comunicaciones dirigidas al Secretario de Defensa donde se le señaló con extremo rigor lo

que sucedería tras la toma de la Bagdad. Nadie, por desgracia, hizo nada para evitar este desastre.

La solución de la CPA para atender esta crisis cultural iraquí ha sido inútil y torpe. No ha dado seguimiento a ninguna denuncia formal sobre las bibliotecas, y el comité que respaldaría la reapertura del Ministerio de Cultura de Irak ha ignorado cualquier propuesta que no provenga de fuentes militares. El actual administrador se llama Paul Bremer III, un político elegante que repudia todo lo que encuentra en Irak. Le molesta el clima, le molesta la gente, le molesta el idioma, y sus contradicciones pueden acabar con cualquier proceso de reconstrucción. Su principal falla ha sido la de subestimar la resistencia creciente. Hoy en día hay un promedio de quince ataques diarios contra objetivos militares de la coalición. Miles de soldados estadounidenses heridos y un centenar de muertos demuestran que se ha iniciado una segunda fase, donde se impone una guerra interminable de guerrillas.

En la Universidad de Bagdad, la CPA destituyó a 436 profesores, sin otro juicio que las denuncias de sus colegas. Después, en un acto de piedad, Bremer aceptó a todos los profesores que firmaran planillas donde denunciaran al partido Baaz. En las bibliotecas, la debaazificación se ha interpretado con actos de intimidación y ataques personales. No hay equipos de trabajos unidos y lo que se puede encontrar es una desmoralización general.

El 22 de mayo, entrada la noche, había previsto la marcha y se lo comuniqué a mis compañeros. Algunos se excusaron y sólo Giovanni Márquez y Manuel Olivieri aceptaron irse. El carro que iba a llevarnos de regreso a Ammán, sufrió un retraso inexplicable. Debía haber llegado a las dos de la mañana. Khaled había venido a despedirnos y se disculpaba a cada momento por la impuntualidad del chofer que lo reemplazaría. El calor arreciaba en el lobby del Hotel, debido a un nuevo corte de energía eléctrica.

--¿Cree ud. que yo podré irme algún día?—cortó de pronto Khaled.

--No lo sé—respondí, no sin sorpresa—Es posible que Irak te necesite. Hay poca gente tan preparada como tú.

--Me alegra su optimismo, profesor—advirtió Khaled--. Ud. ha sido una gran compañía, pero esta guerra de resistencia será larga. Y yo no soy nadie. Me matarán cualquier día. Soy un intérprete, un traidor. Y lo peor es que el único dinero que me queda es el que ud. me ha dado.

--Exageras, Khaled—le comenté--.Y a lo mejor estás hundido, pero es una circunstancia.

--No.—dijo—.Y, por cierto, casi lo olvido, quiero darle un recuerdo antes de que se vaya.

Entonces colocó en mi mano el ejemplar de Omar Khayyam que tanto había buscado yo, en su original persa. Estaba sucio, con las páginas devoradas por la polilla.

--¿Lo has comprado?—le pregunté.

--No podría. Era de mi padre, imagino que nunca lo leyó.

El vehículo apareció por fin y escuché decenas de disculpas en una mezcla de inglés, alemán, árabe y francés. Abracé entonces a Khaled y subí al asiento delantero. Como no estaba dispuesto, ninguno dijo adiós ni todavía. Él, entretanto, cerró mi puerta con sumo cuidado y ayudó a colocar las maletas en la parte trasera del vehículo. Encendió un cigarro y lanzó la primera bocanada de humo con evidente placer. La calle estaba en un silencio total, pero súbitamente se sintió un ruido ensordecedor. Márquez, estupefacto, me miró y luego volteó a ver a Khaled, afuera, quien hizo una mueca para que nos quedáramos tranquilos, intentó levantar su mano izquierda, y salió a toda carrera. El personal del Hotel cerró las puertas bruscamente. Quise salir del vehículo, pero el chofer se negó, y arrancó a toda velocidad:

--Están locos. Es una kalashnikov. ¡Nos vamos!

Se oyeron otros impactos, indescriptibles ahora, y, no obstante, me negué a quitar mi cara del cristal. Simplemente estaba paralizado por los nervios, devorado por la incertidumbre. Sostenía el libro que me había regalado Khaled y mientras recorría de nuevo aquella larga carretera de

regreso a Ammán entendí que la muerte había dejado en mi memoria cicatrices que nunca se borrarían. Supe desde entonces y para siempre que ya no podría redactar un informe estéril, otro más entre cientos, porque yo debía escribir para que toda esta destrucción no tuviera la última palabra. Y esa débil esperanza aún me sostiene.

Postdata 2006

LA GUERRA CULTURAL EN EL SIGLO XXI

Acaso deba comenzar este ensayo con un suceso reciente. Baste decir que en medio de la XXXIII Asamblea General de la UNESCO, se realizó una reunión el 20 de octubre de 2005, donde 148 países votaron a favor de la **Convención sobre la protección a la Diversidad Cultural**, con la excepción de dos naciones. Una de ellas fue previsiblemente Estados Unidos, que había reingresado a la UNESCO en 2004 tras 20 años de ausencia, y amenazó con volver a retirarse si se aprobaba esta normativa, como lo hizo saber su Secretaria de Estado, Condoleeza Rice, en una carta fechada el 5 de octubre que quiso presionar a cualquier partidario de esta idea: *“Los Estados Unidos se reincorporaron a la UNESCO con la intención de participar activamente en ella y de contribuir a la labor importante de la organización en los campos de la educación, la ciencia y la preservación cultural. No queremos cambiar eso, pero esta convención amenaza el apoyo a la UNESCO en los Estados Unidos. Le instamos vivamente a participar y trabajar con nosotros para asegurar que la convención no deshaga toda la buena labor que juntos hemos realizado en la UNESCO”*.

Para entender esta reacción de protesta habría que destacar que Estados Unidos respalda desde hace años políticas de libre comercio ante la

OMC y ha considerado que la cultura es una mercancía (sujeta a propiedad intelectual) que no debe ser objeto de restricciones aduanales ni de restricciones estatales que beneficien una industria cultural local, y este nuevo instrumento jurídico internacional pone en peligro todo el esfuerzo diplomático y económico de imponer el libre mercado como único sistema económico para el desarrollo. Además, Estados Unidos ha decidido mantener su hegemonía cultural y ha utilizado el proceso de globalización para realizar una propaganda y una difusión sin precedentes de sus concepciones del mundo.

No obstante, la UNESCO justificó la protección a la diversidad cultural precisamente porque el predominio cultural estadounidense ha contribuido a poner en peligro el futuro de casi 6000 comunidades que no tienen las mismas oportunidades tecnológicas de difusión e integración. Es un hecho que la incorporación de medios de comunicación como transmisores de mensajes culturales juega un rol fundamental en la reelaboración de valores y símbolos compartidos en las sociedades actuales; es una forma de centralizar patrones. La protección a la diversidad no es otra cosa que la posibilidad de resguardar las industrias culturales nacionales y excluirlas de cualquiera de las leyes generales que rigen los acuerdos de libre comercio de la OMC, con lo cual queda claro que si bien actualmente las industrias culturales estadounidenses (como, por ejemplo, el cine) ocupan un mercado de 85% y en algunos casos de 90%, ahora

existe un instrumento jurídico poderoso que confirma plenamente el derecho soberano de los países a darse políticas culturales autónomas en pro de la identidad.

A pesar de las tensiones que el incidente de la UNESCO originó, la verdad es que fue apenas un episodio que puso en evidencia el papel destacado que tiene la cultura en los procesos del mundo contemporáneo. Incluso convendría recordar que ya se habla abiertamente de una guerra cultural en el siglo XXI. Un historiador como Samuel P. Huntington prefiere el término “Choque de civilizaciones”. En la III Dinastía de Ur, era frecuente la destrucción de ciudades, pero desde esa remota época (alrededor del siglo XXI a.C.) nos ha llegado una tablilla en ruinas que contiene un himno dirigido a Ishbierra, gobernador de Mari, donde aparece la primera convocatoria a una guerra cultural: «*sobre la orden de Enlil de reducir a ruinas el país y la ciudad de..., le había fijado como destino aniquilar su cultura.*»²³

De este documento al presente hay 40 siglos y persiste la idea. La mejor prueba es que en octubre de 1989, William S. Lind²⁴ y cuatro oficiales del Ejército de Estados Unidos publicaron un ensayo titulado “The Changing Face of War: Into the Fourth Generation” en *Marine Corps Gazette*. Entre otras cosas, señalaban que los tres esquemas para hacer la guerra convencional habían llegado a su fin y proponían, con bastante sencillez, el diseño de una estrategia pertinente para el combate en guerras

de Cuarta Generación. Según los autores, desde el Acuerdo de Westfalia de 1648, el Estado había monopolizado la conflagración, y esta circunstancia se habría mantenido hasta las décadas recientes, debido a la aparición del terrorismo, que supondría grupos no estatales capaces de emprender conflictos asimétricos de larga duración.

Lo cierto, lo que interesa destacar aquí, es que más allá de los detalles de su análisis del mundo moderno militar, se atrevieron a contradecir a sus superiores de entonces, devotos creyentes formados en la guerra fría bipolar, al señalar que iban a sobrevenir ofensivas con tácticas inéditas (incluso advirtieron que el territorio de Estados Unidos sería atacado) y consideraron que el Ejército debía asumir planes para esas luchas futuras que implicarían dramáticos choques culturales. Las guerras de Cuarta Generación no serían ideológicas sino culturales -- predecían-- y las operaciones más importantes serían psicológicas. A saber, la propaganda en los medios de comunicación y en los sectores culturales con acceso a la opinión pública sería el perfecto complemento de misiles, tanques y aviones: una guerra con el objetivo de «ganar las mentes y corazones» de los pueblos atacados para impedir su apoyo a la causa de los grupos insurgentes.

¿Por qué una guerra cultural si las nuevas tecnologías permiten vencer al enemigo con rapidez y eficiencia? Aquí reside el gran enigma: Lind creía, como toda una élite estadounidense todavía cree, que la

tecnología facilita la derrota, pero que el imponderable cultural es un núcleo inabordable desde una perspectiva clásica. Ninguna ocupación se sostiene sin interacción con el pueblo invadido, y el punto es cómo debilitar sus creencias hasta el extremo de condicionarlas. Este escritor, en su defensa de la universalidad de una religión (el judeo-cristianismo) y de una civilización (occidente), determinó que la diversidad era un peligro. El costo de imponer ese criterio en un mundo globalizado le hizo pensar que era necesario combatir polos culturales adversarios del significado de la hegemonía de Estados Unidos. La base de su pensamiento consistió en restituir el vínculo inseparable entre universalismo e imperialismo; dotó al ámbito militar de una consciencia ambigua sobre la importancia de garantizar la supremacía en función de entender que enfrentan a adversarios culturales y religiosos que cuestionan su concepción del mundo más que ninguna otra cosa. En otras palabras, Lind supuso que las futuras guerras se perderían si no se contaba con el elemento de la identidad: un nexo poderoso basado en la memoria, es decir, en la continuidad de una tradición. Su idea era sencilla: identificar a pueblos adversos con modelos próximos a Occidente.

IRAK: EL FUTURO DEL PASADO

La forma de cumplir con el programa de una guerra de Cuarta Generación se evidencia en Irak. Desde el año 2003, el gobierno de George W. Bush ha sometido al pueblo iraquí a destrucción cultural, acompañada por una política de propaganda sin precedentes, para borrar la memoria colectiva de esta nación, y transculturizar a sus pobladores, imponiéndoles valores occidentales pro-estadounidenses. En su errática visión del conflicto con Al-Qaeda, Bush aniquiló la cultura en Afganistán, pero el daño más irremediable ocurrió en Irak, donde las consecuencias han sido trágicas. El shock psicológico ha sido, en ese sentido, total.

Por acción u omisión, el Ejército de Estados Unidos ha estimulado la quema de un millón de libros en la Biblioteca Nacional de Bagdad y en el resto de las bibliotecas del país; a esto debe sumarse el saqueo de 13.000 obras de arte del Museo Arqueológico de Bagdad y de todos los museos de la nación; y, como si no fuera suficiente siete mil asentamientos arqueológicos fueron objeto de pillaje y se robaron más de 150.000 piezas de arte antiguo. Universidades, academias, colegios gremiales y escuelas fueron convertidos en ruinas: en Bagdad, Mosul y Basora el desastre dejó a millares de estudiantes sin instrumentos ni locales de estudio. En 2004, Faluya y Nassiriya sufrieron ataques que arrasaron todos sus vestigios culturales: decenas de mezquitas quedaron en ruinas. El primero de abril de 2005, explotó parte del minarete de Samarra, que había sido utilizado por francotiradores de Estados Unidos para disparar contra militantes de la

resistencia; y en junio del mismo año las tropas polacas causaron daños irreversibles al asentamiento de Babilonia, según lo constató un experto del Museo Británico²⁵. Al principio, se creía que los saqueos culturales eran espontáneos; hoy sabemos que fueron premeditados.

El proyecto de reconstrucción cultural de Irak del Pentágono ha abarcado el asesinato de intelectuales a manos de grupos paramilitares iraquíes entrenados por la CIA. Un plan que explica por sí solo la guerra cultural de Irak. La censura contra intelectuales iraquíes fue aplicada por Paul Bremer III, coordinador de la CPA (Siglas de la Coalition Provisional Authority). En sus inicios, este político neoconservador fijó nueve temas prohibidos y para justificarse señaló que era “un canje de seguridad por un poco de libertad”. Su decisión permitió el cierre de diez periódicos, uno de los cuales, *Al-Hawza al-Natiqa*, fue defendido en marzo de 2004 con marchas multitudinarias en Bagdad. Algunos periodistas, avergonzados por el encarcelamiento de sus colegas y el exceso de censura, se atrevieron a renunciar a sus cargos, como fue el caso de Ismael Zayer, redactor jefe de *Al-Sabah*, un diario paradójicamente financiado por Estados Unidos. Con la llegada de Iyad Allawi, en 2004, comenzó una época de terror con la designación de una Comisión de Medios que intimidó a cualquier articulista de opinión que cuestionara la labor del flamante Primer Ministro.

Según las denuncias más recientes, en enero de 2006 se descubrió que el infame Comité de Desbaazificación de Irak, controlado por el

Congreso Nacional Iraquí, ha persiguido a cualquier intelectual sospechoso de haber participado en el partido Baaz que respaldó a Sadam Hussein, y han confiscado de las casas e instituciones todo documento o libro escrito por algún baazista. Todo empleado público de las instituciones culturales que no está de acuerdo con la presencia de tropas de Estados Unidos en Irak es despedido de inmediato. En el mercado de Al Mutanabbi, está prohibido vender cualquier libro que haga alusión al régimen anterior a la ocupación; es interesante revisar los nuevos libros de historia que autoriza el Ministerio de Educación Iraquí porque han suprimido cualquier referencia negativa del colonialismo inglés en la región durante la década de los años 20 y 30 del siglo XX.

Alguna vez escribió Heinrich Heine que primero se queman libros y luego se queman hombres. Esto ha sucedido en Irak: primero fueron las quemaduras de libros y ahora el asesinato de intelectuales. Según la Unión Iraquí de Profesores Universitarios, ya se han cometido más de 1000 asesinatos contra intelectuales desde abril de 2003. El viernes 30 de julio de 2004, en una de las laberínticas calles de Mamudiya, a unos 30 kilómetros al sur de la ciudad de Bagdad, asesinaron a Ismail Jabbar al-Kilabi, director del Instituto Normal de Enseñanza. El 27 de julio del mismo año, por ejemplo, fue atacado Muhammad al-Rawi, Presidente de la Universidad de Bagdad. Su muerte no fue un caso aislado. También murió el Dr. Abdul Latif al-Maya, un eximio académico de Ciencias Políticas de la

Mustansiriya. Tuve el placer de conocerlo, y me sorprendió sobremanera que luego de sus declaraciones a una televisora fuera víctima del fuego de unas ametralladoras que no procedían, al menos hasta donde se sabe, de integrantes de la resistencia. Ambos eran críticos acerbos de la política de invasión y ninguna investigación ha permitido conocer quién lo acribilló.

Hay otros muertos. Menciono el crimen horrendo contra el Dr. Nafa Aboud, profesor de Literatura Árabe de la Universidad de Bagdad, cuyo único delito fue pedir la paz para su nación. Y en la macabra lista, que no voy a suministrar completa, resaltaría el monstruoso atentado contra el Dr. Sabri al-Bayati, geógrafo, un erudito que había logrado crear una escuela de grandes profesionales. Y no veo cómo olvidar al Dr. Fala al-Dulaimi, Asistente del Decano de la Mustansariya, al Dr. Hissam Sharif, un miembro notable del Departamento de Historia de la Universidad de Bagdad, o el Profesor Wajih Mahjoub, del Departamento de Educación Física.

En relación a los archivos, el desastre persiste. En 2003, el Archivo Nacional sufrió la destrucción de más de dos millones de documentos, que en 2006 han sido colocados en un lugar diferente al que se había programado. Lo que se preservó subsiste en bolsas, y los trabajos de restauración apenas han comenzado. Desde el principio debió procederse a un congelamiento porque de otro modo se produce, como se produjo, una contaminación muy rápida de hongos.

En Bagdad, con 50 grados de temperatura, este fenómeno no demora más de 8 horas. El hielo protege los libros, y finalmente se tomó la decisión de utilizarlo, pero ahora se trata del proceso inverso, que es mucho más delicado: descongelar los volúmenes. El proceso de deshielo se puede realizar de dos maneras: con el método de "secar el hielo" o de forma natural, es decir exponiendo el material congelado a la temperatura ambiente. De la primera forma se evita que el hielo se convierta en agua: en una máquina especial, el hielo es convertido directamente en vapor. La forma natural de deshelar también es posible, pero toma mucho más tiempo y exige mayor espacio. La forma natural se utiliza con materiales que no resistirían el tratamiento de la máquina de deshielo, como pergaminos y cuero. Los bloques de libros helados se ubican en salas con las ventanas abiertas, y de esta manera los libros van perdiendo la humedad por el contacto con el aire. Además, el aire húmedo está en movimiento, lo que evita el desarrollo de hongos.

De cualquier manera, el proceso de descongelamiento causará daños en los libros. Los lomos son duros y resistirán mejor, pero las páginas quedarán arrugadas, jamás volverán a su estado original.

Durante la Conferencia "Internet Librarian internacional", celebrada en octubre de 2004 en Londres, el actual Director de la Biblioteca Nacional de Irak, Saad Escander, afirmó que durante el régimen de Saddam Hussein, la Biblioteca y el Archivo Nacional estuvieron abandonadas, debido a que

el dictador no toleraba muestras de disidencia y tampoco estimulaba la cultura. Acusó al anterior Ministro de Cultura, Hamid Yuosif Hammadi, de referirse a la Biblioteca como si de un cementerio se tratase, y con suficientes pruebas demostró que los bibliotecarios pertenecían todos al Partido Baaz. En 1987, el baazismo, según Escander, cortó los recursos a la Biblioteca y provocó una fusión entre archivos y bibliotecas, lo que se tradujo en un desinterés creciente por las adquisiciones. De no haber sido por las donaciones, Escander dijo al auditorio que habría colapsado el trabajo bibliográfico.

Entre otras cosas, denunció que para 2003 no había programas de conservación y los laboratorios de restauración y secado estaban en desuso desde hacía 10 años. En cierto momento de su lectura, Eskander decidió explicar qué ocurrió en abril de 2003 y culpó de lo ocurrido, como hecho poco frecuente, a su predecesor, por negligencia. Al parecer, éste desaprovechó la cercanía de numerosas mezquitas que pudieron haber servido para proteger los documentos y libros en mayor número.

Me agradó saber que Escander reconoció que las tropas estadounidenses son responsables de violar la Convención de la Haya de 1954, al no proteger las instalaciones culturales durante la toma de Bagdad. Comentó que el 10 de abril, varios soldados derribaron una estatua que estaba frente a la Biblioteca Nacional y luego se marcharon, propiciando el saqueo e incendio posterior. Escander admitió que hubo dos incendios, y en

el segundo el Archivo Nacional perdió el 60% de su colección de manera irreparable. En la Biblioteca, las pérdidas de mapas y fotografías fueron totales, y calculó en un 25% las pérdidas de libros. Admitió que había abierto una investigación para determinar si la destrucción fue premeditada, y llegó a la conclusión de que una gran parte fue espontánea y la otra planificada, como la referida a la quema de los archivos de la Era Republicana.

Lo más singular es que una vez concluido el desastre, la CPA no tomó acciones para salvar los libros que habían sido depositados en unas instalaciones del Ministerio de Turismo y, como era de esperarse, cientos de libros fueron robados y para encubrir sus acciones los responsables de este pillaje inundaron el piso y causaron una destrucción en lo rescatado de la destrucción de abril de 2003. Al final, sentí profundo malestar al saber que, según Escander, todas las promesas internacionales de ayudar a la Biblioteca Nacional han sido falsas.

CASI UNA CONCLUSIÓN

Mario Vargas Llosa, en el prefacio de su *Diario de Irak*, escribió: “*con todos los sufrimientos que les ha traído la intervención militar, éstos son todavía mínimos comparados a los que los iraquíes han padecido debido a la política genocida, de abyección y de represión sistemática del Baaz*”²⁶. Su tesis fue la del mal menor: justificó la invasión por la caída de

la dictadura de Hussein. No obstante, su reflexión es inadmisibile porque ignora que la ocupación dejó más de 100.000 personas muertas, fosas comunes, torturas de prisioneros en Abu Ghraib y Guantánamo, censuras y asesinatos de más de 1000 intelectuales y destrucción irremediable del patrimonio histórico iraquí.

Lind y sus colegas, por su parte, han desestimado la tragedia de Irak porque su propósito consiste en promover la hegemonía de un modelo cultural que se suma a los modelos políticos y económicos del libre mercado. Han persuadido a los movimientos neoconservadores²⁷ y en especial a la administración de George W. Bush de que la agenda de la CIA y el Pentágono debe insistir en la imposición de valores en culturas con núcleos rígidos y resistentes a la aceptación del proyecto de supremacía o Estados Unidos perderá su condición de líder global. Esto es lo que les importa: el resto es colateral.

BIBLIOGRAFÍA

No pretendo ofrecer aquí otra cosa que una bibliografía transitoria sobre la cultura y la historia de Irak. Incluyo, por supuesto, algunos catálogos que permitirán dar cuenta de los manuscritos y libros destruidos o desaparecidos en Irak. Hay algunas fuentes primordiales dispersas que es necesario recuperar para emprender una más eficaz reconstrucción del patrimonio cultural iraquí en el futuro.

CATÁLOGOS DE MANUSCRITOS EN BIBLIOTECAS Y MUSEOS DE IRAK

Abd al-Rahman, Badiyah Yusuf.; Abd al-Sahib, Fatin.; Azzawi, Husayn. *Fihris anawin al-makhtutat fi Maktabat al-Dirasat al-Ulya*. Bagdad, Maktabat al-Dirasat al-Ulya, Kuliyat al-Adab, Jamiat Bagdad, 1979.

Ahmad, Salim Abd al-Razzaq. *Fihris makhtutat Maktabat al-Awqaf al-Ammah fi al-Mawsil*. Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Awqaf, 1975.

Ahmad, Salim Abd al-Razzaq. *Fihris makhtutat Maktabat al-Awqaf al-Ammah fi al-Mawsil*. Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Awqaf wa-al-Shuun al-Diniyah, 1982.

- al-Chalabi, Daud. *Kitab makhtutat al-Mawsil*, 1927.
- al-Husayni, Ahmad al-Rajibi. *Fihrist makhtutat Khizanat al-Rawdah al-Haydariyah fi al-Najaf al-Ashraf*, 1971.
- al-Rashti, Muhamad ibn ‘Abd al-Husayn; al-Husayni, al-Sayyid Ahmad. *Fihrist makhtutat al-shaykh Muhamad al-Rashti al-muhdah ila Maktabat al-Imam al-Hakim al-‘Ammah fi al-Najaf al-Ashraf*. Najaf, Matba‘at al-Nu‘man, 1971.
- Alusi, Numan ibn Mahmud. *Fihrist makatib Bagdad al-mawqufah*. Jamiat Bagdad, Markaz Ihya al-Turath al-Ilmi, 1985.
- Arsalan, Ibrahim Khurshid. *Faharis al-ruqayqat li-Maktabat Makhtutat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi*. Bagdad, al-Majma, 1981.
- Awwad, Kurkis. *al-Makhtutat al-‘Arabiyah fi Maktabat al-Mathaf al-‘Iraqi*. Bagdad, Matba‘at al-Rabitah, 1957-59.
- Awwad, Kurkis. *Catalogue of the Arabic manuscripts in the Iraq Museum Library*. Bagdad, Ar-Rabita Press, 1957-1959.
- Awwad, Kurkis. *Fihrist makhtutat khizanat Yaqub Sarkis al-muhdah ila Jamiat al-Hikmah bi-Bagdad*. al-Hikma University. Bagdad, Matbaat al-Ani, 1966.
- Awwad, Kurkis. *Makhtutat al-tarikhiyah fi khizanat kutub al-Mathaf al-Iraqi bi-Bagdad*. Bagdad: Matbaat al-Rabitah, 1957.

Awwad, Kurkis.; Rajab, Qasim Muhamad. *Fihrist al-makhtutat al-Arabiyah fi khizanat Qasim Muhamad al-Rajab bi-Bagdad*. Matbaat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi, 1965.

Awwad, Mikhail. *Makhtutat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi : dirasah wa-fahrasah*. Bagdad: Matbaat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi, 1979-1983.

Benayahu, Meir. *Sefarim she-nithabru be-Vavel u-sefarim she-neteku bah. Yerushalyim: Yad ha-Rav Nisim*, 1993.

Daywahchi, Said. *Makhtutat al-Maktabah al-Markaziyah fi al-Mawsil*. Bagdad : Matbaat al-Majma al-Ilmi al-Iraqi, 1967.

Fujii, Hideo, and Kazumi Oguchi. *Lost Heritage: Antiquities Stolen from Iraq's Regional Museums*, Fascicle 3. Tokyo: Institute for Cultural Studies of Ancient Iraq, Kokushikan University, 1996.

Haddad, Butrus. *Makhtutat al-Suryaniyah wa-al-Arabiyah fi Khizanat al-Rahbaniyah al-Kaldaniyah fi Bagdad*. Bagdad: al-Majma al-Ilmi al-Iraqi, 1988.

Haddaw, Hamid Majid. *Makhtutat Maktabat al-Alamat al-Hijjat al-Sayid Abbas al-Husayni al-Kathani fi Karbala*. Karbala Matbaat Ahl al-Bayt, 1966.

Ibrahim, Zahidah. *Fihrist al-makhtutat al-Arabiyah al-musawwarah fi al-Iraq wa-al-majdudah fi al-Maktabah al-Markaziyah li-Jamiat Bagdad*. Jamiat Bagdad, 1970.

Juburi, Abd Allah. *Fihris al-makhtutat al-Arabiyah fi Maktabat al-Awqaf al-Ammah fi Bagdad, al-Jumhuriyah al-Iraqiya*, Riasat Diwan al-Awqaf, 1973.

Juburi, Abd Allah.; al-Ankurii, Hasan. *Fihris makhtutat Hasan al-Ankurli al-muhdah ila Maktabat al-Awqaf*, 1967

Juburi, Abd Allah.; Talas, Muhamad Asad. *Mustadrak ala al-kashshaf an makhtutat khazain Kutub al-awqaf*. Bagdad, Matbaat al-Maarif, 1965.

Khaqani, Ali. *Makhtutat al-Maktabah al-Abbasiyah fi al-Basrah*. Bagdad, 1962-1962.

Maktabat al-Imam al-Hakim al-Ammah fi al-Najaf. *Min nawadir makhtutat Maktabat Ayat Allah al-Hakim al-Ammah*. al-Najaf: Matbaat al-Najaf, 1962.

Muhamad, Mahmud Ahmad. *Fihrist makhtutat Maktabat al-Awqaf al-Markaziyah fi al-Sulaymaniyah*. Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Awqaf wa-al-Shuun, al-Diniyah, 1982.

Najaf, Mohammed Mehdi. *Catalogue manuscripts, Al-Emam Al-Hakim Public Library*, Najaf, Iraq. Najaf , 1979.

Najaf, Muhamad Mahdi. *Fihrist makhtutat Maktabat al-Imam al-Hakim*. Maktabat al-Imam al-Hakim al-Ammah fi al-Najaf, 1969.

Naqshabandi, Usamah Nasir. *Makhtutat al-tibb wa-al-saydalah wa-al-baytarah fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Bagdad: Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam, 1981.

Naqshabandi, Usamah Nasir. *Makhtutat al-Amanah al-Ammah lil-Maktabah al-Markaziyah*, Jamiat al-Sulaymaniyah. Jamiat al-Sulaymaniyah., Amanah al-Ammah lil-Maktabah al-Markaziyah. al-Sulaymaniyah, al-Jamia, 1980.

Naqshabandi, Usamah Nasir. *Makhtutat al-lughawiyah fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*, Bagdad, Mudiriyyat al-Athar al-Ammah, 1969.

Naqshabandi, Usamah Nasir. *Makhtutat al-musiqa wa-al-ghina wa-al-sama fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Bagdad: Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Thaqafah wa-al-Funun, 1979.

Naqshabandi, Usamah Nasir.; Abbas, Zamyah Muhammad. *Makhtutat al-adab fi al-Mathaf al-Iraqi*. al-Kuwayt: Mahad al-Makhtutat al-Arabiyyah, al-Munazzamah al-Arabiyyah lil-Tarbiyyah wa-al-Thaqafah wa-al-Ulum, 1985.

Naqshabandi, Usamah Nasir.; Abbas, Zamyah Muhammad. *Makhtutat al-falak wa-al-tanjim fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam-Dar al-Rashid lil-Nashr : *Tawzi al-Dar al-Wataniyyah lil-Ilan wa-al-Tawzi*, 1982.

Naqshabandi, Usamah Nasir.; Abbas, Zamyah Muhammad. *Makhtutat al-hadith al-Nabawi al-sharif wa-ulumihi fi Dar Saddam lil-Makhtutat*. Bagdad: Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam, Dairat al-Athar wa-al-Turath, 1988.

Naqshabandi, Usamah Nasir.; Abbas, Zamyah Muhammad. *Makhtutat al-tarikh wa-al-tarajim wa-al-siyar fi Maktabat al-Mathaf al-Iraqi*. Bagdad:

Al-Jumhuriyah al-Iraqiyah, Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam, al-Muassasah al-Ammah lil-Athar wa-al-Turath, 1982.

Naqshabandi, Usamah Nasir.; Abbas, Zamyah Muhammad. *Makhtutat al-hisab wa-al-handasah wa-al-jabr fi maktabat al-mathaf al-Iraqi*. Bagdad: Wizarat al-Thaqafah wa-al-Ilam, al-Muassasah al-Ammah lil-Athar wa-al-Turath, 1980.

Naqshabandi, Usamah Nasir.; Qishtayni, Amir Ahmad. *Makhtutat al-fiqhiyah*. Bagdad: al-Jumhuriyah al-Iraqiya, Wizarat al-Ilam, Mudiriyat al-Athar al-Ammah, 1976.

Naqshabandi, Usamah Nasir. "Al-`Iraq." *Al-makhtutat al-Islamiyah fi al-`alam, al-juz' al-thalith*, Geoffrey Roper. London: Mu'assasat al-Furqan lil-Turath al-Islami, 2001.

Rauf, Imad Abd al-Salam. *Athar al-khattiyah fi al-Maktabah al-Qadiriyyah fi Jami al-Shaykh Abd al-Qadir al-Kilani bi-Bagdad*, 1974.

Rauf, Imad Abd al-Salam. *Fihris Makhtutat Jami al-Sayyid Sultan Ali fi Bagdad*. Bagdad: Jamiat Bagdad, Markaz Ihya al-Turath al-Ilmi al-Arabi, 1985.

Salman, Isa, Usamah Al-Naqshabandi, and Najat Al-Totonchi. *Arabic Texts Part I: Texts on Wood, Stone, and other Building Materials*. Bagdad: Ministry of Information, Directorate General of Antiquities, 1975.

Talas, Muhammad Asad. *Kashshaf an makhtutat khazain kutub al-Awqaf*. Bagdad: Matbaat al-Ani, 1953.

Tumah, Salman Hadi. *Makhtutat al-Sayyid Muhamad Baqir al-Tabatabai fi Karbula*. al-Kuwayt: al-Munazzamah al-Arabiyah lil-Tarbiyah wa-al-Thaqafah wa-al-Ulum, Mahad al-Makhtutat al-Arabiyah, 1985.

Tumah, Salman Hadi. *Makhtutat Karbala*, 1973.

CATÁLOGOS DE OBRAS DE ARTE

EN MUSEOS DE IRAQ

Ayish, A.H. "Bassetki statue with an old akkadian royal inscription of Naram-Sin of Agade", *Sumer* 32, 1976, pgs. 63-76.

Baker, H. D., R. J. Matthews, and J. N. Postgate. *Lost Heritage: Antiquities Stolen from Iraq's Regional Museums*, London: British School of Archaeology in Iraq, 1993.

Basmah'ji, Faraj. *Kunuz al-Mathaf al-'Iraqi*. Bagdad: Wizarat al-I'lam, Mudiriyat al-Athar al-'Ammah, 1972.

Basmah'ji, Faraj. *Treasures of the Iraq Museum*, Bagdad: Al-Jumhuriya Press, 1976.

Mathaf al-'Iraqi., Iraq., and Mudiriyat al-Athar al-'Ammah. *Guide-book to the Iraq Museum*, Bagdad: Directorate General of Antiquities, 1966.

Mudiriyat al-Athar al-'Ammah., Mathaf al-Mawsil., *Guidebook to the Mosul Museum*, Bagdad: Govt. Press, 1966.

Parrot, André. *Trésors du Musée de Bagdad des origines à l'Islam : Musée du Louvre Galerie Mollien*. Paris: Réunion des musées nationaux, 1966.

TABLILLAS CON ESCRITURA

CUNEIFORME

Brinkman, John Anthony. *A catalogue of cuneiform sources pertaining to specific monarchs of the Kassite dynasty*, Chicago: Oriental Institute of the University of Chicago, 1976.

Buccellati, Giorgio, Robert D. Biggs. *Cuneiform texts from Nippur; the eighth and ninth seasons*. Chicago: University of Chicago Press, 1969.

Dijk, J. J. A. van. *Cuneiform texts : texts of varying content*. Leiden: E. J. Brill, 1976.

Englund, Robert K., Rainer Michael Boehmer. *Archaic administrative texts from Uruk : the early campaigns*. Berlin: Gebr. Mann Verlag, 1994.

Englund, Robert K., Jean Pierre Grégoire. *The proto-cuneiform texts from Jemdet Nasr*. Berlin: Gebr. Mann Verlag, 1991.

Fu'adi, Abd al-Hadi. *Nusus al-madrasiyah al-qursiyat al-shakl*. Bagdad: 1979.

Lerberghe, Karel van, Gabriela Voet. *Sippar-Amnanum: the Ur-Utu archive*. Ghent: 1991.

Pettinato, G., S. A. Picchioni, F. Reshid, H. Waetzold. *Testi economici dell'Iraq museum-Bagdad*, Roma: Multigrafica editrice, 1979.

Wiseman, Donald John, J. A. Black. *Literary texts from the temple of Nabû*, London: The British School of Archaeology in Iraq, 1996.

SITIOS ARQUEOLÓGICOS

EN IRAQ

Salih, Qahtan Rashid. *Al-Kashshaf al-athari fi al-'Iraq*. Bagdad: Al-Jumhuriyah al-'Iraqiyah, Wizarat al-Thaqafah wa-al-I'lam, al-Mu'assasah al-'Ammah lil-Athar wa-al-Turath, 1987.

GENERAL

A.A.V.V. *Saddam Hussein : crimes and human rights abuses : a report on the human costs of Saddam's policies*, London: Foreign & Commonwealth Office, 2002.

AA.VV., *Dossier Mondo Islamico 1. Dibattito sull'applicazione della Shari'a*, Torino, Ed. della Fondazione Agnelli, 1995.

AA.VV., *Dossier Mondo Islamico 2 - I Fratelli Musulmani e il dibattito politico*, Torino, Ed. della Fondazione Agnelli, 1996.

AA.VV., *Encyclopedie de l'Islam*, II ed., Leiden-Paris, 1960 sgg.

Abagnara v., *Il matrimonio nell'Islam*, Napoli, Ed. Scientifiche Italiane, 1996.

Aburish, Said K. *Saddam Hussein: la politica de la venganza*, Andrés Bello, 2002.

Affadh, Behnam Fadil. *Târîkh al-tibâ'a wa la-matbû'ât al-irâqiyya*, Bagdad, 1984.

Al-Bukhari, *Detti e fatti del Profeta dell'Islam*, a cura di S. Noja, V. Vacca e M. Vallaro, Torino, UTET, 1982.

Arkoun M., *Islam, religione e società*, Torino, ERI, 1980.

Armstrong K., *L'Islam*, Milano, Rizzoli, 2001.

Atiyyah, Ghassan. *Iraq 1908-1921. A political study*, 1973.

Awwad, Kurkis-'Abd al-Hamid al-'Alwaji. *A bibliography of Bagdad*, Bagdad: Ar-Rebita Press, 1962.

Awwad, Kurkis. *A Dictionary of Iraqi Authors during the nineteenth and twentieth centuries (1800-1969)*, 3 vols., Bagdad, 1969.

Babes L., *L'altro islam*, Roma, Ed. Lavoro, 2000

Baffioni, C. *Filosofia e religione in Islam*, Roma, 1997.

Baffioni, C. *I grandi pensatori dell'Islam*, Roma, 1996.

Baffioni, C. *Storia della filosofia islamica*, Milano, 1991.

Balty-Guesdon, M.-G. *Le bayt al-hikma de Bagdad*, «Arabica» 39 (1992), pp. 131-150

Barakat, Sultan. *Post-war reconstruction in Iraq : the case-study of Basrah and Fao*. York: Institute of Advance Architectural Studies, University of York, 1993.

Baram, Amatzia, *Culture, History and ideology in the formation of Ba'ithist Iraq*, Macmillan, 1991.

Batalla, Xavier. *¿Por qué Iraq?*, Ediciones DeBolsillo, 2003.

Bausani A., *Islam*, Milano, Garzanti, 1980.

Black, George. *Genocide in Iraq : the Anfal campaign against the Kurds*. New York; London: Human Rights Watch, 1993.

Bloch, Edgar (Ed.). *Rashid al-Din Tabid. Djami el-tévarikh : histoire générale du monde. Tarikh-i moubarek-i ghazani: histoire des Mongols*, 2 vols. 1911.

Bottéro Jean. *Religion in ancient Mesopotamia*. University of Chicago Press, 2001.

Bouvet Béatrice- Denaud Patrick. *Tareq Aziz : le diplomate de Saddam Hussein*. Paris: L'Harmattan, 2000.

Branca P., *I musulmani*, Bologna, Soc. Ed. Il Mulino, 2000.

Branca P., *Introduzione all'Islam*, Cinisello Balsamo, Ed. S. Paolo, 1995.

Branca P., *Voci dell'Islam moderno- il pensiero arabo-musulmano fra rinnovamento e tradizione*, Genova, Marietti, 1997

Brockelmann, Carl. *Geschichte der arabischen litteratur*. 2. den supplementbänden angepasste Aufl. Leiden: E.J. Brill, 1943.

Burgat F., *Il fondamentalismo islamico*, Torino, SEI, 1995.

Cabria Ajmar L., Calloni M., *L'altra metà della luna. Capire l'Islam contemporaneo*, Genova, Marietti, 1993.

Campanini M., *Islam e politica*, Bologna, Società Editrice il Mulino, 1999.

Carre, O., *L'Islam laico*, Bologna, Il Mulino, 1997.

Cassarino, M. *Traduzioni e traduttori arabi dall'VIII all'XI secolo*, Roma, 1998.

Choueiri Y., *Il fondamentalismo islamico: origini storiche e basi sociali*, Bologna, Il Mulino, 1993.

Clawson, Patrick, *How to build a new Iraq after Saddam*, Washington, DC: Washington Institute for Near East Policy, 2002.

Coughlin, Con. *Saddam : the secret life*, London: Pan, 2003.

Dahl, Sven. *Historia del libro*, Alianza, 1999, pg. 22.

Dalley, Stephanie- Walker C. B. F.- Hawkins, John David. *The Old Babylonian tablets from Tell al Rimah*. London: British School of Archaeology in Iraq, 1976.

Di Nola A.M., *L'Islam - Storia e segreti di una civiltà*, Roma, Newton & Compton, 1989.

Eisenstadt S.N., *Fondamentalismo e modernità*, Bari, Laterza, 1993.

Etienne B., *L'Islamismo radicale*, Milano, Rizzoli, 1990.

- Fahd T., *Islam e sette islamiche*, in H.C. Puech, *Storia delle religioni*, Roma-Bari, Laterza, 1977.
- Fahd T., *La nascita dell'Islam*, in H.C. Puech, *Storia delle religioni*, Roma-Bari, Laterza, 1977.
- Filoramo G., *Storia delle religioni - Islam*, III, Roma-Bari, Laterza, 1995
- Fiorani Piacentini V., *Il pensiero militare nel mondo musulmano*, Milano, Franco Angeli, 1996.
- Frattoni, Eric. *Iraq: el estado incierto*, Espasa, 2003.
- Gabrieli F., *L'Islam nella storia*, Bari, Dedalo, 1984.
- Gardet L., *Gli uomini dell'Islam*, Milano, Jaca Book, 1981.
- Ghalioun B., *Islam e Islamismo*, Roma, Editori Riuniti, 1988.
- Goldziher I., *Lezioni sull'Islam*, a c. di A. Cilardo, Napoli, Ed. Scientifiche Italiane, 2000.
- Gozzi G., *Islam e democrazia. Il processo di democratizzazione in un paese arabo e i problemi delle democrazie occidentali a confronto*, Bologna, Il Mulino, 1998.
- Guazzoni L., *Il dilemma dell'Islam. Politica e movimenti islamisti nel mondo arabo contemporaneo*, Milano, Angeli, 1995.
- Guolo R., *Il partito di Dio*, Milano, Guerrini e Ass., 1994.
- Hughes, Thomas Patrick. *A dictionary of Islam : being a cyclopaedia of the doctrines, rites, ceremonies, and customs, together with the technical and theological terms, of the Muhamadan religion*. London, W. H. Allen, 1935.

Ibn Khallikan, *Wafayat al-a'yan wa-anba' abna' al-zaman*. al-Qahirah: Maktabat al-Nahdah al-Misriyah, 1948-1950.

Ibrahim, Zahidah, and Abd al-Hamid 'Alwachi. *Kashshaf bi-al-jara'id wa-al-majallat al-'Iraqiyah*. Bagdad: Manshurat Wizarat al-I'lam, al-Jumhuriyah al-'Iraqiyah, 1976.

Karsh, Efraim. *Saddam Hussein, a political biography*. London, Diane, 1991.

Khadduri Majid. *War in the Gulf, 1990-91 : the Iraq-Kuwait conflict and its implications*. Oxford : Oxford University Press, 1997.

Khalil Samir. *The monument : art, vulgarity and responsibility in Iraq*. London: Andre Deutsch, 1991.

Kristol, William-Kaplan, Lawrence. *The war over Iraq : Saddam's tyranny and America's mission*. San Francisco, Encounter Books, 2003.

Kubba, Juman. *The first evidence : a memoir of life in Iraq under Saddam Hussein*, London: McFarland, 2003.

Laoust H., *Gli scismi nell'Islam*, Genova, Ecig, 1991

Lapidus Ira M., *Storia delle società islamiche*, III vol., Torino, Einaudi Ed., 2000.

Laroui A., *Islam e modernità*, Genova, Marietti, 1991.

Lawler, Andrew. "Destruction in Mesopotamia," *Science* (July 6, 2001), 32-43.

Lewis B., *Il linguaggio politico dell'Islam*, Bari, Laterza, 1991.

- Lewis B., *La rinascita islamica*, Bologna, Il Mulino, 1991.
- Lewis B., *L'Europa e l'Islam*, Roma-Bari, Laterza, 1999.
- Lewis, Bernard. *The Assassins: A Radical Sect in Islam*, 1987.
- Lings Martin, Il profeta Muhamad. *La sua vita secondo le fonti più antiche*, Trieste, Società Italiana Testi Islamici, 1988
- Lings Martin, *Iniziazione al Sufismo*, Roma, Edizioni Mediterranee, 1997.
- Mallowan, M.E.L. *Nimrud and its Remains*, Vols. 1 and 2. Dodd, Mead, and Co., 1966.
- Mandel G., *Maometto. Il profeta*, Milano, Mondadori, 2001
- Manganelli G., *L'infinita trama di Allah-Viaggi nell'Islam (1973-87)*, a c. di G. Pulce, Roma, Quiritta, 2002
- Marr, Phebe. *The modern history of Iraq*. London: Longman, 1985.
- Martín Muñoz, Gema. *Iraq. Un fracaso de occidente (1920-2003)*, Tusquets, 2003.
- Mervin S., *L'islam*, Milano, Paravia B. Mondadori, 2001.
- Monteil, Vincent. *Anthologie bilingue de la littérature arabe contemporaine*. Beyrouth: Impr. catholique, 1961.
- Morony Michael G. *Iraq after the Muslim conquest*. Princeton: Princeton University Press, 1984.
- Mudiriyat al-Athar al-Qadimah al-‘Ammah., *Atlas al-Mawaqi‘ al-athariyah fi al-‘Iraq*. Bagdad: al-Jumhuriyah al-‘Iraqiyah, Wizarat al-I‘lam, Mudiriyat al-Athar al-‘Ammah, 1976.

Musallam Musallam Ali. *The Iraqi invasion of Kuwait : Saddam Hussein, his state and international power politics*. London; New York: British Academic Press, 1996.

Nakash, Yitzhak, *The shi'is of Iraq*, Princeton University Press, 1994.

Nicolle, David. *The Mongol warlords:Genghis Khan, Kublai Khan, Hulagu, Tamerlane*, 1990.

Noble Wilford, John. "Who began writing? Many theories, few answers", *The New York Times*, Science, 6 de abril de 1999.

Noja S., *L'Islam e il suo Corano*, Milano, Mondadori, 1988

Oates, Joan- Oates, David. *Nimrud : an Assyrian imperial city revealed*. London: British School of Archaeology in Iraq, 2001.

O'Ballance, Edgar. *The Gulf war*. London: Brassey's Defence Publishers, 1988.

Pace E., *Islam e Occidente*, Roma, Ed. Lavoro, 2002.

Pace E., *Sociologia dell'Islam - Fenomeni religiosi e logiche sociali*, Roma, Carocci ed., 1999.

Pedersen, Olof. *Archives and libraries in the city of Assur: a survey of the material from the German excavations*, Acta Universitatis Upsaliensis, Studia Semitica Upsaliensia, 6, 8. Uppsala: Acta Universitatis Upsaliensis, 1985.

Postgate, J.N. *La Mesopotamia arcaica*. Akal, 1999.

Pudioli M.C., *Donne dell'Islam*, Bologna, Il Nove, 1998.

Qazanji, Fu y 'Awwad, Kurkis. *Maraji' al-kutub wa-al-maktabat fi al-'Iraq : thabt bi-ma nasharahu al-'Iraqiyun 'an al-kutub wa-al-maktabat wa-al-faharis wa-al-makhtutat wa-al-bibliyughrافیyat wa-al-khatt wa-al-tiba'ah*, Silsilat kutub al-ma'ajim; 7; Silsilat al-ma'ajim wa-al-faharis, 7. Bagdad: Al-Jumhuriyah al-'Iraqiyah, Wizarat al-I'lam, 1975.

Qazanji, Fu. *al-Maktabat fi al-'Iraq mundhu aqdam al-'usur hattá al-waqt al-hadir*, Bagdad: Wizarat al-Thaqafah wa-al-I'lam, Dar al-Shu'un al-Thaqafiyah al-'Ammah "Afaq 'Arabiyah", 2001.

Qazanji, Fu. *al-Maktabat wa-al-sina'ah al-maktabiyah fi al-'Iraq*, Silsilat al-kutub al-adthah, 50. 1972.

Rahman F., *La religione del Corano*, Milano, Il Saggiatore, 1968.

Rejwan, Nissim. *The Jews of Iraq : 3000 years of history and culture*. London: Weidenfeld and Nicolson, 1985.

Richardson M. E. J. *Hammurabi's laws: text, translation and glossary*. Sheffield: Sheffield Academic Press, 2000.

Righini P., *La musica araba nell'ambiente, nella storia e le sue basi tecniche*, Padova, Zanibon, 1983.

Roberts Paul William. *The demonic comedy: the Baghdad of Saddam Hussein*. Edinburgh: Mainstream, 1999.

Rodinson M., *Il fascino dell'Islam*, Bari, Dedalo, 1989.

Roper, Geoffrey. *Survey of the Islamic Manuscripts*, 4 vols. London, Leiden: Al-Furqan Islamic Heritage Foundation, 1994.

- Roux, Georges. *Ancient Iraq*, Penguin Books, 1992.
- Rubin, Michael. "A Report on the Libraries of the Ministry of Culture, as-Sulaymaniyyah, Iraq", *Iranian Studies* 32, no. 4 (1999): pp. 627-630.
- Runciman, Steven. *Historia de las Cruzadas*, 3, *El reino de Arce y las últimas cruzadas*. Madrid, Alianza Editorial, 1981.
- Russell John Malcolm. *The final sack of Nineveh : the discovery, documentation and destruction of King Sennacherib's throne room at Nineveh*, Iraq. New Haven; London: Yale University Press, 1998.
- Ruthven M., *Islam*, Torino, Einaudi, 1999.
- Scarabel A., *Islàm*, Brescia, Queriniana, 2000.
- Scarcia Amoretti B.M., *Tolleranza e guerra santa nell'Islam*, Firenze, Sansoni, 1974.
- Scarcia Amoretti, B.M., *Il mondo dell'Islam*, Roma, Editori Riuniti, 1981.
- Schimmel A., *L'Islam*, tr. L. Negri, Bologna, EDB, 1992.
- Schmandt-Besserat, Denise. *Before Writing*, 2 vols., Austin, University of Texas Press, 1992.
- Shemesh, Haim. *Soviet-Iraqi relations, 1968-1988 : in the shadow of the Iraq-Iran conflict*. London : Lynne Rienner Publishers, 1992.
- Simons G. L. *Targeting Iraq : sanctions and bombing in US Policy*, London: Saqi Books, 2002.
- Spuler, Berthold. *The Muslim World*, London, 1969.

- Stark, Freya. *Beyond Euphrates : autobiography, 1928-1933*. London: J. Murray, 1951.
- Straface A., *Islam: ortodossia e dissenso*, Roma, Ed. Lavoro, 1998
- Talbi M., *Le vie del dialogo nell'Islam*, Torino, Fond. G. Agnelli, 1999.
- the formation of the Baghdad Pact*, Lund : Lund University Press, 1998.
- Toman, Jirí. *La protection des biens culturels en cas de conflit armé*. Paris: UNESCO, 1994.
- Touma, H.H, *La musica degli Arabi*, Firenze, Sansoni, 1982.
- Tripp, Charles. *A History of Iraq*, Cambridge University Press, 2002.
- Van de Mieroop, Marc. *Cuneiform texts and the writing of history*. London; New York: Routledge, 1999.
- Vattioni Francesco. *Hatra*. Napoli: Istituto Universitario Orientale, 1994.
- Ventura A., *Il Crocifisso dell'Islam - alHallaj, storia di un martire del IX secolo*, Brescia, Morcelliana, 2000.
- Vercellin G., *Istituzioni del mondo musulmano*, Torino, Einaudi, 1996.
- Vercellin G., *Maometto. Il profeta dell'Islam e la parola di Dio*, Firenze, Giunti Gruppo Editoriale, 2000.
- Vercellin, G., *Tra veli e turbanti : rituali sociali e vita privata nei mondi dell'Islam*, Venezia, Marsilio, 2000.
- Visicato, Giuseppe. *The power and the writing : the early scribes of Mesopotamia*. Bethesda: CDL Press, 2000.
- Watt W.M., *L'Islam - Maometto e il Corano*, Milano, Yaka Book, 1981.

Weitemeyer, M. "Archive and Library Technique in Ancient Mesopotamia", *Libri* 6, 1956.

Zettler, R.L. "Nippur", *OEANE* 4, 1997.

NOTAS

¹ David Nicolle. *The Mongol warlords: Genghis Khan, Kublai Khan, Hulagu, Tamerlane*, 1990.

² Blochet, Edgar (Ed.). *Rashid al-Din Tabid. Djami el-tévarikh : histoire générale du monde. Tarikh-i moubarek-i ghazani: histoire des Mongols*, 2 vols. 1911.

³ Pedram, Latif, “Afganistán: la biblioteca arde”, *Auto da fe* 1, Otoño 2000.

⁴ Lewis, Bernard. *The Assassins: A Radical Sect in Islam*, 1987.

⁵ *A History of Secret Societies*, 1989.

⁶ Berthold Spuler, *The Muslim World*, London, 1969, 2nd vol., p. 18.

⁷ "Khams Rasail Ismailiyya", Beirut, 1956, p. 195.

⁸ Steven Runciman, *Historia de las Cruzadas*, 3, *El reino de Arce y las últimas cruzadas*. Madrid, Alianza Editorial, 1981, pgs. 278-279.

⁹ La escritura se originó en Súmer por razones económicas. A partir de los análisis y hallazgos de la arqueóloga Denise Schmandt-Besserat (*Before Writing*, 2 vols., Austin, University of Texas Press, 1992), se han definido tres etapas anteriores a la invención de la escritura:

1) En un primer momento, en pleno neolítico, se pasa de la pintura al pictograma y se elaboran Bolas con fichas. En Uruk se han encontrado unas pelotas de arcilla, en cuyo interior hay fichas con figuras. Es obvio que la pelota se refería a una unidad administrativa y constituía una forma inicial

de contabilidad. Las figuras de las fichas tratan de parecerse a animales y, en otros casos, representan formas geométricas.

2) En un segundo momento, las pelotas de arcilla tienen signos impresos en su exterior, lo que indica que por razones de velocidad en la revisión de los registros se avanzó hacia el diseño de signos capaces de representar en segundo grado un contenido interno.

3) Finalmente, se imponen las tablillas, dado que lo que se hacía con las pelotas era más práctico hacerlo con tablillas planas que podían almacenar más información. En este paso, las tablillas todavía son pictográficas, pero pronto los signos se imponen y llegan finalmente a ser leídos y entendidos no sólo como signos sino como sonidos. La escritura se torna más abstracta y hacia el 2000 a.C. los escribas han dotado de una complejidad absoluta a cada signo, reduciendo su número.

10 Las pruebas de radiocarbono en las tumbas de Abidos, en Egipto, apuntan a que había una especie de proto-jeroglifos hacia el 3.400 a.C, pero no son confiables. Hoy por hoy, la polémica se reduce a dos civilizaciones: egipcios y sumerios.

11 John A. Garraty y Peter Gay, *El mundo antiguo*, vol. 1, pg. 108.

12 John Noble Wilford, “Who began writing? Many theories, few answers”, *The New York Times*, Science, 6 de abril de 1999.

13 El texto original en Vanstiphout, Herman L.J. (ELA/ECSL, 1998: texto y transliteración):

500dug4-ga-ni [mah]-am3 cag4-bi su-su-a-am3

501kij2-gi4-a ka-ni dugud cu nu-mu-un-da-an-gi4-gi4

502bar kij2-gi4-a ka-ni dugud cu nu-mu-un-da-an-gi4-gi4-da-ka

503en kul-aba4ki-a-ke4 im-e cu bi2-in-ra inim dub-gin7 /bi2-in\gub

504ud-bi-ta inim im-ma gub-bu nu-ub-ta-jal2-la

505i3-ne-ce3 dutu ud ne-a ur5 he2-en-na-nam-ma-am3

506en kul-aba4ki-a-ke4 /inim\ [dub-gin7] /bi2\in-gub ur5 /he2\en-na]-
nam-ma

507kij2-gi4-a mucen-gin7 a2 dub2 i3-ak-e

508ur-bar-ra mac2-e us2-sa-gin7 guru5-uc i3-bur2-bur2-re

509hur-saj 5 hur-saj 6 hur-saj 7-e im-me-re-bal-bal

510igi mu-un-il2 arattaki-ac ba-tej3

511kisal arattaki-ka jiri3 hul2-la mi-ni-in-gub

512nam-nir-jal2 lugal-a-na mu-un-zu

513bur2-ra-bi inim cag4-ga-na bi2-ib2-be2

514kij2-gi4-a en arattaki-ra mu-na-ab-bal-e

14 Cfr. *Los orígenes de la Civilización* (1936) de V. Gordon Childe:

[...]las palabras escritas con tanta dificultad y descifradas de modo laborioso, deben haber parecido como si poseyeran autoridad en sí

mismas. La inmortalización de la palabra por medio de la escritura, se debe haber tomado como un proceso sobrenatural; seguramente era un acto mágico el que un hombre, desaparecido del mundo de los vivos desde mucho tiempo atrás, pudiera hablar todavía desde una tablilla[...]

15 E. Kämpfer, en 1700, utilizó el término 'cuneiforme' por vez primera.

¹⁶ R.L. Zettler, "Nippur", *OEANE* 4, 1997, pgs. 148-152.

17 Postgate, J.N., *La Mesopotamia arcaica*, 1999, pg. 292.

18 Sven Dahl, *Historia del libro*, Alianza, 1999, pg. 22.

19 M. Weitemeyer, "Archive and Library Technique in Ancient Mesopotamia", *Libri* 6, 1956, pg. 228.

20 M. Streck, *Assurbanipal und die letzten assyrischen Könige bis zum Untergange Ninivehs*, 1916.

21 G. Offner, *Revue d'assyriologie et d'archeologie orientale* 44, 1950, pg. 137.

22 *El folklore en el Antiguo Testamento* (1994r), pg. 70.

²³ Lara Peinado, Federico. *Himnos Sumerios*, Tecnos, 1988, p. 167.

²⁴ Lind, un coronel retirado, es actualmente Director del Centro de Cultura Conservadora de la Fundación Congreso Libre, y se dedica a impulsar la defensa de valores occidentales y judeo-cristianos. Es enemigo de la tesis de la diversidad cultural o multiculturalismo.

²⁵ El recuento completo puede leerse en mi libro “La destrucción cultural de Irak” (Octaedro, 2004; Alfadil, 2005).

²⁶ *Diario de Irak*, Aguilar, 2003, p. 12.

²⁷ Internamente hay una guerra cultural en los propios Estados Unidos. Irving Kristol, vocero neoconservador, ha comentado que la “contracultura” nacida en los sesenta constituye un peligro para la supervivencia de la nación y promueve fundaciones académicas que fomentan el ataque contra corrientes marxistas o alternativas de pensamiento. Léase su artículo “Countercultures. Past, present and future”, con fecha de enero del primero de enero del 2000, y publicado en la página www.aei.org.

Agradecimientos

Debo a Guillermo Schavelzon, mi agente literario y amigo, la feliz idea de escribir este testimonio, cuyas fases de escritura apoyó con gran entusiasmo. Asimismo, Martín Yriart, periodista de la Escuela de Letras de Madrid, me proporcionó la ayuda que necesité para decidirme a constituir la estructura de la obra, en tanto que recibí estupendos consejos de Osmán Gómez, profesor universitario, para el tratamiento moderado de algunas secciones.

No puedo dejar de mencionar al personal de Bodley Library, Biblioteca Nacional de Madrid, Biblioteca Nacional de Paris y a Giovanni Márquez, quien me acompañó en Bagdad y leyó el manuscrito original, no sin presentar una larga serie de sugerencias. El apoyo de algunos periodistas de Aljazeera para facilitarme videos fue fundamental. En Venezuela conté con la ayuda de Genry Vargas Contreras, Rector de la

Universidad de los Andes y Manuel Hernández, Vicerrector Académico. Chuck Jones, investigador del Instituto Oriental de Chicago, me facilitó informaciones bibliográficas que me fueron bastante útiles. Agradezco a Francis Deblauwe, arqueólogo, sus sugerencias. Fue grato conocer los puntos de vista de la gran estudiosa del mundo islámico, Gema Martín Muñoz. Quiero expresar mi más sincero reconocimiento a todos los iraquíes que me atendieron y me abrieron las puertas de sus casas para conocer de cerca la realidad de su país.

Otras personas que me respaldaron fueron: María E. González, Rafael Rattia, Chris Lahoud, Francis Rosen, José La Cruz, Daniel Vigo, I. Zhdánov, Elías Morrell, Arsenio Sánchez Hernampérez, Walter Waetzold, Adolfo Ruiz Martínez, Farud Habib, Marcos Rivas, Richard Kalb, Agustín Gómez, Lázaro Civantos, Manuel Olivieri, Susana Ferrero, Benjamin Koch, Tamara Blanco, Ramón Araujo, Sergio Usquiza, Joseph Akl, Natasha Alvarez, Enrique G de la G, Malcolm Britt, Max Waddell, Juan Carlos Medina, Mauricio Bustamante, Alain Estévez, Boutros Haddad, Muhamad Araim y Muayad al-Damaluji